DANILO A. MUESES

CONVERSACIONES CON EL ABUELO

ANÉCDOTAS DEL MUNDO FILATÉLICO

---

recuento de episodios de gran interés histórico y cultural
relacionados con emisiones postales de diferentes países
generalmente desconocidos por coleccionistas

CONVERSACIONES CON EL ABUELO

ANÉCDOTAS DEL MUNDO FILATÉLICO

Composición y diagramación: Giuseppe Di Vanna – OneArt Book Design

Diseño de Portada: Guillermo Molina Mueses

Impresión: Imprenta Amigo del Hogar, Santo Domingo, RD

Índice

Dedicatoria

A mi nieto Guillermo Molina Mueses quien me estimuló a darle forma a lo que durante muchos años había sido tan solo un proyecto.

PRÓLOGO

Desde el inicio del coleccionismo de sellos y durante prácticamente todo el siglo XIX, casi la totalidad de los filatelistas limitaban su interés a los sellos regulares emitidos en todo el mundo.

Cabe señalar, sin embargo, que durante el primer cuarto del siglo XX, por solo fijar una fecha, los coleccionistas comenzaron a abandonar los caminos trillados buscando diferenciar sus colecciones de las de otros coleccionistas.

Fue dentro de ese contexto que algunos iniciaron las denominadas colecciones temáticas; las primeras denominadas "por la imagen" y más adelante las "colecciones por la idea".

Muchos han denominado la filatelia el "pasatiempo de las mil caras". Si pasamos revista a cualquiera de los catálogos que se emiten con motivo de las grandes exposiciones filatélicas que se celebran regularmente en todo el mundo, veremos la razón de esa denominación: es por la amplia variedad de intereses de los coleccionistas.

Es así como encontramos, además de las colecciones tradicionales, aquellas de historia postal, aerofilatelia, temáticas, literatura, etc. En una revisión más a fondo saldrán a la luz diversas subsecciones: en la de historia

postal encontraremos la pre-filatelia; en la de aerofilatelia, los globos, dirigibles y los vuelos interrumpidos; como una subdivisión de la temática, tenemos la maximofilia; en la de literatura los catálogos, biografías y manuales y así sucesivamente.

Cabe señalar, sin embargo, que filatelia no es únicamente, como la define el diccionario de la Real Academia Española: La afición a coleccionar y estudiar los sellos postales. De ahí el interés que despiertan entre los coleccionistas libros como *Entretelones de la Filateli*a de Alvin F. Harlow, *Nassau Street* de Herman Herst y *¡Taxi, Taxi!* de Leoncio Mayo, por tan solo citar tres obras.

Se ha escrito más sobre filatelia que sobre cualquier otro pasatiempo. Se ha señalado que la biblioteca del Collector's Club de Nueva York cuenta con 150,000 títulos; no sabemos a cuántos asciende la biblioteca de la American Philatelic Society, pero estamos seguros que es más rica. Durante más de sesenta años he leído centenares de libros sobre filatelia: catálogos, revistas, biografías, memorias, en fin, cuanto ha llegado a mis manos. Mi biblioteca filatélica, aunque modesta, cuenta con más de 1,300 títulos.

Durante más de veinte años publiqué en el diario El Caribe una columna semanal que titulé **La Filatelia al Día** en la cual cubría temas de difusión filatélica. Por espacio de más de cuarenta años he sido director de la revista EL FILOTÉLICO, órgano de la Sociedad Filatélica Dominicana y he publicado artículos en diversas revistas extranjeras. Adicionalmente, durante toda mi vida he sido un ávido lector de cuánta literatura filatélica se ha cruzado en mi camino y al mismo tiempo apasionado de la historia.

En los últimos treinta años he tomado notas de una serie de historias y anécdotas sobre eventos filatélicos que han llegado a mi conocimiento como producto de mis lecturas y de mi pasión por la filatelia. Algunas de estas historias aparecieron en mi columna en el periódico o en la revista de la Sociedad. Esas notas fueron el germen de un proyecto: escribir un libro que demostrara a aquellos que no coleccionan sellos, que la filatelia es algo más que recluirse en un cuchitril, aislado de la familia, a pegar estampillas en un álbum.

Durante años las notas reposaron en una gaveta de mi archivo y el libro no pasó de un proyecto.

Hace algo más de un año, mientras conversaba con mi nieto Guillermo Molina, él me preguntó la razón por la cual yo no escribía una novela con filatelistas como protagonistas. Aunque el tema podría parecer interesante, le confesé que esa tarea era superior a mis fuerzas. Le señalé que hasta donde yo sé, ningún coleccionista de sellos ha escrito una novela teniendo como tema el coleccionismo de sellos y que las dos novelas con el tema de la filatelia más exitosas que conozco, *Cancelled in Red* de Hugh Pentecost y *Antigua, Penny, Puce* de Robert Graves. Le señalaba que en primer lugar, no fueron escritas por filatelistas, en segundo lugar, no son las mejores obras de ambos autores y en tercer lugar, no son en modo alguno obras literariamente muy destacadas. Cabe señalar, le explicaba, que aunque médicos, políticos, reyes, magnates del sector empresarial, etc., han coleccionado sellos, ninguno ha escrito una novela. El tema es tan peliagudo que aunque se ha señalado que Camilo Cela, el Premio Nobel de la Literatura coleccionaba sellos, éste no se arriesgó a escribir ninguna obra teniendo la filatelia como tema. Es posible que eso explique la razón por la cual no existe una buena novela con la filatelia como fondo. Si otros con las luces que yo no lo han intentado, sería un atrevimiento de mi parte el intentarlo.

Siguiendo con nuestra conversación le comenté sobre el proyecto de desarrollar una pequeña obra donde aparecieran desarrollados las algo más de medio centenar anécdotas que había reunido. Seguimos conversando sobre el tema y él sugirió que fuera enlazando los artículos y fue su sugerencia lo que definió la forma que finalmente le he dado a la obra.

En la revista EL FILOTÉLICO que publica la Sociedad Filatélica Dominicana, la imprenta a cargo de su edición tiene el mandato de que cuando al final de cualquiera de los artículos que allí aparecen esté disponible un pequeño espacio, incluya mensajes tales como FILATELIA ES CULTURA o COLECCIONE SELLOS Y SEA FELIZ. Es algo que tradicionalmente las sociedades filatélicas han utilizado en sus campañas para promover el coleccionismo de sellos.

Desde 1840, cuando apareció el primer sello, se han emitido en todo el mundo más de medio millón de sellos y hay en el mundo millones de aficionados que los coleccionan. Si el coleccionista se limita tan solo a

colocarlos en el álbum mediante una bisagra, no negamos que estará abocado a un pasatiempo entretenido pero se estará perdiendo de la parte más interesante de la filatelia, que es la cultural. Si estudiamos los sellos que llegan a nuestras manos veremos que, al coleccionarlos, aumentamos nuestro acervo cultural. Lo ideal sería que, si localizamos un sello de Polonia mostrando a Nicolás Copérnico, indagáramos quién fue ese personaje y la razón por la cual un sello honra su persona; si un sello de Ecuador muestra una mazorca de cacao, eso nos dice que ese producto es importante en la economía de ese país y así para cada estampilla.

En esta obra, Héctor, el coprotagonista de esta historia, se reúne cada domingo en la tarde a lo largo de un año con su abuelo Manuel, un coleccionista consumado y al mismo tiempo un apasionado de la historia, conversan de filatelia; no sobre tipos de sellos, gomas, perforaciones, métodos de impresión, marcas de agua, errores, álbumes, catálogos y los mil y un aspectos que concitan el interés de la mayoría de los coleccionistas, sino que el abuelo hace un recuento de una serie de episodios de gran interés histórico y cultural relacionados con emisiones postales de diferentes países y que generalmente son desconocidos aun por aquellos que coleccionan sellos.

En las reuniones que sostiene Manuel con su nieto, éste va hilvanando episodios de la historia y cómo los mismos se han visto reflejados en sellos de correos. Héctor, coleccionista bisoño, se va adentrando de ese modo en la parte cultural de la filatelia, que es lo que hace de este pasatiempo una vía tan expedita de adquirir conocimientos.

Este es el libro que mi nieto me pidió que escribiera. Creo que el tema es apasionante, pero, ¿despertará el interés de nuestros coleccionistas? Ya tiene escrito más de tres años y no me decidía a dar el siguiente paso: la impresión. Recientemente, mi nieto insistió en que siguiera adelante con el proyecto y este es el resultado.

Esta obra, al igual que cualquier empresa humana, casi siempre requiere del aporte de otras personas y a éstas debemos expresar nuestro reconocimiento. Dentro de ese contexto, debo empezar por mi nieto Guillermo Molina Mueses quien casi me obligó a darle cuerpo a algo que, durante años había sido tan

solo una idea. Debo agradecerle además la hermosa portada y haber compartido conmigo los costos de la impresión de la obra. Una vez la obra estuvo redactada, como siempre, le eché el muerto a mi carnal, el Lic. Juan Manuel Prida por su valiosa ayuda en la revisión y corrección de estilo (¿cómo pudieron escapárseme tantos gazapos?) que ayudaron a convertir mis descosidos textos en algo coherente y legible. Y finalmente, llegue mi agradecimiento a quien se ha constituido en nuestro diagramador estrella Giuseppe Di Vanna. Giuseppe, además de un esmerado trabajo de diagramación que realizó en forma desinteresada, aportó acertadas sugerencias sobre el formato de la obra y las mismas, por su valor, fueron incorporadas al proyecto.

EL ABUELO

Manuel Godiñez nació en Santiago. De familia de clase media, inició sus estudios en una escuela pública como la mayoría de los niños de la ciudad. Aunque su papá había querido inscribirlo en La Salle, Manuel le dijo que prefería estudiar junto a sus "canchanchanes" del barrio y éste le complació. Así, hizo la primaria en la Ercilia Pepín y al llegar a la secundaria pasó a estudiar en el liceo Ulises Francisco Espaillat donde se graduó de bachiller en 1953.

En ese tiempo, el único centro de estudios superiores existente en el país era la Universidad de Santo Domingo. Entonces, las opciones eran pocas: medicina, ingeniería y arquitectura, derecho, odontología y farmacia.

Decidido a seguir estudiando, junto a sus compañeros Pablo García, Manolito Martínez y Pedro Imbert emprendió el viaje hacia la gran ciudad. Pablo y Manolito decidieron estudiar medicina, Pedro se decantó por la carrera de derecho y Manuel siguió arquitectura.

Durante sus años universitarios vivió en una pensión en la calle Oviedo junto a otros estudiantes entre ellos Armando, también estudiante de arquitectura, quien luego se convirtió en su mejor amigo. Para ir a la universidad, en la mañana y en la tarde, Manuel y Armando tomaban una guagua en la calle Barahona.

Allí solían encontrarse con Lydia y Rosita, dos bellas muchachas de Puerto Plata estudiantes de farmacia que vivían en casa de una tía en la calle Charles Piet.

Lydia era una muchacha rozagante, con grandes ojos negros y pelo de azabache. Desde el primer día Manuel se sintió atraído por ella y buscaba los medios de sentarse a su lado. En el trayecto mantenían una animada conversación, que poco a poco se convirtió en amistad.

Un sábado, mientras tomaba unos tragos en el restaurante Central con Armando, Manuel le planteó la posibilidad de que invitaran a Lydia y Rosita a bailar al night club de La Voz Dominicana. Era un sitio elegante cercano a la casa de la tía de las muchachas y hasta podrían ir caminando.

Aunque Manuel era tímido por naturaleza, el siguiente lunes se animó y le hizo la invitación a las muchachas. Lydia no dijo ni sí ni no pero, dado el primer paso, Manuel siguió insistiendo y por fin quedaron en que irían el próximo sábado. Manuel y Armando pasaron a recoger puntualmente a las muchachas. Aunque Lydia no bailaba bien, Manuel pasó una noche de ensueño.

Roto el hielo, durante los meses siguientes Manuel y Armando llevaban regularmente a bailar a las chicas. Aunque Manuel y Lydia no eran formalmente novios, habían desarrollado lo que podría llamarse una "amistad amorosa".

En el verano de 1956, como todos los años durante las vacaciones, Manuel regresó a Santiago. Estando allí, sucedió lo inesperado, Francisco su padre murió repentinamente de un ataque cardíaco fulminante. Esto dejó a Manuel devastado y, desde el punto de vista financiero, en una situación sumamente crítica. Al perder a un padre que generaba ingresos relativamente altos como vendedor de seguros pero que no había acumulado ahorros que garantizaran a su madre y hermanos menores mantener el nivel de vida al que estaban acostumbrados, todos quedaron relativamente desamparados. Se dieron cuenta de que el dinero del seguro de vida no alcanzaría para mucho.

No habiendo posibilidad de seguir estudiando, Manuel comenzó a considerar sus opciones: Una era quedarse en Santiago, pero, ¿haciendo qué?. Apenas había terminado tres años de la carrera y en la ciudad

no había una oficina de ingeniería donde pudiera conseguir un mal puesto de dibujante. Realmente había pocas oportunidades. Fue en esa situación que Manuel decidió quemar las naves: regresaría a Ciudad Trujillo. Ya vería qué podía encontrar allí.

En la universidad su mejor amigo había sido Vicente Puch, hijo de Don Octavio Puch, dueño de Puch & Cía, Importadores y Exportadores, una de las mayores empresas en ese ramo en la plaza.

Don Octavio, un hombre con temple de acero, trataba a sus hijos de forma suave pero rígida. Para Vicente no había vacaciones pues desde los dieciséis años debió incorporarse a la empresa. Su padre le había exigido empezar en el nivel más bajo junto a los obreros que manejaban las cargas pero en ese tiempo ya su padre le tenía a cargo del manejo de los manifiestos de embarque.

Cuando después de la muerte de su padre Manuel regresó a la capital, volvió a alojarse en la vieja pensión y trató por todos los medios de rehacer su vida en la capital. Allí se alojaba Armando y cerca vivía Lydia.

Manuel le había escrito a Lydia a Puerto Plata informándole de la muerte de su padre y al mismo tiempo de su decisión de volver a la capital. Tan pronto supo que Lydia había regresado de sus vacaciones fue a visitarla y reanudaron sus relaciones ahora en una plano más formal.

Ahora Manuel estaba en la capital pero tenía urgencias. La más perentoria de ellas era conseguir trabajo. Como primera opción, Manuel decidió visitar a su amigo Vicente. Le contó brevemente lo de su padre y sin más preámbulos le dijo:

“Necesito trabajo.”

“¿Qué tipo de trabajo te interesaría?”

“Si posible el de vicepresidente de la empresa.” –le dijo jocosamente Manuel.

Fue así como Manuel, que nunca había hecho ningún trabajo manual, comenzó estibando las pesadas cajas en los inmensos almacenes de Puch & Cía en la calle Leopoldo Navarro.

Vicente, un estudiante brillante, se graduó con honores y su padre lo envió a la Universidad de Cornell a hacer una maestría. Al regresar de allí montó una oficina que comenzó a acaparar el diseño de muchas de las edificaciones más importantes de la ciudad compitiendo “a tú por tú” con los arquitectos de la vieja guardia. Manuel, por su parte, demostró con su trabajo que era merecedor de la confianza que Vicente y don Octavio habían depositado en él. Subiendo escalón por escalón al cabo de doce años era el hombre de confianza de la empresa.

En 1962, ya Lydia se había graduado de farmacéutica y decidieron casarse. La boda se celebró en Puerto Plata y Armando fue el padrino. Fue una boda sencilla. Un hotelito en Sosúa los albergó durante su luna de miel y una semana más tarde Manuel estaba de vuelta en la capital. Como ya tenía un buen puesto, convenció a Lydia de abandonar su profesión y dedicarse al cuidado de los hijos “que espero no tardarán en llegar”.

Siendo niño, Manuel hizo amistad en Santiago con Guido. Ambos tenían uno de esos álbumes de sellos Modern que editaba Scott. Juntos iniciaron entre sus compañeros un pequeño club de canjes. Cada sábado se reunían a canjear sellos. En la librería Jammel de la calle El Sol compraban la revista Rojinegro que se publicaba en Argentina. Allí conseguían las direcciones de coleccionistas de todo el mundo que solicitaban canje de sellos. Fue así como Manuel logró formar una colección de alrededor de 5,000 sellos mundiales diferentes.

Al trasladarse a la capital, Manuel trajo entre sus escasas pertenencias su álbum de sellos y un clasificador con sus duplicados.

Un día, cuando fue a la oficina a cobrar su salario, vio que la secretaria de don Octavio estaba arrojando al cesto de los papeles los sobres de la correspondencia recibida.

“¿Me podría usted guardar los sellos de las cartas?” –le preguntó audazmente.

“No hay problema.” –le respondió Matilde.

De ahí en adelante, todos los viernes Manuel pasaba por la oficina de Don Octavio y Matilde le entregaba, junto a su sueldo, un sobre con los sellos de las cartas que le habían llegado esa semana de todo el mundo. Y despegar de sus papeles estos sellos y montarlos en un clasificador ocupaba algún tiempo cada fin de semana a partir de entonces.

Manuel había hecho una norma de la frase de Emerson "unce tu carro a una estrella". Con metas cada vez más altas, había hecho del ahorro su norma de vida y en 1968 decidió por segunda vez quemar las naves. Conversó con don Octavio sobre sus planes de renunciar a su posición en Puch & Cía para emprender su propio negocio. Éste, en reconocimiento a su lealtad durante los años laborando en la empresa, aceptó pagarle sus prestaciones y con ese dinero y sus ahorros se tiró a la calle al medio.

Entre Manuel y Carlos, su cuñado, se había desarrollado una relación que iba más allá de los lazos familiares que los unían. Los domingos, alternativamente, Manuel y Lydia con las tres niñas que ya tenían, iban a comer a casa de Carlos e Irene; al domingo siguiente el viaje se hacía en sentido inverso.

En ese tiempo Carlos tenía una pequeña granja de pollos que no terminaba de arrancar por falta de capital. Un domingo, en el que Carlos e Irene habían estado comiendo en su casa, se tocó de nuevo el tema de la granja y de sus problemas financieros. Aunque el Banco Agrícola estaba dando facilidades a este tipo de empresas, se exigía del prestatario un aporte de capital del que no disponía. Fue en ese momento que Manuel tomó la decisión de renunciar de Puch & Cía. Sobre un block de papel rayado, trazaron un plan de negocios que normaría las relaciones entre ambos.

Se decidió que Manuel permanecería en la capital al frente de toda la parte administrativa de la empresa y Carlos manejaría la granja instalada en la carretera de Yamasá. La granja demostró ser realmente un buen negocio. Manejada con austeridad logró ingresos sólidos para ambas familias.

Durante todos estos años, Manuel aunque en un tono menor, ocupaba sus ratos libres en enriquecer su colección. Aunque los sábados en la tarde y los domingos los dedicaba a la familia, los sábados por la mañana los tenía reservados para una peña filatélica que se celebraba regularmente en las oficinas del Ing.

Enrique Alfau. Allí se congregaban los más destacados coleccionistas y algunos principiantes de la ciudad a revisar los clasificadores (donde siempre era posible encontrar algo), canjear sellos y los últimos cotilleos de la filatelia local. Los más avanzados aprovechaban para pasarle sus mancolistas a don Enrique.

Fue en esa oficina donde don Enrique propuso en 1977 reorganizar la Sociedad Filatélica Dominicana. Esta se había fundado originalmente en 1955, pero, aunque durante algunos años se mantuvo activa y llegó a publicar una revista, a partir de 1959 entró en receso. Desde entonces, gracias al tesón de Manuel Bello se celebraban algunas actividades filatélicas pero de hecho la Sociedad Filatélica Dominicana estaba inactiva.

Don Enrique incorporó a Manuel en los cuadros de la nueva y reorganizada sociedad y desde entonces éste tomó con más bríos el coleccionismo de sellos.

Manuel, tal como he dicho, tenía tres hijas. Aunque siempre quiso tener un varón, después de la tercera decidió no seguir intentando; se miraba en el espejo de dos amigos que habían llegado a cinco mujeres tratando de tener un varón, sin embargo, adoraba a sus hijas. Un día, cuando le dijo a un norteamericano que hubiera querido tener un hijo, éste le dijo: “boys are our pride, but girls are our prize” y era cierto, dada la relación que mantenía con sus hijas estas eran verdaderamente su premio.

Al llegar los nietos, el panorama cambió. Estas le dieron ocho nietos. todos varones. Desde que comenzaron a llegar los nietos, los domingos su casa se convirtió en un jolgorio. Allí se congregaban las hijas con sus esposos y cada pareja con sus respectivos hijos.

Aunque trataba bien de disimularlo, entre todos sus nietos, el preferido era Héctor, hijo de Isabel, la mayor de sus hijas. Alrededor de las cuatro, todos se iban pero Héctor prefería quedarse con su abuelo. Algunas tardes iban al cine, pero la mayoría de las veces él prefería hablar con su abuelo de muchas cosas, siendo la filatelia el tema más recurrente.

Siendo Héctor un niño, Manuel le regaló su primer álbum. Aunque al principio no mostró mucho entusiasmo, las conversaciones con el abuelo despertaron en él una pasión tal por el coleccionismo que le

permitió ganar en una exposición celebrada por la Sociedad, una medalla de oro en la sección juvenil por su colección del tema “mariposas”.

La tarde de un domingo en que conversaba con su abuelo, Héctor le preguntó:

— Abuelo, mami dice que el día que te mueras te van a meter tu colección en la caja. ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Por que no la vendes y nos vamos a hacer un viaje alrededor del mundo?

Manuel le contestó muy serio:

— Yo ya hice mi testamento. En él te dejo mi colección de sellos. No voy a hacer como un coleccionista de St. Louis en los Estados Unidos.

— ¿Qué fue lo que hizo? — preguntó Héctor.

— Eso te lo contaré el próximo domingo.

UN TESTAMENTO MACABRO

El siguiente domingo, después de la sobremesa que se prolongó hasta las horas finales de la tarde, abuelo y nieto se encerraron en la biblioteca como habitualmente lo hacían. Manuel se había olvidado de la historia prometida; no así Héctor que le dijo:

— ¿Qué fue lo que dispuso el coleccionista de St. Louis en su testamento?

— La historia es un poco truculenta, –respondió Manuel– pero creo que vale la pena conocerla como una muestra de la pasión que despiertan los sellos.

Harold Steinman residía en St. Louis, Missouri, donde había logrado alcanzar una holgada posición económica debido a sus excepcionales habilidades como vendedor de seguros. Rondaba los 57 años, vivía en una hermosa casa de los suburbios con Rosemary, su joven esposa, 25 años menor que él, con la que se había casado hacía apenas ocho años siendo ya un hombre maduro, pero un soltero codiciado por su situación económica. Se mantenía esbelto gracias a los ejercicios físicos a los que se dedicaba con el mismo entusiasmo que a la filatelia. Para ambos fue su primer matrimonio. No habían tenido hijos.

Harold era un *habitué* de las sesiones del club filatélico local donde había llegado a ocupar la posición de

vicepresidente. Fue allí donde conoció a Mark, un joven simpático, soltero, de unos 35 años, quien repartía su tiempo entre el cuerpo de bomberos del cual era miembro, y los sellos. A pesar de la diferencia de edades y de condición económica, entre Harold y Mark se desarrolló rápidamente una empatía reforzada por la pasión que ambos sentían por los sellos.

La colección de Harold, empezada a muy temprana edad, había ido evolucionando para finalmente dedicarse exclusivamente a los sellos de los Estados Unidos, que coleccionaba en bloques de cuatro. Harold, un perfeccionista, sólo admitía en su colección piezas cercanas a lo perfecto. Sus series, Colombina de 1893, la de la Exposición Trans-Mississipí de 1898, la emisión de la Exposición Panamericana de 1901 y sus *zepelines* habían sido la admiración de los visitantes la única vez que aceptó exponer su colección en una muestra no competitiva celebrada en el club y ponían verdes de envidia a los ocasionales visitantes al "sanctum sanctorum" de su casa donde la mantenía.

La colección de Mark, llevada con igual pasión pero con menos recursos, estaba formada por piezas mucho más modestas, en su mayoría usadas, y en ella, como es de suponer, faltaban todos los sellos clave de cualquier colección de los Estados Unidos, especialmente los valores altos de las series costosas.

Con el paso de los años la amistad entre Harold y Mark se hizo cada vez más estrecha y éste se convirtió en visitante regular de la casa de Harold donde el tema recurrente de sus conversaciones era, como es de suponer, los sellos.

Dos hechos incidieron en la vida de estos dos personajes. Primero, aunque no necesariamente en ese orden, la joven esposa de Harold y el buen mozo de Mark comenzaron a hacerse "ojos bonitos", y a Harold le descubrieron un cáncer en estado muy avanzado. La enfermedad de Harold le dio a Mark una razón adicional para visitarle, ocasiones que aprovechaba para mantener encendido su *affaire* con Rosemary. Aunque Harold se dio cuenta de que Mark y su esposa "se entendían", su salud cada día más precaria le impedía emprender acciones para cortar esa relación.

El desenlace por fin llegó y, como es natural, Mark estuvo desde el principio en la funeraria acompañando a la joven viuda. Al ser expuesto el cadáver, Mark vio con ojos incrédulos que la magnífica colección de sellos de Harold, que tan bien conocía, estaba en el ataúd descansando sobre su pecho.

En medio de su consternación Mark hizo un aparte y le preguntó a la viuda la razón de aquello. Ésta le informó que así estaba establecido en el testamento de Harold. Como último recurso se acercó a otro de los miembros del club que en su condición de abogado y amigo de Harold era quien había manejado el tema del testamento. Su información fue contundente: un testamento es la última voluntad de una persona y en este caso nada se podía hacer a menos que mediara una sentencia de un juez quien era el único que podía anular el testamento, esto, si se le presentaban argumentos suficientemente sólidos, pero en este caso no consideraba que hubiera la más mínima posibilidad de lograr la anulación de tal mandato.

Dos días después, y cumpliendo también con su disposición testamentaria, el cadáver de Harold fue cremado, y con él su valiosa colección de sellos.

El mensaje de Harold a Mark estuvo claro: “Nada puedo hacer para impedir que te quedes con mi mujer, pero no te vas a quedar también con mi colección de sellos”.

Héctor escuchó consternado la historia y solo acertó a decir:

— Yo no creo que llegue algún día a esos extremos.

— Ojalá que no, pero te advierto que el deseo de tener una pieza determinada puede hacer que se pierda el sueño. Ese fue el caso de Don Juan Santoni.

— ¿Qué le pasó a don Juan?

— Cuando uno es coleccionista, hay que tener paciencia y tienes que aprender eso y de la paciencia y del caso de don Juan te hablaré la próxima semana.

LOS DESVELOS DE DON JUAN

Decía el destacado coleccionista dominicano Luis Amiama al que todos llamaban Chilito que no debíamos desesperarnos en nuestro afán de adquirir cualquier pieza que nos hiciera falta en nuestra colección.

"Están hechos" –decía dogmáticamente, queriendo señalar con esto que si un sello existe, tarde o temprano aparecerá en algún lado y tendremos la oportunidad de adquirirlo, por tanto no hay razón para desesperarse.

A pesar de lo que en forma pragmática pontificaba Chilito no todos tienen la paciencia de esperar descansadamente a que aparezca la tan ansiada pieza. El caso de don Juan del que te hablaba la pasada semana ilustra la desesperación que embarga a algunos coleccionistas en su afán por adquirir determinado material. Ese anhelo puede llevarles incluso a perder el sueño.

Don Juan gozaba de una buena posición económica y estando ya cercano a la edad de retiro, cuando ya muchos coleccionistas están programando deshacerse de sus colecciones para evitar dejarle el problema de la disposición de las mismas a sus herederos, fue cuando tomó el coleccionismo con más pasión.

En algún momento alguien le ofreció una colección que tenía muchas de las piezas claves que aún le faltaban. Era una oportunidad única pero el precio que pedían, aunque podía pagarlo, le parecía elevado.

Consultó el caso con su esposa y aunque ésta no lo desalentó, decidió no comprar la colección.

A pesar de su decisión, el asunto le seguía bullendo en la cabeza hasta un punto tal que le estaba haciendo perder el sueño.

Una noche, le dieron las dos de la mañana en vela pensando en que alguien pudiera adelantársele. No dormía, daba vueltas en la cama y no dejaba dormir a la esposa. Ésta al fin desesperada y queriendo conciliar el sueño le dijo:

"Juan, por Dios, decídete y compra esa colección y déjame dormir."

Temprano en la mañana, don Juan no se hizo de rogar. Lo primero que hizo fue llamar al dueño de la colección y cerraron el trato y una vez la tuvo en sus manos recuperó la tranquilidad.

Como has podido ver, este caso tuvo un final feliz: el dueño de la colección estaba interesado en vender siempre y cuando se le ofreciera el precio al que él aspiraba y Don Juan se decidió finalmente a pagar ese precio.

Hay casos, sin embargo, en los que el dueño de la mercancía, sea esta un sello, una cubierta o una colección, no está dispuesto a desprenderse de ella no importa lo que le ofrezcan. En ese caso, el coleccionista puede llegar a extremos insospechados. Tal fue el caso de Gastón Leroux.

— ¿Cuál fue ese caso? –preguntó Héctor.

— ¿Nunca te lo he contado? –respondió Manuel.

— No.

— Ten paciencia y de eso hablaremos la próxima semana.

MUERTO POR UN MISIONERO

Lo que hoy se conoce como Hawai fue colonizado por los polinesios hace unos 800 años. El primer europeo de que se tiene noticias de que llegó a las islas fue el explorador inglés James Cook, quien arribó a sus costas en 1798 y las bautizó como Islas Sandwich. Ese nombre, nada tiene que ver con lo que hoy se conoce como sándwich o emparedado, sino que le puso el nombre en honor a su amigo John Montagu, IV conde de Sandwich, aunque sí te aclaro que los emparedados reciben su nombre en su honor.

En ese momento Hawai era un reino gobernado por Kamehameha I quien logró gobernar sobre las ocho islas principales del archipiélago. En la segunda mitad del siglo XIX se produjeron una serie de luchas por el poder debido a que el rey Kamehameha había muerto sin dejar ningún heredero.

Los norteamericanos habían comenzado a establecerse en las islas cuando una serie de terratenientes compraron tierras para dedicarlas al cultivo de la caña. Paralelamente llegaron una serie de aventureros de toda laya y un grupo de misioneros que habían dejado en los Estados Unidos parientes y relacionados.

En 1850 no había en las islas Sandwich, que ya eran conocidas como Islas Hawai, un servicio postal verdaderamente organizado. Las cartas que traían los buques que allí atracaban eran colocadas en una

mesa cercana al muelle y aquellos que esperaban correspondencia revisaban la pila y retiraban la suya. El asunto de enviar una carta al exterior era aún más complicado.

Para remediar esa situación en diciembre de 1850 el Consejo Privado de las Islas dictó un decreto ordenando la emisión de los primeros sellos de Hawai. En ese sentido debo señalarte que Hawai emitió sus primeros sellos antes que cualquier otro país de América fuera de Estados Unidos y Brasil. Esas primeras estampillas tienen un diseño crudo muy parecido al de nuestros primeros sellos. Fueron emitidos en valores de 2, 5 y 13¢.



Misionero de Hawai

Aunque los sellos fueron emitidos en 1851, no fueron conocidos en Europa hasta 1864 y la estampilla de 13¢, en 1874. La mayoría de los sellos en cubierta que han sobrevivido fueron localizados en cartas enviadas por misioneros que estaban en las islas haciendo labor evangelizadora entre los nativos; de ahí el nombre de "misioneros" que han recibido los sellos.

Todos los sellos son escasos pero el más escaso de todos es el de 2¢ pues era usado para el franqueo de periódicos. El sello se aplicaba directamente a los periódicos y pocos se ocupaban después de leerlos, de conservar los sellos que se habían usado para franquearlos. Actualmente el catálogo Scott le asigna a esa estampilla un valor de $660,000.

Estos sellos son ya una leyenda y en el último cuarto del siglo XIX aquellos que lograban obtener uno de ellos lo tenía entre las joyas de su colección. Por no querer desprenderse de uno de estos, fue que Gastón Leroux, un reconocido filatelista francés encontró la muerte.

Corría el año 1892 y ya los "misioneros" de Hawai estaban considerados entre las grandes joyas de la filatelia. Ese año, Leroux fue encontrado muerto en su apartamento. Era un crimen misterioso ya que al fenecido no se le conocían enemigos y la policía parecía desconcertada pues no parecía haber motivo

evidente. En el apartamento se encontraron grandes sumas de dinero y joyas intactas, lo cual descartaba el robo como razón del crimen.

Frente al misterio, la policía puso al frente de la investigación al más astuto de sus detectives, quien volvió al apartamento de Leroux y se puso a revisar sus pertenencias. Al llegar a su colección de sellos de Hawai, vio que estaba completa, aunque la casilla donde debió estar colocado el sello de 2¢ estaba vacía y con señales de que el sello correspondiente a esa casilla había sido removido. Al investigar sobre el faltante, supo que en ese momento su valor era de alrededor de $2,000 dólares, suma respetable en aquella época.

Después de acuciosas pesquisas, las sospechas recayeron sobre Héctor Giroux, un entusiasta coleccionista, quien había sido amigo de Leroux.

El detective se hizo amigo de Giroux y un día que le visitaba, llevó la conversación hacia los sellos de Hawai. En un rapto de entusiasmo, Giroux le mostró su colección, señalando orgullosamente su ejemplar del sello de 2¢ de Hawai, que, coincidencialmente, era el ejemplar que faltaba en la colección de Leroux.

Sometido a un hábil interrogatorio, Giroux confesó el crimen y fue condenado a muerte, pagando con su vida su pasión por un sello.

El episodio que te acabo de relatar parece confirmar el axioma de los departamentos de policía de que todo crimen deja rastro y de que no hay crimen perfecto. Un episodio ocurrido en Inglaterra en 1870, sin embargo, parece haber sido la excepción. Eso ha conducido a los filatelistas a denominar el incidente como Un Crimen Perfecto.

— Abuelo, ¿tú nunca me habías contado eso?

— Es posible, pero por las dudas lo dejamos para la próxima semana.

UN CRIMEN PERFECTO

Tal como te decía la pasada semana, se dice que todo crimen deja rastro y es evidente que en pocas ocasiones su autor es tan hábil como para no dejar pistas de la fechoría cometida. En muchos casos, la policía no logra descubrir al autor por ineficiencia del cuerpo policial; en otros, aunque logra localizar las pistas del crimen, no logra descubrir el autor. En este caso, lo que se pone en evidencia son las deficiencias de los sistemas de investigación.

En 1870 ocurrió en Gran Bretaña un fraude filatélico que se acercó bastante a lo que llamaríamos "un crimen perfecto": la policía vino a conocer sobre el caso más de 20 años más tarde y nunca pudo descubrirse al autor o los autores del hecho. Te cuento lo ocurrido.

En 1870 los servicios de telégrafos de Gran Bretaña que hasta ese año habían estado en manos privadas, fueron nacionalizados. Para el pago de los telegramas se autorizó, en estos primeros años, a usar los mismos sellos utilizados por el correo para el franqueo de la correspondencia.

El hecho ocurrió durante los años entre 1872 y 1873 y tuvo lugar en la oficina de la Bolsa de Londres. En estos tiempos, todas las transacciones de la bolsa se hacían mediante telegramas. Una persona que deseaba hacer una operación se acercaba a la ventanilla de correos y despachaba un telegrama, siendo la tarifa mínima de un chelín por 20 palabras y cinco peniques por cada tres palabras adicionales.

El empleado de correos, a la vista del telegrama, calculaba la tasa a pagar, cobraba su costo y personalmente pegaba en el respaldo del telegrama los sellos de correos. Estos, después de contabilizados, eran archivados y nadie volvía a tener contacto con ellos.


Sello británico falsificado

Aparentemente en la operación solo operaban dos personas, un empleado de correos y el falsificador que produjo los sellos. Las estampillas no eran muy difíciles de falsificar pues contrario a la generalidad de los sellos ingleses que estaban impresos por talla dulce, estos estaban impresos por relieve. Cabe señalar que en general los falsos estaban bastante bien hechos, imitando la estampilla de un chelín en uso en ese tiempo. Cuando el interesado se acercaba a enviar un telegrama, el empleado de la ventanilla en vez de usar un sello legítimo, usaba uno falso lo cual le permitía embolsillarse un chelín.

Se estima que en total se desfalcó al fisco con unas 20,000 libras, suma realmente importante en esa época. Como en el correo se usaban los mismos sellos, no era fácil contabilizar los telegramas contra los sellos y el falsificador y su cómplice pudieron continuar sus operaciones sin nunca ser molestados.

La falsificación original se hizo copiando el sello que había sido impreso con la plancha número 5; cuando las autoridades del correo comenzaron a imprimir nuevos sellos con la plancha que lleva el número 6, el falsificador preparó un nuevo sello a fin de que coincidiera con la nueva emisión. En 1873, tan misteriosamente como había comenzado, el empleado dejó de usar los sellos falsos.

En 1898, Charles Nissen, un comerciante filatélico de Londres, compró una acumulación de viejos telegramas con los sellos pegados en su parte posterior y procedió a despegarlos y clasificarlos.

Aunque, como te he señalado, la falsificación estaba bastante bien hecha, hubo algo en los sellos que le chocaba a sus ojos de experimentado filatelista por lo cual decidió examinarlos con más detenimiento.

Notó entonces que esos sellos, a diferencia de los originales, no tenían ninguna filigrana lo que confirmó sus sospechas de que estos eran falsos. Nissen entonces dio parte a la policía.

Aunque la Scotland Yard tenía un registro de todos los empleados que habían trabajado en el correo en los años 1872/73 y comenzó a investigar a aquellos que todavía estaban vivos, no pudo identificar al culpable, el cual, de paso, en los 26 años que habían transcurrido, es posible que hubiese muerto.

Estos sellos constituyen una curiosidad y de vez en cuando aparecen en el mercado filatélico. Este, hasta donde se sabe, fue el único sello británico falsificado para defraudar al fisco. Y por otro lado, en lo policíaco, se acercó bastante a lo que llamaríamos un crimen perfecto, pues por lo menos, en vida del autor, nunca fue descubierto.

Con relación a la falsificación de sellos, hasta donde yo sé, aquellos dedicados a estos menesteres siempre han sido personas ajenas a nuestro pasatiempo. Hay que señalar, sin embargo, que los falsificadores siempre están al acecho. Personalmente siempre me ha interesado el tema. Aquí fue publicado un libro, *De Falsificaciones y Falsificadores*, escrito por Danilo Mueses, un buen amigo mío. Creo que por algún lado tengo un ejemplar que si lo encuentro te lo puedo regalar. Otro apasionado del tema, el doctor Varro E. Tyler, un dentista de Estados Unidos escribió tres obras, *Forgers, their Lives and Works* y *Philatelic Forgers*, que son breves biografías de algunos de los falsificadores más conocidos y *Focus on Forgeries*, donde describe unas 150 falsificaciones de diferentes países.

La vida de algunos de estos falsificadores es singular en más de un sentido. Un ejemplo de esto es la vida de Alfred Benjamín y Julian Hippolite Sarpy, dos bribones ingleses de los cuales no te sabría decir que era mayor, si su habilidad para falsificar sellos o su desparpajo.

— Cuéntame, cuéntame abuelo.

— Te contaré, pero se hace tarde así que tendrás que esperar la semana que viene.

BENJAMÍN Y SARPY, DOS TIPOS DE CUIDADO

Benjamín y Sarpy formaron entre 1888 y 1892 la que en los medios filatélicos se denominó la "Pandilla de Londres". La tarjeta de presentación que hacían circular entre sus clientes lo decía todo sobre la índole de sus actividades: "Comerciantes en todo tipo de facsímiles, sobrecargas falsificadas y postales fiscales. Cullum Street #1, Londres. Trucajes de todo tipo en el más breve plazo." En sus actividades tenían el apoyo de George Jeffryes que era el experto en grabado y en quien recurrían cuando requerían trabajos muy especializados.

Entre las falsificaciones que les hicieron famosos estaban un par de sellos de un penique de la primera emisión de Nueva Gales del Sur. Cada uno de los estados australianos, hasta la primera década del siglo XX, emitía sus estampillas en forma independiente. Esos sellos ya en ese tiempo eran escasos y hoy valen alrededor de los $10,000 dólares. Benjamín y Sarpy vendían el sencillo en 2sh 6d y en 5sh, el par.

Los propietarios de la tienda tenían, colgando de la espita de gas un letrero escrito a mano, que decía:

> Aviso especial. No somos responsables de la genuinidad de ningún sello comprado en este establecimiento a menos que demos una garantía por escrito en el momento de la compra. Por orden de A. Benjamín, Collum St. #1.

El problema era que el aviso estaba colocado de forma tal que a los clientes se les hacía difícil verlo.

Uno de los clientes habituales de la tienda era el gran coleccionista austríaco Philippe von Ferrary del que ya te he hablado. Melville, quien dirigió durante muchos años la revista **The Stamp Lover** y quien conoció a Benjamín y Sarpy, transcribió en esa revista el recuento que en forma descarada le hizo Benjamín de una visita de Ferrary a su establecimiento.

Entra FERRARY: Buenos días Sr. Sarpy.

SARPY: Buenos días Sr. Ferrary.

FERRARY: ¿Me ha conseguido algo?

SARPY: (*después de pensarlo*): Creo que sí: una sobrecarga invertida de los Straits Settlements. (*Pausa, elevando la voz*). ¿Ben, no tenemos una sobrecarga invertida de los Straits? Aquí está el señor Ferrary que quiere verla.

BENJAMIN: (*desde la trastienda*): Creo Sarpy que la tenemos. Tengo que echar una mirada.

Algunos minutos más tarde Ben le pasa el sello a Sarpy, que se lo muestra a Ferrary quien lo toma.

SARPY: ¿No tenemos otra de estas con doble sobrecarga, una invertida?

BENJAMIN: (*todavía detrás*) Sí, la tenemos. Ahora..., ¿dónde está?

Pasa un instante durante el cual Ben se pone a trabajar y la variedad es producida.

El asunto es que Benjamín, Jeffryes y Sarpy no podían seguir indefinidamente engañando a los coleccionistas y finalmente fueron arrestados y sometidos a juicio. Encontrados culpables de conspiración para defraudar, Benjamín y Jeffryes fueron sentenciados a seis meses de prisión y Sarpy a cuatro meses.

El juicio recibió amplia publicidad y las actas del mismo fueron transcritas *in extens*o en la revista **Stanley Gibbons Monthly Journal**. A final de cuentas, el trío sacó alguna ventaja de la publicidad recibida pues en

cuanto fueron puestos en libertad volvieron a vender sus falsificaciones, aunque en esta ocasión estableciendo claramente que eran falsos, pero vendiéndolas al doble del precio al que las vendían originalmente.

En la actualidad, pocos coleccionistas compran piezas de alto valor a menos que las mismas estén amparadas por un certificado expedido por alguna institución de prestigio como son la Philatelic Foundation, los comités de expertos de la American Philatelic Society y de la Royal Philatelic Society, o una serie de expertos que ya se han hecho de un nombre en el campo del peritaje de sellos.

Esas fueron falsificaciones de segundo orden producidas fundamentalmente para engañar a incautos. Hubo otras, sin embargo, que caen en el campo de lo que serían las "ligas mayores". Entre estas podría incluir un episodio ocurrido en 1919, que entre los filatelistas se conoce como "el caso de las falsificaciones de los "*misioneros*" de Hawai. Hoy, un siglo más tarde, todavía se comenta en los medios. En el caso estuvieron envueltos, Grinnell, un maestro de escuela de Los Ángeles; Klemann, uno de los comerciantes de más prestigio de Nueva York y Caspary, uno de los más destacados filatelistas de la primera mitad del siglo XX.

— ¿Cuál fue ese caso, abuelo? –preguntó Héctor

— Fue un episodio extremadamente complejo y te lo comentaré el próximo domingo –respondió Manuel.

LAS FALSIFICACIONES DE GRINNELL

En 1919 ya los famosos "*misioneros*" de Hawai sobre los cuales ya te he comentado, eran piezas de alto valor con precios que llegaban a los miles de dólares. El Scott de 1919 cotiza el sello de 2¢ en $5,000, el de 5¢ en $3,000 y el de 13¢ en $2,500; de ahí que estuvieran entre los favoritos de los coleccionistas de recursos, la mayoría de los cuales en ese tiempo tenían colecciones mundiales.

Fue en esas circunstancias que cuando John Klemann, el destacado comerciante en sellos de Nueva York supo en noviembre de 1919 que George H. Grinnell, un maestro de escuela de Los Ángeles tenía en su poder un lote de 11 sellos de 2¢, nueve de 5¢, 15 de 13¢ y ocho copias dañadas de diferentes denominaciones de los "*misioneros*", después de enviar un cable a Grinnell pidiendo tener la primera opción de compra, no dudó en tomar un tren hasta esa ciudad en un viaje de tres días para cerrar el trato.

Klemann era un comerciante veterano y el primer socio de Nassau Stamp Co. Cerró el trato el 1 de diciembre. En el contrato Grinnell convino en venderle a Klemann 43 "sellos postales conocidos como '*misioneros*' de Hawai por $65,000" que serían pagados en los próximos treinta días.

John J. Klemann

Klemann necesitaba obtener rápidamente dinero para pagarle a Grinnell, así que le vendió de inmediato 17 de los 43 sellos a Alfred Caspary. En ese momento Caspary formaba parte de una serie de coleccionistas norteamericanos de amplios recursos entre los cuales estaban Arthur Hind, George H. Worthington, el Cor. Green y Alfred F. Lichtenstein.

Después de estudiar las piezas, Caspary se puso en contacto con Klemann y le informó que él creía que los sellos eran falsos. Le señaló que había llegado a esa conclusión después de comparar las cancelaciones en las estampillas del lote recién adquirido con las de los ejemplares que tenía en su colección. Eran totalmente diferentes. Concluyó que los que le había vendido Klemann eran abiertamente falsificaciones hechas mediante un proceso fotográfico.

Klemann, quien ya había pagado los $65,000 a Grinnell tomó acción legal contra éste y Klemann le devolvió el dinero a Caspary.

Inicialmente, Klemann trató de llegar a un acuerdo con Grinnell, pero en vista de que éste no se avino a devolver el dinero y comenzó a patalear protestando su inocencia, fue llevado a la acción de la justicia. En el juicio, que empezó el 31 de mayo de 1922, fueron llamados a testificar una serie de expertos que dictaminaron que los sellos eran "pedazos de papel sin ningún valor" realizados mediante un proceso de fotograbado, un hecho que Grinnell negaba.

Grinnell proclamaba que él no sabía nada de sellos pues era un simple maestro de escuela y que Klemann, como un filatelista experto, con una vasta experiencia, debió confiar en su propio juicio sobre la autenticidad de los sellos que fueron vendidos "as is" que es el término usado en inglés para significar que la pieza se vende sin ninguna garantía aplicándose el aforismo legal "*caveat emptor*", o sea que el comprador debe velar por sus intereses, o atenerse a las consecuencias.

Tal como te señalé, la decisión del jurado fue que los sellos eran en realidad falsificaciones y que Grinnell

sabía que estos eran únicamente "piezas de papel" y que el contrato para vender "*misioneros* de Hawai" significaba sellos genuinos de esa categoría. El juez dictaminó que Grinnell debía devolver los $65,000 que había recibido.

Durante el juicio se estableció que el papel en el que estaban impresos los sellos de Grinnell fue fabricado por un proceso que no fue inventado hasta 1870 y que como los misioneros fueron hechos en 1850, no podían ser legítimos.

El debate sobre las falsificaciones de Grinnell, pese al dictamen del juez, dista de haberse cerrado. En 1980, Keith Cordley afirmó que los sellos, contrariamente a lo señalado por los expertos citados en el juicio de 1922, fueron impresos por tipografía (el método de impresión usado en los sellos originales) y no por fotografía. Aun así, la Royal Philatelic Society declaró que los sellos eran falsos. En 2006 Patrick Pearson, en un ensayo, publicó las conclusiones del Comité de Expertos de esa entidad bajo el título de "The Investigation of the Grinnell Missionaries".

¿Se puede dar el caso por cerrado? Pese al dictamen de la Royal Philatelic Society, no sería extraño que cuando menos lo pensemos vuelva a resurgir.

Un asunto que salió a relucir en el juicio fue el texto del contrato de compra que Klemann, un zorro viejo, hizo firmar a Grinnell. En él se establecía claramente que Grinnell le estaba vendiendo "sellos postales conocidos como '*misioneros*'" y no "as is". Este hecho salió a relucir en el juicio y fue lo que permitió a Klemann ganar el caso y lo que debió tener en cuenta Bartels, otro destacado comerciante de Nueva York.

— Cuéntame lo de Bartels, abuelo.

— Ese fue un juicio que, como dicen los abogados, "sentó jurisprudencia", pero eso queda para la próxima semana.

BARTELS PIERDE UN CASO

Surge la pregunta de como un comerciante del nivel de Klemann se dejó engañar con las falsificaciones de Grinnell, pero la realidad fue que compró los sellos sin asegurarse de que fueran legítimos; lo salvó el contrato que hizo firmar al vendedor.

Ahora bien, no puede asegurarse que Klemann se hubiera aprovechado de la ignorancia de Grinnell, pues la suma negociada fue realmente elevada. Si actualizamos al 2016 los $65,000 pagados por Klemann usando el Índice de Precios del Consumidor en 2025 tendríamos que el valor pagado a Grinnell equivaldría a $1,245,000 dólares, una suma realmente respetable.

En general, las operaciones de compra y venta de material filatélico se realizan dentro de unos altos estándares éticos. Por ejemplo, si uno compra un sello por e-Bay y no lo recibe, aunque el vendedor demuestre que lo envió por correo certificado, si el comprador alega que no lo recibió, su contrato con e-Bay le obliga a devolver al comprador la suma pagada.

En vista de eso, resulta extraño que J. Murray Bartels, uno de los comerciantes más prestigiosos de Nassau Street, cuando esa calle era al comercio filatélico, lo que Wall Street es en la actualidad al mundo de las

finanzas, se viera envuelto en una litis que cuando llegó a los tribunales y el juez dictó sentencia, tal como ya te dije, sentó jurisprudencia.

Los hechos fueron, tal como se presentaron en el juicio los siguientes: Una señora y su hija entraron a la tienda de Bartels, le mostraron una cubierta y le pidieron que les hiciera una oferta. Bartels en principio se negó pero ante la insistencia de las mujeres, Bartels les dijo (eso fue lo que éste declaró en la corte): "Para mi, vale $10" y las mujeres aceptaron la oferta.

La realidad era otra. Valía varios miles de dólares y esa fue la suma alcanzada cuando Bartels la puso a subastar. Cuando las propietarias originales supieron de la operación, interpusieron una demanda contra Bartels pidiendo parte de los beneficios de la venta pues reclamaban que éste se había aprovechado de su ignorancia.

Bartels en su testimonio señaló que cuando las damas le solicitaron una oferta, él había dicho: "Para mi, vale $10". Las dos primeras palabras eran la clave de todo el asunto pues las mujeres juraron que él había dicho simplemente: "Vale $10", lo cual equivalía a una tasación.

La diferencia, por supuesto, es obvia. Está en el hecho de que un artículo que para una persona vale $1,000, para otra puede valer tan solo $10, pero el planteamiento de que un artículo vale $10 y no cualquier otra suma sin algún calificativo (como "para mí"), constituye una tasación.

Contra Bartels estaba el hecho de que la mujer estaba en capacidad de presentar a su hija como testigo, algo que no podía hacer Bartels y la hija testificó que éste había hecho una tasación con el propósito de engañar y defraudar.

En el tribunal, Bartels perdió el caso y debió compartir con las damas los beneficios que había obtenido al vender en una subasta la cubierta .

Creo que el juez, si hubiera actuado desde el punto de vista puramente jurídico, no debió aceptar que la hija, dado su parentesco, actuara como testigo de cargo contra Bartels. Debo señalar, sin embargo, que

Bartels realmente actuó de mala fe: él sabía que esa cubierta valía mucho más y debió hacer una oferta más generosa.

El caso recibió amplia difusión en los medios y de ahí en adelante los comerciantes se andan en el filo de la navaja cuando alguien se acerca a cualquiera de ellos pidiendo una oferta. Así, cuando a cualquier comerciante se le pide una oferta, si éste condesciende a darla empieza con la expresión: “Para mí”.

Sin embargo, cuando existe la posibilidad de ganancias fáciles son muchos los que sucumben. A Abraham Lincoln se le atribuye la sentencia de que: “Es posible engañar a una persona todo el tiempo, es posible engañar a todo el mundo durante algún tiempo, pero es imposible engañar a todo el mundo durante todo el tiempo”. Y esto último fue lo que no tuvieron en cuenta los ejecutivos de Afinsa en un caso ocurrido recientemente en España y del que de seguro habrás leído en la prensa.

— Abuelo, tú sabes que yo casi no leo el periódico –respondió Héctor.

— Ustedes los jóvenes, como se pasan todo el día pegados a los benditos celulares, solo se enteran de lo que sale en Facebook y en WhatsApp. Creo, sin embargo, que el suceso merece conocerse, pero de eso hablaremos la próxima semana.

EL ESCÁNDALO DE AFINSA

Cuando mucha gente, especialmente aquellos ajenos al coleccionismo de sellos, leen en los periódicos sobre sellos y cubiertas que se han vendido en miles, cientos de miles y ocasionalmente en millones de dólares, se le abren los ojos. Al igual que cuando se enteran de sellos que se compraron por centavos y hoy valen cientos de dólares.

Casos como los relatados salieron frecuentemente a la luz en los Estados Unidos en la década de los 30 y 40 del siglo pasado, en una época en la que se produjo un "boom" en el coleccionismo. Fueron miles las personas que se incorporaron a las filas de los coleccionistas, estimulados según se dice, por el hecho de que Roosevelt, un destacado coleccionista, era el presidente. Fue en esas circunstancias que muchos, pocos de ellos coleccionistas de alto perfil, comenzaron a comprar hojas enteras de las nuevas emisiones pensando que a vuelta de pocos años estos sellos se revalorizarían y su venta les permitiría "enviar los chicos a la universidad".

Cuando trataron, veinte años más tarde, de vender esos sellos se encontraron que muchos otros habían pensado igual que ellos y esas estampillas eran tan abundantes que a nadie les interesaban ni siquiera a valor facial. Debieron desprenderse de ellos con un 15%, un 20% y a veces hasta por un porcentaje

mayor por debajo del valor facial, vendiéndolos a comerciantes que los usaban para el franqueo de su correspondencia. Fueron muchos los cazados por esas y otras tonterías.

Decía P. T. Barnum, el fundador de lo que luego fue el circo Barnum and Brothers que "cada día nace un tonto". De ahí que sean muchos los que han resultado engañados, ya sea por malandrines como Benjamín y Sarpy, o en pleno siglo XXI por estafadores de cuello blanco como fue el caso surgido en España perpetrado por Afinsa, la hasta entonces prestigiosa firma filatélica.

Afinsa era en la primera década de este siglo, la más prestigiosa de las firmas filatélicas de España. Aunque Juan Antonio Caro era el presidente de la firma, la cara más visible era Albertino de Figueiredo, un portugués radicado en España quien, gracias a la rapidez con la que sacaba la cartera cuando alguna sociedad filatélica solicitaba su ayuda, se hizo de un nombre, logrando incluso que se le designara como socio de honor de la prestigiosa Real Academia Hispánica de Filatelia.

Entre otras de sus actividades estuvo la creación de la Fundación Albertino Figueiredo, y Afinsa comenzó a publicar Crónica Filatélica, la que sin duda alguna fue en ese momento la mejor revista filatélica de España. Danilo Mueses, ese buen amigo mío, llegó a publicar en ella algunos artículos.

En 1998 Afinsa comenzó a ofrecer al público la posibilidad de invertir sus ahorros en sellos y prometiendo que sus inversiones redituarían intereses muy superiores a los que en ese momento estaban pagando los bancos. Durante algún tiempo, Afinsa estuvo respondiendo a los inversores. Con el aluvión de nuevas inversiones, se pagaba a los antiguos. El asunto empezó a ponerse color de hormiga cuando se comenzaron a agotar los nuevos inversionistas; toda la estructura se derrumbó como un castillo de naipes.

En total, los afectados fueron 190,022 titulares de los 269,570 contratos reconocidos por la administración de Afinsa Bienes Tangibles, S.A. La estafa se produjo entre 1998 y 2006 mediante un engaño a través de la comercialización de sellos que no tenían el valor que se le atribuía y que experimentaban "revalorizaciones inexistentes".



Estafados por Afinsa manifiestan su enojo ante el tribunal que juzgaba a los acusados

Los directivos de Afinsa fueron sometidos a la acción de la justicia y tras un juicio que se extendió por años, los ejecutivos de la empresa fueron declarados culpables. Según los jueces, Cano como economista y Figuereido como experto filatélico fueron los que idearon y perfilaron el negocio piramidal. Estos estaban concentrados en el vértice y eran los que tomaban las grandes decisiones. Según la Sala, esta estafa piramidal afectó a ahorrantes procedentes de las clases medias que trataban de guardar fondos para su jubilación o para hacer frente a situaciones de crisis. La sentencia estableció que Afinsa conseguía "atraer y caer, a familiares, amigos, vecinos y conocidos" de los afectados y puso en marcha una "maquinación engañosa ideada para inducir al error a personas para que invirtieran sus ahorros y seducir a los clientes".

La sentencia señaló que este era un negocio ficticio "sin ningún sentido económico" basado en una sobrevalorización constante de sellos que no tenían valor intrínseco y que clientes "no informados y crédulos" invertían en la medida que les prometían la devolución de su dinero, incrementado con un interés muy superior al que ofrecían las entidades financieras.

Las penas impuestas fueron realmente severas. A Cano, en su condición de presidente de Afinsa le cayeron doce años y diez meses de prisión y una multa de 240,000 euros y a Albertino Figueiredo se le impuso una pena de once años de prisión y 174,000 euros de multa.

En fin, seis de los imputados fueron condenados a indemnizar en forma conjunta y solidaria a los afectados con un total de 2,574,000,000 de euros por los delitos de estafa agravada, insolvencia punible, delito continuado de falseamiento de las cuentas anuales, blanqueo de capitales y delito contra la Hacienda Pública.

Cano y Figueiredo arrastraron tras de sí a Carlos de Figueiredo (once años y once meses y 198,000 de multa), Vicente Martín (once años y seis meses y 192,000 euros de multa), en fin en total, once de los trece exdirectivos llevados a juicio fueron condenados a diferentes penas de cárcel y multas.

Entre los engañados debería incluirse a la filatelia española que durante años colmó de halagos a Albertino de Figueiredo por su generosidad con todos los estamentos del coleccionismo. Ésta, aparentemente llena de vergüenza, ha ignorado todo lo relacionado con el escándalo y el juicio que se le siguió a los imputados. Conocemos los detalles del caso por la prensa vernácula.

Durante todo el proceso se calificaron las actividades de Afinsa como una estafa similar a la pirámide de Ponzi en alusión al engaño realizado en 1919 por Charles Ponzi y al que realizó Bernard Madoff 90 años más tarde.

— Abuelo, yo nunca he oído hablar ni de Ponzi ni de Madoff.

— Lo de Ponzi, te lo perdono, pero lo de Madoff es imperdonable pues, dada la magnitud de esa estafa, durante meses solo se hablaba de eso. Por ahora nos vamos a olvidar de Madoff pues fue alguien muy ajeno a la filatelia pero la próxima semana te contaré la historia de Ponzi.

LOS CUPONES DE PONZI

Los cupones internacionales de respuesta fueron adoptados en el congreso de la UPU celebrado en Roma en 1906.

Te voy a plantear una situación hipotética. Abdulá Mustafá, un inmigrante del Medio Oriente llega al país dejando a su familia en medio de la más abyecta miseria. Les escribe pero estos no tienen ni siquiera para cubrir el costo de un sello de correos. Para resolver el problema Abdulá va al correo y compra un cupón internacional de respuesta y lo incluye en la siguiente carta a sus familiares con las instrucciones: Vayan con su carta y este cupón a la oficina de correos y allí les entregarán un sello cubriendo el porte de una carta con destino a este país y problema resuelto.

Un cupón puede ser comprado en cualquier país de la UPU. Una inscripción en estos escrita en siete idiomas indica: "Este cupón podrá canjearse en todos los países de la Unión Postal Universal por uno o varios sellos postales que representen el franqueo mínimo de una carta ordinaria, expedida al extranjero por vía de superficie".

La cantidad que se cobra por el cupón parece ser fijada arbitrariamente por el país que lo vende pues su

costo tiene poca relación con la tarifa establecida para una carta al exterior. En el momento en que ocurrieron los hechos que te estoy relatando el costo de un cupón en los Estados Unidos era de 9¢, 4d en Australia y 3d en Gran Bretaña. En Europa solía costar aún menos.

En la actualidad el costo de un cupón (en los países que aún lo venden) es aproximadamente un 50% mayor que la tarifa de una carta a un país extranjero. Esto, con el propósito de disuadir a cualquiera de usar los cupones para enviar grandes sumas de dinero al exterior.



Cupón internacional de respuesta

Las fluctuaciones de las monedas pueden tener un gran efecto sobre el valor de los cupones. Fue esa circunstancia la que movió a Ponzi, que en ese momento vivía en Boston, a embarcarse en una carrera de engaños mediante la promesa de ganancias a corto plazo para aquellos que le confiaban su dinero. Supuestamente los cupones iban a ser comprados en España donde estos, en ese momento, costaban apenas 1¢ de dólar y podían ser redimidos en los Estados Unidos por sellos con un valor de 6¢. A los inversionistas se les prometía un beneficio de un 50% en 45 días.

Para sus operaciones, Ponzi fundó Securities Exchange Co. y a los inversionistas durante las primeras etapas de la empresa se les pagaron religiosamente los beneficios prometidos.



Ponzi en sus años de prosperidad

Los banqueros vieron que *algo olía mal en Dinamarca* e hicieron que los inspectores postales investigaran si se estaba usando el correo para defraudar el público. En vista de sus antecedentes (Ponzi había estado ya dos veces en prisión) se le investigó pero al principio no se encontró nada irregular y fue dejado libre.

El tema, sin embargo, seguía sobre el tapete y Clarence Barron, un cronista del periódico **Boston Globe** inició por su cuenta una investigación y calculó que para cubrir las obligaciones contraídas se necesitaban 160 millones de cupones, cantidad que, por un lado no se podía conseguir en España ni habría demanda en los Estados Unidos.

Esto fue suficiente para probar que Ponzi no estaba en modo alguno comprando cupones sino usando el dinero de los nuevos inversionistas para permanecer solvente mientras vivía una vida de lujo con automóviles y trajes costosos.

Al ser desenmascarado y llevado a juicio se estableció que había estafado a sus clientes con alrededor de $8 millones de dólares. Fue declarado culpable de estafa y sentenciado a tres años de cárcel y posteriormente a cuatro años adicionales. Al cumplir su sentencia, como no era ciudadano norteamericano fue deportado a Italia, su país natal.

Durante la Segunda Guerra Mundial se trasladó a Brasil y allí murió en la indigencia el 15 de enero de 1949.

Italia, que ha sido cuna de poetas de la talla de Horacio, Virgilio, Petrarca y Dante, que produjo genios como Miguel Ángel y Leonardo Da Vinci, que fue la cuna del Renacimiento, en los siglos XIX y XX envió a América una serie de personajes de la peor calaña, siendo sus caras más visibles aquellos que abiertamente

formaban parte de la mafia como fueron Al Capone, Frank Costello y Joseph Bonanno pero por debajo de estos, aunque no formaran necesariamente parte de ese submundo, figuraban otros dedicados a acciones, unas abiertamente ilícitas como las de Ponzi y otras que, aunque no tan ilegales, podrían calificarse como "*non sanctas*" al bordear actividades a las que personas como tus tíos y yo jamás nos prestaríamos.

Ese fue el caso de José María Giordano, un buscavidas italiano que produjo unos sellos para nuestro país que provocaron a un incidente con Haití que es citado con frecuencia en las revistas filatélicas como "el sello que provocó una guerra".

— ¿Abuelo, cuáles fueron esos sellos?

— Son los sellos que denominamos "del mapita", pero ese es un tema que trataremos la próxima semana.

EL SELLO QUE PROVOCÓ UNA GUERRA

En la página 136 de la obra "Stamp Collector's Handbook" de Samuel Grossman podrás encontrar la siguiente historia:

> *"Guerra Empezada por una Emisión Postal*
> *En 1900 la República Dominicana emitió una serie de sellos mostrando sus fronteras extendiéndose dentro del territorio de su vecino Haití. Esto inició conflictos intermitentes en las fronteras entre los dos países hasta 1938 cuando la disputa fue finalmente resuelta. Se estima que más de 15,000 personas fueron muertas debido a esta controversia".*

¿Dónde termina la fantasía y empieza la verdad? ¿Hubo realmente una guerra con Haití debido a esa emisión? Te haré un breve resumen de los antecedentes y pasaré luego a relatarte los hechos tal como sucedieron.

Entre 1889 y 1890, Nicolás F. Seebeck, en su condición de secretario del Hamilton Bank Note Co. firmó una serie de contratos con El Salvador, Honduras, Nicaragua y Ecuador mediante los cuales el Hamilton se comprometía a suministrar anualmente a cada uno de esos países una serie de sellos que cubrieran sus necesidades postales.

Se estableció, como parte de los contratos, que los sellos se suministrarían en forma gratuita en el entendido de que al final de cada año éstos serían desmonetizados, las administraciones postales devolverían al Hamilton los saldos no vendidos y la entidad tendría derecho a retener las planchas e imprimir con ellas cuántos sellos pudieran necesitar para venderlos a los coleccionistas.

Aunque es posible que el costo de impresión de cada una de esas series entregadas por el Hamilton no alcanzara los $2,000 dólares, esta suma era significativa para la serie de países empobrecidos que firmaron los contratos. Por otro lado, la operación en nada perjudicaba a los países puesto que al recibir la nueva serie, los sellos devueltos al Hamilton eran desmonetizados.

No seguiré abundando sobre las emisiones de Seebeck pero si te interesa el tema, mi colega de la Sociedad Filatélica Dominicana Danilo Mueses escribió una obra, “Seebeck, ¿Héroe o Villano?”, que ofrece detalles de la vida de Seebeck y de la emisiones que él auspició y te lo puedo prestar. Mientras tanto, volvamos al tema.

En 1900 ya Seebeck había muerto y los contratos con El Salvador, Nicaragua, Honduras y Ecuador habían expirado, pero el Hamilton se mantenía como empresa impresora de sellos. Dicen que el zorro pierde el pelo pero no las mañas. Fue por esa razón que cuando Giordani, de quien te hablé la pasada semana, que en ese momento era cónsul de Guatemala y Costa Rica en nuestro país, negoció con el Gobierno dominicano la impresión de una serie de sellos en los que se mostrara el mapa de la isla de Santo Domingo, éste recurrió al Hamilton. Giordani aceptó recibir en especie, el costo de $1,500 que había negociado con el Gobierno por la impresión de los sellos.

Los sellos fueron emitidos en octubre de 1900. Cuando las autoridades haitianas conocieron los detalles de la emisión, elevaron ante el gobierno dominicano una enérgica representación.

— Abuelo, ¿qué es una representación?

— Es lo que la gente llama una protesta, pero si tu buscas en el diccionario verás que protesta es una "promesa con aseveración de ejecutar una cosa."

Pues bien, cuando el Gobierno dominicano recibió la representación de Haití, el país ofreció retirar los sellos. El problema era que el país no disponía de otros sellos y no fue hasta febrero del siguiente año que se ordenó una nueva emisión a Alemania y estos no llegaron al país hasta octubre de 1901. Así que, para desazón de Haití, los sellos estuvieron en circulación durante todo un año. Como dicen nuestros campesinos, "después del palo dado, ni Dios lo quita".

Los problemas fronterizos con Haití nacieron con nuestra independencia. En la Constitución de 1844 se especifica en su Art. 3:

"Los límites de la República Dominicana son los mismos que en 1793 dividían por el lado de Occidente de la parte francesa, y estos límites quedan definitivamente fijados".

O sea, se señalaba que nuestros límites por occidente eran aquellos establecidos en el Tratado de Aranjuez. Al final de las guerras de Independencia, la frontera entre ambos países seguían siendo los mismos, por lo menos en el papel. Durante la Anexión, los españoles hicieron que los haitianos respetaran estos límites.

Recuperada la Independencia, después de la guerra de la Restauración, aprovechándose de las constantes guerras civiles, los haitianos fueron penetrando pacíficamente en territorio dominicano borrando así la línea del "*statu quo post bellum*", o sea los límites vigentes al final de la guerra. De ahí la insistencia haitiana en las posesiones actuales.

En 1874, restablecida la paz, el presidente Ignacio M. González logró negociar un tratado con Haití estableciendo la línea fronteriza. En cuanto a la demarcación en sí, el tratado indicaba en su Artículo 4:

"Los países contratantes se comprometen a establecer de la manera más conforme a la equidad y a los intereses específicos de los pueblos, la línea fronteriza que separa sus posesiones actuales. Esta

> *necesidad será objeto de un tratado especial, y para este efecto, ambos gobiernos nombrarán sus comisarios lo más pronto posible.”*

En los años siguientes, aunque se hicieron varios intentos no se pudo llegar a ningún acuerdo pues mientras que los haitianos invocaban que cuando en el artículo se indicaban las “posesiones actuales” se refería al “*uti-possidetis*”, o sea las posiciones territoriales que los pueblos ocupaban en 1874, el criterio de la República Dominicana era que la expresión las posesiones actuales no significaba otra cosa sino las áreas a qué, en esa fecha, tenían derecho ambos pueblos, por los títulos legítimos que daban realmente la propiedad, es decir, las capitulaciones del Tratado de Aranjuez.



Sello del Mapita

Cuando en 1895 se propuso someter el caso de la frontera a un laudo arbitral ante el papa León XIII, el asunto no prosperó porque el Gobierno de Haití no quiso otorgar al Papa plenos poderes para decidir definitivamente la cuestión. Todo parece indicar que Haití temía que el fallo le fuera adverso. Frente a esa situación se hizo evidente que solo por la fuerza de las armas hubiera podido el país hacer retroceder a los haitianos hasta la línea indicada en el Tratado de Aranjuez y ninguno de nuestros gobiernos quiso llegar a ese extremo.

De acuerdo al historiador y geógrafo J. Armando Rodríguez, el área ocupada por Haití es de 4,304 km^2. En esa zona están ubicadas, entre otras, las ciudades de Juana Méndez (Ouanamenthe); Hincha, (Hinche, donde nació Pedro Santana) y San Miguel de la Atalaya (St. Michel de L’Atalaye), esta última situada a aproximadamente 65 kilómetros de la frontera actual. Todas estas fueron en su momento poblaciones dominicanas.

Como te conté, el Gobierno haitiano hizo una representación y aunque personalidades del nivel de J. A. Rodríguez todavía en 1915 continuaban insistiendo en que nuestro país debía seguir reclamando sus 4,304 Km^2 que Haití se había apropiado, ya el asunto no había sido zanjado definitivamente (recuerda que, como te dije, nunca se llegaron a nombrar los comisarios). En el momento de ponerse en circulación la emisión, el Gobierno dominicano había tirado la toalla y renunciado a esa amplia zona que, de hecho, desde hacía muchos años estaba ocupada por Haití.

Como puedes ver, pese a lo señalado en el libro de Grossman, no hubo guerra a causa de esta emisión. Los eventos ocurridos en 1937 son otra historia, pero nada tuvo que ver con la emisión de 1900 mostrando el mapa con la frontera desplazada.

Quienes sí libraron una guerra que estuvo precedida de una guerra de mapas fueron Argentina y Gran Bretaña. El conflicto estuvo relacionado con las Islas Malvinas. En su momento el asunto recibió amplia publicidad, pero los hechos ocurrieron en 1982, o sea que para entonces todavía tú no habías nacido, y eso queda para la próxima semana.

SELLOS Y BALAS: ARGENTINA vs. INGLATERRA

No hay certeza de quién descubrió las Malvinas (Islas Falkland). Aunque los ingleses alegaban que las mismas habían sido descubiertas por John Davis en 1592, ya para esa fecha las islas aparecían en varios mapas españoles.

En 1749, el Almirantazgo Británico hizo planes para hacer un levantamiento de las costas del archipiélago, aunque se descubrió que el verdadero propósito de la expedición era establecer en las islas una base naval para atacar a las colonias españolas en América. Cuando la noticia de los planes llegó a oídos de Ricardo Wall, en ese entonces embajador de España en el Reino Unido, este protestó contra la expedición y Gran Bretaña aceptó suspenderla reconociendo la soberanía de España sobre las islas.

En 1766, España nombró su primer gobernador en las islas y a partir de esa fecha, las ocupó durante los siguientes cuarenta y cinco años. Cuando en 1810 Argentina proclamó su independencia de España, la guarnición española en las islas fue trasladada a Montevideo para luchar contra los insurgentes.

Cuando Argentina se independizó, lo natural fue que heredara todos los territorios dependientes del Virreinato del Río de la Plata, incluyendo las islas Malvinas. Fue así como en 1820 envió una fragata a

tomar posesión de las islas reafirmando de este modo sus derechos y durante los siguientes trece años Argentina ejerció sus soberanía sobre las islas.

El 2 de enero de 1833 la fragata británica Clío al mando del capitán John James Onslow, en un acto de fuerza, desalojó de las islas la guarnición argentina y tomó posesión de las mismas a nombre del gobierno de Su Majestad.

Durante todo el período transcurrido entre 1833 y esta fecha Argentina le ha estado reclamando a Gran Bretaña la devolución de las islas, que habían sido ocupadas por esa nación sin tener en cuenta que entre 1820 y 1833 ese territorio había sido posesión Argentina.

El período entre 1955 cuando fue derrocado Juan Domingo Perón y 1976 cuando un nuevo golpe de Estado derrocó a María Estela Martínez de Perón, quien había ascendido al poder tras la muerte de Perón, fue un período de una gran turbulencia política en Argentina; los presidentes se sucedían uno tras otro. Al ser derrocada María Estela, se entronizaron una serie de dictadores militares.

En 1982, estando en el poder el Gral. Leopoldo Galtieri, el último de ellos, la situación económica del país se tornó insostenible. Galtieri, como forma de recuperar su prestigio deslustrado, se embarcó en la aventura de recuperar las islas por la fuerza invadiéndolas.

Galtieri subestimó la tozudez inglesa. El gobierno de Margaret Thatcher envió un contingente militar que al cabo de 73 días logró desalojar a los argentinos en una contienda que costó la vida a 649 militares argentinos (incluyendo 323 que murieron cuando un submarino inglés torpedeó el crucero General Belgrano) y a 255 ingleses. Tres civiles isleños perdieron la vida.

Las islas Falkland emitieron su primer sello mostrando el mapa del territorio en fecha tan temprana como 1933 al cumplirse el primer centenario de la ocupación de las islas por los ingleses. En el sello de 3d de una larga (y hoy en día costosa) serie hermosamente impresa por talla dulce se muestran las dos principales islas del archipiélago.

En el área postal, Argentina comenzó a partir de 1955 a mostrar en todos los sellos en los cuales reproduce el mapa del país, las islas como parte de su territorio. En todos estos sellos, las islas son puntos apenas perceptibles en la vastedad del océano Atlántico. En 1982, a raíz del conflicto de las Malvinas, sin embargo, Argentina emitió un sello abiertamente provocador. En él se muestra toda la parte sur del país en un sello de tamaño heroico, donde se señalan las islas como parte del país.





Argentina en 1982 y las islas Falkland en 1952 emitieron sendos sellos vindicando su soberanía sobre las islas

Como era de esperar, las islas Falkland ripostaron de inmediato reproduciendo el sello que habían emitido en 1933 mostrando el mapa del archipiélago.

Aunque no cabe duda de que por derecho las islas deben estar bajo la soberanía de Argentina, para ese país ésta es una causa perdida. En la actualidad en cuestiones de soberanía rige el principio de la autodeterminación de los pueblos. Los ingleses, sintiéndose seguros de la lealtad de los isleños han indicado que no tienen ningún inconveniente en cederlas pero que «no puede haber negociaciones sobre la soberanía de las islas Malvinas, a menos que y, hasta que los isleños así lo desearen».

A raíz de la guerra de las Malvinas, Inglaterra le otorgó la ciudadanía británica a los isleños. Está claro que va a ser difícil que, puestos a elegir en un plebiscito, los isleños opten por la ciudadanía argentina.

Argentina e Inglaterra libraron esta guerra insensata y como viste, ambos países dejaron reflejadas sus posiciones en sus emisiones postales. Este es apenas un ejemplo de la gravitación de las emisiones postales cuando un país está interesado en exponer ante el mundo sus demandas territoriales.

— Abuelo, ¿se conocen otros casos?, preguntó Héctor.

— “Poi baisa”, como decimos nosotros en el Cibao. Sobre esas emisiones podríamos pasarnos hablando el resto de la tarde. Para no hacer la historia demasiado larga te contaré tan solo otros dos casos, pero eso lo dejaremos para la semana que viene pues le prometí a tu abuela que iríamos al cine y ya debe estar esperándome pues he sentido en dos ocasiones a alguien asomándose a la puerta, así que debe ser ella.

BOLIVIA vs. PARAGUAY – HONDURAS vs. NICARAGUA

Bolivia vs. Paraguay

Bolivia y Paraguay son los únicos países mediterráneos de América. La mediterraneidad de Bolivia tuvo su origen en la denominada Guerra del Pacífico que se libró entre 1879 y 1883. En esa insensata guerra se enfrentaron Perú y Bolivia contra Chile.

En 1878 operaba en lo que es hoy la zona del desierto de Atacama en el norte de Chile, pero que en ese tiempo formaba parte de Bolivia, la empresa chilena Compañía de Salitre y Ferrocarriles de Antofagasta (CSFA). Era una empresa de accionistas chilenos e ingleses. En el tratado de límites que había sido firmado en 1874 entre Bolivia y Chile, Bolivia se comprometía a no imponer nuevos impuestos a la empresa durante los 25 años siguientes.

Cuando Bolivia impuso a la CSFA un impuesto de 10¢ por quintal de salitre que exportara, la empresa se negó a pagarlo invocando el tratado de 1874.

En el momento en el que estalló el conflicto, Chile, a pesar de tener una población menor que la de sus contrincantes combinados, era un país más estable y organizado económica y militarmente y eso le permitió alcanzar la victoria. Las operaciones militares dependían en gran medida de la capacidad de los

beligerantes para abastecer los frentes de batalla. Chile, que contaba con una marina poderosa, estaba en mejor posición que sus rivales para llevar suministros a los frentes de batalla y de ese factor dependieron los resultados finales.

Bolivia abandonó la lucha en 1880, pero Chile y Perú continuaron la guerra hasta 1883. Cuando ese año cesaron las actividades, Chile había ocupado no solamente los territorios bolivianos entre la ciudad de Antofagasta y el río Loa sino también toda la franja costera peruana que se extiende hacia el norte de dicho río hasta la ciudad de Arica con un área de aproximadamente 91,000 km^2. Solo en 1929 Perú pudo recuperar la zona de Tacna con una área de 16,000 km^2. Cuando finalmente se llegó a un acuerdo de paz, Bolivia había perdido 158,000 km^2 y lo que es más grave, el acceso al mar.

Los problemas de pérdidas territoriales de Bolivia no empezaron con la Guerra del Pacífico ni terminaron allí. Estos se iniciaron en 1867 debido a sus conflictos con Brasil que se extendieron hasta 1903 y significaron la pérdida de 191,000 Km^2, siguieron con la cesión a Chile, que como ya te dije ascendieron a 158,000 km^2 y finalizaron con el área que debió ceder a Paraguay que fue de 248,000 km^2 para un total de 597,000 km^2, o sea que entre 1867 y 1938 Bolivia había tenido que ceder, de grado o por fuerza, un área ascendente a mas de un un 50% de su territorio actual.

La zona que Paraguay denomina el Chaco Boreal es el área al norte del río Pilcomayo y al oeste del río Paraguay, disputada por Bolivia y Paraguay. Cuando ambos países declararon su independencia, la delimitación de la frontera entre estos en la zona conocida con el Chaco era incierta.

Aunque entre 1879 y 1904 se celebraron cuatro tratados entre Bolivia y Paraguay, estos no fueron aceptados por ninguna de las partes. Por otro lado, cuando Bolivia perdió el acceso al Pacífico como consecuencia de su guerra con Chile, aumentó la importancia la zona para ese país pues el Chaco bordea el río Paraguay y a través de éste el país tendría acceso al Atlántico.

La guerra se inició en 1932 y se prolongó hasta 1935 cuando, ambos países exhaustos, habían perdido cada uno más de 30,000 combatientes. Tres años después de finalizado el conflicto, el 21 de julio de 1938

se firmó en Buenos Aires el acuerdo limítrofe. Como parte del acuerdo, Paraguay logró que se le reconociera el 75% del territorio en disputa equivalente a más de 248,000 km^2.

En 1928 (y de nuevo en 1931) Bolivia emitió sendos sellos mostrando la región del Chaco como parte de su territorio. En una serie emitida veintiséis años después, esa zona geográfica no aparece, lo que demuestra que el país reconoció la pérdida de ese territorio.





Sello emitido por Bolivia en 1928 mostrando la región de El Chaco como territorio boliviano y a la derecha, una estampilla en 1954 en la cual ese país reconoce la pérdida territorial



Sello emitido por Paraguay reafirmando su soberanía sobre la región de El Chaco

Paraguay, por su parte, en 1932 emitió una serie señalando en forma desafiante: “EL CHACO BOREAL, HA SIDO, ES Y SERÁ DEL PARAGUAY”.

Nicaragua vs. Honduras

A partir de 1823, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y Costa Rica formaron una federación bajo el nombre de Provincias Unidas de Centroamérica con un gobierno central en Guatemala y subsidiarios en cada una de las otras provincias.

El egocentrismo, que es característica de la mayoría de nuestros pueblos, hizo naufragar la federación. En 1838 Nicaragua se separó y poco después le siguieron Costa Rica y Honduras.

En el momento de la disolución de la federación existía una situación muy peculiar en relación a las fronteras entre las que hasta ese momento eran provincias. La disolución creó un escenario diferente: cada provincia comenzó a velar por sus límites territoriales y en mismo año, Nicaragua elevó una representación por la intrusión de Honduras en el Valle del Espino, en el partido de Segovia.

En 1869 se iniciaron las negociaciones entre ambos países pero no se llegó a ningún acuerdo hasta 1894 cuando los comisionados de ambas naciones suscribieron el denominado Tratado Gómez-Bonilla por el nombre de los dos cancilleres firmantes, aunque cabe señalar que ese acuerdo aún no había definido totalmente las fronteras pues quedaba pendiente el tramo entre Teotecacinte y el mar Caribe.

En 1904, en vista de que no parecía haber solución, ambas naciones decidieron someter el caso a arbitraje y solicitaron los servicios del rey de España quien designó una comisión que emitió su fallo que dejó establecida en 1906 las fronteras definitivas entre los países en conflicto.



Sello de Nicaragua mostrando como territorio nicaragüense parte del territorio hondureño



Sello emitido por Honduras mostrando el mapa del país y vindicando como suyas las áreas que en el sello de Nicaragua aparecen como de ese país

Nicaragua, como una forma de demostrar al mundo la validez de su reclamación, emitió en 1937 un sello en el que muestra como parte del país una amplia zona de lo que es hoy territorio hondureño. Es un área triangular que limita al sur con el río Coco, al norte el mar Caribe y al noroeste con lo que hoy son los departamentos de Yoro y Francisco Morazán. La zona que aparece en el sello de Nicaragua

comprende aproximadamente los departamentos de Gracia de Dios, Colón y Olancho con una área superior a los 49,000 km^2.

Como es de suponer, Honduras no podía permanecer indiferente ante lo que consideró una provocación y en 1935 y de nuevo en 1947 emitió sendos sellos en los que muestra sus verdaderos límites geográficos.

En todo este asunto del ajedrez político internacional prevalece no la razón sino la ley del más fuerte: Gran Bretaña, pasando por encima de los derechos de Argentina, se impuso en las Malvinas; la injerencia Argentina en el conflicto entre Paraguay y Bolivia al dar su apoyo político, económico y militar al primero fue lo que inclinó la balanza a favor de ese país; y en el caso de la disputa entre Honduras y Nicaragua, en 1912, cuando los *marines* ocupaban Nicaragua, los Estados Unidos trataron de revertir el Laudo de 1906 a favor de Honduras. Solo después de que Honduras llevara el caso ante la Corte Internacional de Justicia, los Estados Unidos aceptaron la decisión del Laudo.

Pocos casos de conflictos internacionales por asuntos territoriales se dirimen en el campo de batalla. Solo terminan cuando las partes en conflicto aceptan sentarse en la mesa de negociaciones. Mira lo que está pasando con el conflicto israelí-palestino por los territorios de Gaza y Cisjordania que ya duran más de cincuenta años y el problema de Chipre que se inició aproximadamente en la misma fecha. Como en ambos casos las partes no han aceptado dirimir sus diferencias, los conflictos se mantienen vigentes.

— El problema de Israel con sus vecinos árabes por el asunto de Gaza y Cisjordania sí lo conozco –dijo Héctor– no así el de Chipre.

— Te prometo que te lo contaré la semana que viene.

GRECIA Y TURQUÍA LUCHAN POR CHIPRE

Pocas regiones del globo tienen una historia más convulsa que Chipre. La isla, situada en el extremo oriental del mar Mediterráneo, tiene una extensión de 9,251 km^2.

Los arqueólogos han localizado señales de la actividad humana en fechas tan tempranas como 10,000 años AC, pero sin ir tan lejos, en los últimos 6,000 años los fenicios, asirios, persas, egipcios, griegos, romanos y turcos han tomado, en uno u otro momento, el control de la isla.

Más modernamente, la República de Venecia ejerció su dominio sobre Chipre desde 1489, pero en 1570 fue conquistada por los turcos quienes mantuvieron el control de la isla hasta 1878. Ese año, por decisión del Congreso de Berlín durante el cual se alteraron en forma sustancial las fronteras de Europa, Chipre pasó al control de Inglaterra. En 1914, como parte de la consolidación de su imperio colonial, Gran Bretaña incorporó la isla al Commonwealth británico.

En la isla predominan dos etnias: los greco-chipriotas y los turcos-chipriotas. A pesar de que Chipre está más cerca de Turquía que de Grecia y que durante casi 400 años la isla estuvo bajo el control de Turquía, solo el 18% de la población es turco-chipriota.

En Chipre, a diferencia, por ejemplo, de los Estados Unidos donde hay un alto porcentaje de población

latina pero ésta está distribuida en toda la geografía nacional, en esa isla los greco-chipriotas están mayoritariamente localizados en el sur y los turco-chipriotas en el norte. Esa situación ha dado origen a conflictos en la frontera entre ambas zonas.



Sello de Chipre emitido cuando la isla era una colonia británica

En 1931 comenzaron las primeras revueltas a favor de la enosis que es el nombre que recibe el movimiento a favor de la incorporación de Chipre a Grecia. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, el Arz. Makarios encabezó un movimiento a favor de la independencia de la isla el cual introducía un nuevo elemento de conflicto en la ya convulsa isla y enfrentamientos entre las dos etnias.



Sello emitido por Grecia protestando contra la decisión británica de dividir la isla

En vista de esos enfrentamientos, el asunto fue largamente debatido entre Grecia, Turquía y Gran Bretaña. Dada la larga tradición de apoyo que Gran Bretaña había prestado a los griegos en el pasado, (el destacado poeta inglés Keats murió en Grecia luchando al lado de los griegos contra los turcos) estos confiaban en que Albión respaldaría sus pretensiones para anexar la isla pero el parlamento británico, temiendo que dicha solución provocara un enfrentamiento entre las dos etnias, emitió el 28 de julio de 1954 un documento en el que proponía la creación de un Estado independiente. Esta fue la solución finalmente alcanzada en febrero de 1959.

Los griegos se opusieron a la solución dada por los ingleses y como una forma de expresar su repudio en septiembre de 1954 emitieron una serie de seis sellos. En dos de ellos aparece el texto de los “proceedings” del Parlamento sobre la división de la isla en inglés, en dos en francés y en dos en griego con una gran mancha de tinta negra como una señal de la protesta griega por la decisión británica.

El caso de Chipre es un ejemplo singular de la arrogancia de las grandes potencias y de como éstas, llegado el caso, no tienen reparo en imponer a su antojo las soluciones que mejor sirvan a sus intereses, no importa a quien haya que atropellar. Ese fue el caso de Panamá, de su canal y de un sello, que, aunque te parezca extraño, cambió el curso de la historia. Pero eso lo dejaremos para la semana que viene.

EL SELLO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA

A Núñez de Balboa se le atribuye el descubrimiento del Océano Pacífico por haber sido el primer occidental en pisar sus aguas. Al iniciarse la explotación de las minas de oro y plata en Perú, la travesía desde ese territorio hasta España debía hacerse entrando al Atlántico a través del estrecho de Magallanes o, después de costear el Pacífico hasta Panamá, transportar los valiosos metales por el istmo a lomo de mulas para ser transbordados en el Caribe a los buques con destino a España. Esto hizo que se pensara en una alternativa consistente en la construcción de un canal interoceánico cruzando el istmo, solución que fue planteada a Carlos V en 1526, pero la sugerencia no pasó de ahí.

Durante los trescientos años siguientes, aunque surgieron nuevos proyectos no se hizo ningún intento serio hasta que en 1819 el Gobierno español autorizó la construcción del canal, pero de nuevo no llegó a materializarse.

La finalización exitosa del canal de Suez en 1869 envalentonó a Ferdinand de Lesseps, el promotor de esa magna obra. Fue éste quien inició negociaciones con el Gobierno de Colombia, para lograr la autorización para las obras. En ese momento, Panamá formaba parte de Colombia.

En todo el último cuarto del siglo XIX, se estuvieron considerando varias alternativas. Aunque la ruta por

Panamá, por ser la más corta era considerada la más viable. Fue evaluado igualmente un canal por Nicaragua. Esa ruta, aunque más larga, si se canalizaba el río San Juan y se navegaba a través del lago Nicaragua, se evitarían los grandes movimientos de tierra que se requerirían en la zona de Culebra en Panamá.

En 1879 de Lesseps presentó a la Sociedad Geográfica de París su proyecto de un canal sin esclusas por Panamá. El proyecto fue aceptado y el costo fue estimado en 600 millones de francos y, para conseguir esos fondos, se fundó la *Compagnie Universalle du Canal Interoceanique de Panama*. Uno de los problemas de de Lesseps era que, no siendo ingeniero, se empecinó en un canal sin esclusas. No es que tal canal no pudiera ser construido sino que su costo sería más elevado al demandar un movimiento de tierra mucho mayor.

Después de negociar con el gobierno de Colombia, las obras se iniciaron en 1881 y durante los siguientes ocho años las mismas fueron afectadas por múltiples problemas, incluyendo lo accidentado de la ruta, epidemia de malaria con elevadas tasas de mortalidad y escasez de fondos.

El proyecto era un pozo sin fondo. En 1888 se agotó el dinero y al año siguiente la empresa se declaró en bancarrota. Ya se había gastado el equivalente a US$ 276 millones. Fue en ese momento que el Ing. Philippe Jean Bunau-Varilla, que hasta ese momento había estado al frente de la obra, asumió los trabajos. Sin apoyo financiero, Bunau-Varilla se dirigió al gobierno de los Estados Unidos ofreciéndole la venta de los derechos de construcción del canal.

En ese momento, Estados Unidos tenían la opción de construir el canal por Nicaragua. Si Estados Unidos hacía uso de su opción, los franceses perderían todo lo invertido en Panamá. Los norteamericanos tasaron las inversiones de los franceses de US$40 millones como valor de los equipos, instalaciones y del movimiento de tierra hecho hasta la fecha y esa fue la suma que ofrecieron a los franceses. Aunque estos, tal como te he dicho, habían invertido mucho más de esa suma, si los norteamericanos se decidían por Nicaragua, los franceses lo perderían todo.

En ese momento, la decisión pasó a manos del Congreso norteamericano; no estaba clara cuál sería su

decisión. En 1902 el senador John C. Spooner presentó a Roosevelt dos alternativas: un proyecto para que negociara la compra de las obras realizadas por los franceses o que se abandonara todo y se construyera uno por Nicaragua.

En mayo de 1902 ocurrió en Martinica la erupción del volcán Mont Peleé que causó 40,000 muertos y al mismo tiempo circuló la especie de que la erupción del volcán Momotombo en Nicaragua había destruído un muelle en el lago Nicaragua. Al divulgarse la noticia, el presidente Santos Zelaya de Nicaragua envió un cable desmintiendo la especie sobre erupciones recientes y terremotos.

Fue en estas circunstancias que Bunau-Varilla supo que Nicaragua había emitido una serie de sellos mostrando el volcán Momotombo expeliendo lava. Se encaminó al comercio filatélico y compró una cantidad de estos sellos y preparó unas tarjetas que hizo colocar en los compartimientos de cada senador con la nota: "Testimonio oficial de la actividad volcánica en Nicaragua".

El senador Hanna, por otro lado, no había olvidado la promesa de los franceses de $250,000 para la campaña republicana y se irguió blandiendo uno de los sellos señalando a sus colegas que "serían unos ilusos si se construyera un canal a la sombra de ese volcán". Cuando la moción fue sometida a votación fue aprobada 42 vs. 34 y todo gracias a un sello de correos.



Sello de correos emitido por Nicaragua. Gracias a ese sello, el canal se construyó en Panamá

La decisión sobre el lugar donde se construiría el canal ya estaba tomada; ahora había que negociar con Colombia. Las negociaciones fueron arduas pues este país se negaba a renunciar a la soberanía sobre la franja de dieciséis kilómetros de ancho que los norteamericanos exigían y el Senado colombiano se negó a ratificar el convenio.

En ese momento en Panamá había un movimiento, pequeño aunque activo, promoviendo la independencia de lo que entonces era un

departamento de Colombia. Roosevelt aprovechó esa coyuntura y le dijo a los rebeldes que si ellos se rebelaban, la Marina de Estados Unidos los respaldaría. Cuando el 3 de noviembre de 1903 Panamá proclamó su independencia, los norteamericanos enviaron el acorazado Nashville para impedir que llegara a Panamá un buque de guerra que Colombia había enviado para sofocar la revuelta.

La historia que te acabo de relatar demuestra el poder de un sello de correos. Fue más determinante en la decisión del Senado una estampilla de Nicaragua mostrando el Momotombo con su penacho de humo, manejada diestramente por Bunau-Varilla, que el mensaje del presidente Zelaya o las declaraciones del ministro de Nicaragua afirmando que "Nicaragua no había tenido erupciones volcánicas desde 1835 cuando el Conseguina lanzó emisiones de gas y ceniza pero sin lava".

Un sello puede aun crear tensiones internacionales como fue el caso del sello del mapita emitido por nuestro país del cual ya te hablé o el caso más reciente de la estampilla que emitió Estados Unidos al cumplirse el milenio de la adopción del cristianismo en Polonia.

— Abuelo, ¿cuál fue ese caso?

— Ya estoy senil. Creía que te había hablado de eso, pero lo dejaremos para la próxima semana.

POLONIA PROTESTA POR UN SELLO

El 7 de mayo de 1945 Alemania firmó la rendición incondicional, finalizando así la Segunda Guerra Mundial. La rendición se produjo bajo el avance por el oeste de las fuerzas combinadas anglo-franco-norteamericanas y por el este del ejército soviético.

Los países occidentales, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca y Noruega, que habían sido ocupados por Alemania, habían sido liberados a medida que los ejércitos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos avanzaban hacia el corazón de Alemania. En el este, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Bulgaria y Rumania, que de grado o por fuerza se habían unido a Alemania cuando invadió a Rusia, fueron considerados por ese país como enemigos y arropados por el ejército ruso. Al terminar la guerra quedaron convertidos en satélites rusos con gobiernos pro-comunistas. También quedó bajo el control soviético la parte oriental de Alemania. Ese hecho fue lo que movió a Winston Churchill, en un discurso pronunciado el 5 de marzo de 1946 en Fulton, Missouri, a señalar: “Desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, una cortina de hierro ha caído sobre Europa”.

Al finalizar la guerra, se inició un enfrentamiento político, económico, social, militar, científico y deportivo entre el bloque occidental presidido por los Estados Unidos y el oriental liderado por Rusia. Ese período,

conocido como la Guerra Fría se prolongó hasta la disolución de la Unión Soviética (inicio de la perestroika en 1985) y la caída del muro de Berlín en 1989.

En cuanto a Polonia, había surgido como nación en el siglo X. Durante los ocho siglos siguientes, lo que es hoy territorio polaco, fue absorbido alternativamente por Alemania y Rusia, sus dos vecinos por occidente y oriente. Su independencia solo vino a ser reconocida internacionalmente a raíz de la firma del Tratado de Versalles con el que se dio fin a la Primera Guerra Mundial, aunque duró poco pues la perdió de nuevo en septiembre de 1939 al ser invadida simultáneamente por Alemania y Rusia.

La conferencia de Yalta fue celebrada del 4 al 11 de febrero de 1945 entre Stalin, Churchill y Roosevelt. En ese cónclave se discutieron, entre otros temas, el destino de Europa en los años inmediatos al fin de las hostilidades.

A pesar de que Polonia era considerada una de las naciones beligerantes dentro del bloque occidental y numerosos soldados polacos estuvieron integrados a las campañas anglo-norteamericanas, Roosevelt aceptó, contra los deseos de Churchill, ceder a Rusia el control de Polonia. Rusia aprovechó esa coyuntura para poner al frente del gobierno, sin mediar elecciones, a Boreslaw Bierut y, a la muerte de Stalin en 1953, a Gomulka, ambos abiertamente comunistas.

En el año 966, bajo el reinado de Miecislao se adoptó en Polonia el cristianismo. El 21 de julio de 1966, al cumplirse el milenio de ese acontecimiento, Polonia emitió un sello mostrando el escudo de Polonia. Nueve días más tarde, el 30 de julio, los Estados Unidos emitieron otra estampilla con igual motivo y en la misma al igual que en el sello polaco, se muestra el escudo del país.





A la izquierda el sello polaco del milenio y a la derecha el norteamericano. Nota la diferencia.

Cuando las autoridades polacas vieron el sello emitido por los Estados Unidos, elevaron una enérgica representación señalando que el escudo mostrado en el sello norteamericano no se correspondía con el escudo del país. ¿Cuál era la diferencia? Que en el sello norteamericano el águila que constituye el escudo aparece coronada y con una cruz encima mientras que en el polaco tanto la corona cómo la cruz están ausentes. El gobierno comunista lo había despojado de dichos aditamentos.

La reacción de Polonia fue inusualmente acre. Aunque los sellos con valor de 5¢ estaban destinados a franquear únicamente la correspondencia doméstica, o sea que no estaban supuestos a ser usados en las cartas destinadas a Polonia, informaron a los norteamericanos que el correo de su país no aceptaría las cartas franqueadas con dichos sellos.



En 1992, Polonia volvió a emitir un sello mostrando el escudo con el águila coronada

En casos como esos, se aplica el dicho de que "después del palo 'dao' ni Dios lo quita", así que no había nada que hacer y los norteamericanos nada hicieron. Indicaron que el hecho de que el águila estuviera coronada no era razón para rechazar el sello y que la medida era un movimiento hostigante del gobierno polaco

que trataba con esta acción de obstaculizar la celebración del milenio, y especialmente para disminuir su aspecto religioso. Por otro lado, en vista de que los norteamericanos habían impreso 115 millones de sellos, se negaron a retirar la emisión y el gobierno polaco terminó aceptando los sellos.

Está claro que en medio de la guerra fría el sello del milenio emitido por los Estados Unidos fue diseñado con el águila coronada con el propósito expreso de "enchinchar". Fue natural, por tanto, la airada reacción del gobierno polaco.

Colocarle al águila una corona había sido una estratagema más en medio de las tensiones de la Guerra Fría. La secuela de todo este caso es que una vez restaurada la democracia en Polonia en 1988 bajo el gobierno de Lech Walesa, al águila se le volvió a poner su corona.

En los últimos tiempos no es frecuente que las naciones diriman sus diferencias políticas a "sellazo" limpio. Ni siquiera los países del convulso Medio Oriente recurren a ese expediente. El asunto era algo diferente en los tormentosos años de la Guerra Fría cuando se produjo un incidente de ópera bufa entre Grecia y Rusia que se inició cuando Rusia emitió un sello mostrando la efigie de Manolis Glezo. Hoy el incidente está olvidado pero en su momento fue muy comentado, aun fuera de los círculos filatélicos, pero de eso hablaremos la próxima semana.

DAVID CONTRA GOLIAT

El siguiente domingo, como todas las semanas, Héctor llegó puntualmente a casa del abuelo y después de hacer que su abuela le preparara una limonada, se encerró en la biblioteca de Manuel para liberarse mediante el aire acondicionado de la canícula de un verano de perros.

— Cuéntame el caso de Grecia y Rusia –le espetó en seguida Héctor.

— Por Dios, acaba la limonada.

Manolis fue un comunista revolucionario griego. Había nacido en 1922 y cuando murió en el 2022 a los 97 años todavía se mantenía activo políticamente

En 1939, cuando Italia, a través de Albania invadió su país, Glezos trató de incorporarse al ejército griego pero fue rechazado por ser menor de edad. Realmente era un cabeza caliente; cuando las fuerzas alemanas que habían ocupado su país izaron en 1941 la bandera con la esvástica en lo alto de la Acrópolis, Glezos tuvo la osadía de, junto a un compañero, arriar la bandera por lo cual fue condenado a muerte aunque la sentencia no llegó a ejecutarse.

Durante toda la Segunda Guerra Mundial fue arrestado varias veces y torturado aunque en todas las

ocasiones logró escapar. Al final de la guerra mundial y en medio de la guerra civil que se desató en el país entre el gobierno de extrema derecha apoyado por las potencias occidentales y las guerrillas de izquierda fue apresado y condenado a muerte una vez más; las presiones internacionales lograron que se suspendiera la sentencia y se le cambió a cadena perpetua.

Aunque fue liberado en julio de 1954, a finales de 1958 fue arrestado de nuevo. Ese año, en medio de las tensiones de la Guerra Fría, Rusia emitió un sello con la imagen de Glezos y la Acrópolis. Como es de suponer, los griegos se molestaron y en represalia emitieron poco después un sello con la efigie de Imre Nagy.



Sello emitido por Rusia mostrando a Manolis Glezos y al fondo la Acrópolis



Sello emitido por Grecia en represalia por uno emitido por Rusia. Muestra a Imre Nagy.

Nagy nació en 1896. Fue un político húngaro que inicialmente militó en el Partido Socialdemócrata de su país pero posteriormente se adhirió a la ideología marxista y durante quince años residió en Rusia.

En 1944, al retirarse de Hungría las fuerzas alemanas ante el avance de los rusos regresó a su país donde llegó a ocupar diversos cargos incluyendo el de Ministro de Agricultura y posteriormente el de Primer Ministro.

Entre 1944 y 1953 tuvo sus alzas y bajas. A partir de la muerte de Stalin, gozó de la simpatía de Malenkov, quien había sucedido al viejo dictador y llegó a alcanzar la posición de Primer Ministro. Los rusos, sin embargo, no vieron con buenos ojos las reformas que estaban siendo implantadas en Hungría e invadieron el país en 1956 deponiendo a Nagy.

Éste optó por refugiarse en la embajada de Yugoslavia pero días después salió de la embajada y fue deportado a Rumania. Allí fue detenido, procesado y condenado a muerte. Fue ejecutado el 16 de junio de 1958.

Hubo, sin embargo, ocasiones en que otros sellos provocaron la ira, no de un gobierno sino del pueblo llano. Tal fue el caso del sello mostrando el avión de Hitler. Es un caso interesante, pero de eso te hablaré la próxima semana.

EL AVIÓN DE HITLER APARECE EN UN SELLO

El 28 de junio de 1919 se firmó en el palacio de Versalles el tratado de paz con el que se dio fin oficialmente a la Primera Guerra Mundial. En la denominada Conferencia de Paz participaron más de cincuenta naciones. De un lado estaba el bloque de naciones occidentales encabezado por Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos y en el otro lado de la mesa se sentaron las denominadas Potencias Centrales compuestas por Alemania y el imperio austrohúngaro a quienes se les halló responsables "moral y materialmente" de haber causado la guerra.

Las condiciones impuestas a Alemania por el tratado fueron tan brutales y humillantes que el economista británico Maynard Keynes, quien participó en las negociaciones las consideró una "paz cartaginesa". Los norteamericanos se negaron a firmarlo. Creo que ya te he contado el caso.

Según los términos del tratado Alemania perdió 72,000 km^2 de su territorio y la totalidad de su imperio colonial con una extensión de 2,158,000 km^2, la mayor parte en África, que debió ceder principalmente a la Unión Sudafricana, Francia y Gran Bretaña.

En el plano militar se limitó su ejército a 100,000 hombres y 4,000 oficiales. Se limitó igualmente el tonelaje de sus buques de guerra y el número de sus aviones. En el plano económico debió entregar todos sus buques

con un desplazamiento mayor de 1,400 toneladas, entregar anualmente durante cinco años 44 millones de toneladas de carbón y 371,000 cabezas de ganado, debió desmantelar gran parte de sus fábricas y de su red ferroviaria, fueron expropiadas todas las propiedades de ciudadanos alemanes en sus colonias y condenada a pagar una indemnización equivalente a US$31,400 millones. Como parte de esa indemnización, el gobierno francés confiscó la colección de sellos del Conde Ferrary, en ese momento la mejor del mundo. Aunque la había donado al Museo Postal de Berlín y Ferrary había muerto en 1917 en Suiza, su colección estaba en Francia y pudo ser confiscada.

Las duras condiciones impuestas a Alemania provocaron que en la década del 20 se desataran en el país graves problemas económicos y una hiperinflación tal que para enviar una pieza de correspondencia se podía requerir un sello de 10,000 millones de marcos. Eso, sin embargo, es otra historia de la cual, quizás, tengamos la ocasión de hablar otro día.

Durante los años de la posguerra, especialmente entre 1924 y 1933, fecha esta última en que Hitler, un orador de un verbo incendiario ascendió al poder, éste repitió como una mantra la moción de que todos los males de Alemania eran el resultado de las duras condiciones impuestas al país por el tratado de Versalles y que la única forma en la cual la nación podía salir de la situación en que estaba era mediante un proceso de rearme que reconvirtiera a Alemania en una potencia mundial.

El descontento de la población había ido creciendo lo cual fue aprovechado por Hitler, quien fue ganando ascendencia entre la población hasta un punto tal que logró alcanzar, democráticamente, el poder en 1933 aunque en poco tiempo se convirtió en dictador.

A lo largo de los seis años siguientes, Hitler, al frente de una nación disciplinada y trabajadora, logró la recuperación del país, inició el rearme de Alemania en abierta violación del Tratado de Versalles y finalmente arrastró al país a una guerra que devastó media Europa con un saldo de alrededor de 50 millones de muertos entre civiles y militares.

Al final de la guerra, se le atribuyó a Hitler y a su partido nacionalsocialista (NAZI) la responsabilidad de la guerra. Fue dentro de ese contexto que en la posguerra en Alemania se dictaron severas leyes prohibiendo la exhibición de toda clase de símbolos nazis desde esvásticas hasta el saludo alemán. Esta prohibición sigue vigente hoy en día y la población ha tomado conciencia de la magnitud de los crímenes provocados por sus dirigentes.



Sello alemán de 20 pf.
Reproduce el trimotor JU-52 usado por Hitler.

Fue por esto que cuando en 1969 en Alemania se emitió una serie de dos valores para conmemorar el 50 aniversario de la creación del servicio postal aéreo alemán y se vio que en el sello de 20pf se mostraba un avión JU-52 llevando claramente visible el número de identificación D-2201 la población reaccionó indignada. ¿Cuál era el problema? La matrícula estampada en el fuselaje identificaba la aeronave como el avión personal de Hitler. Había sido el avión que el dictador había utilizado en su campaña de 1932 que lo condujo al poder y el que a lo largo de sus doce años de gobierno usualmente utilizaba en sus desplazamientos por todo el país.

El correo alemán dio una justificación poco convincente pero se negó a retirar el sello tal como lo reclamaba la población y en consonancia con las disposiciones que prohibían la exhibición de toda clase de símbolos nazis. Era evidente que mostrar en un sello el avión de Hitler era un claro recordatorio de un pasado inmediato que todos preferían olvidar.

La Segunda Guerra Mundial fue, sin duda alguna, el evento más relevante de todo el siglo XX. A lo largo de los seis años que duró la conflagración, millones de civiles murieron, fueron arrastrados al conflicto los ejércitos de la mayor parte de los países de Europa a los que se unieron soldados de los Estados Unidos y de la mayoría de las naciones del Commonwealth británico. Al final de las operaciones, la mayor parte de las naciones estaban agotadas. En esa situación se le daba cabida a cualquier sugerencia que se propusiera,

aún las más descabelladas, si se lograba el visto bueno de alguien con el poder de dar la aprobación. Se ha demostrado que no solo en las grandes batallas se ganan las guerras, también contribuyen una serie de acciones fuera de los campos de batalla; unas a gran escala como fue el caso del proyecto Enigma y otras más pequeñas como fue el caso de la Operación Corn Flakes que se puso en marcha con el propósito de minar la moral de la población alemana.

Fue algo totalmente novedoso pero de eso hablaremos la próxima semana, pues tengo interés en ir al cine a ver La, La, Land para ver si es tan buena como dicen. Si te interesa ir, te invito.

OPERACIÓN "CORN FLAKES"

Hay mucha gente que hoy en día se pregunta si todo ese asunto de la "operación corn flakes" no fue demasiado traído por los cabellos y si se justificó el esfuerzo y los recursos invertidos en ella. Aunque al final no sé si se llegó a hacer un informe exponiendo el alcance de los resultados (cualesquiera que estos fueran), me limitaré a relatarte los hechos.

La denominada Operación Corn Flakes fue una de estas ideas que se le ocurren a alguien, y, sin ser evaluadas con mucho detenimiento, se ponen en práctica sin parar mientes en su costo. La idea básica era introducir propaganda aliada en el sistema postal alemán para minar la moral de la población civil, crear la certeza de la derrota y destruir la confianza en el liderazgo de Hitler.

Aunque no está muy claro quién fue el padre de la criatura, la idea se le atribuye a Jan Libich, que trabajaba bajo las órdenes del Gral. William Donovan, encargado de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), antecesora de la CIA, con sede en Roma. El plan consistía en dejar caer sacos llenos de correspondencia en la vecindad de los sitios en los cuales se hubieran bombardeado trenes con correspondencia. Se esperaba que los alemanes, al encontrar estos sacos de correspondencia los consideraran parte del correo que se movía por el sistema ferroviario alemán y los llevaran a la oficina de correos más cercana. Se esperaba que allí la correspondencia

fuera distribuida junto a la legítima. En la parte práctica, el encargado de toda la logística fue Robert M. Allen, quien también trabajaba para la oficina de la OSS en Roma.

Hay un viejo refrán que dice: "no basta hacer la paloma, hay que hacerle el pico y que coma". Poner en práctica la operación resultó mucho más difícil de lo que el padre de la idea había anticipado, pues cada detalle debía ser perfecto en todo sentido para evitar que fuera detectado.

Lo primero que hubo que hacer fue emprender un estudio detallado del sistema postal alemán. Al estudiarlo descubrieron que aun en medio de la guerra seguía funcionando en forma más organizada de lo anticipado. Hubo que conseguir copias de las regulaciones postales, tipos de letras utilizadas, sacas de correspondencia, matasellos y por último falsificar los sellos de correos a ser utilizados. Como parte de la operación se interrogaron a prisioneros de guerra alemanes que hubieran trabajado en el servicio postal y la información que se logró de estos fue comprobada mediante su cotejamiento con la procedente de otras fuentes.

Para los sellos, se comenzó falsificando los de 6 y 12pf con la efigie de Hitler de la serie de 1941 que eran los que estaban en uso en ese momento en Alemania, para cubrir las tarifas básicas vigentes para el franqueo de las tarjetas y cartas respectivamente. Estos sellos se imprimieron en las instalaciones de la OSS en Roma.

Una parte de la correspondencia fue franqueada con unos sellos en los cuales, del valor de 12 pf con la efigie de Hitler, se hizo una parodia convirtiendo la cara del dictador en la máscara de la muerte, y la leyenda "Deutsches Reich" fue cambiada por "Futsches Reich" (Reich acabado).





Sello de 12 pf con la imagen de Hitler.
A la derecha una parodia del mismo sello

En general la operación resultó más complicada de lo que previeron sus gestores. El primero de los problemas ocurrió en agosto de 1944 cuando el correo alemán decidió cambiar el estilo de las cancelaciones usadas en la correspondencia. Como resultado de esto hubo que cambiar todos los canceladores que ya habían sido fabricados y hubo que iniciar nuevas investigaciones para imitar los nuevos matasellos en uso.

Todo el sistema de infiltrar el sistema postal alemán igualmente constituyó un reto. Otro de los problemas que se debían resolver era el de los nombres y direcciones de las personas a las cuales se les enviaría la propaganda. Para tales fines, se consiguieron guías telefónicas de varias ciudades alemanas y se tomaron los nombres y direcciones de dos millones de personas. Para producir una mezcla "creíble" hubo que disponer una serie de personas, algunas escribiendo a mano y otras a máquina. El personal producía unas 15,000 direcciones a la semana.

Otro de los problemas que debió ser resuelto fue introducir cambios en el sistema de bombardeo. No era lo mismo bombardear un tren para destruirlo, que lanzar una bomba con sacos de correspondencia sin que los mismos quedaran destruidos.

Los problemas parecían acumularse uno tras otro. Cuando se resolvía uno, surgía otro. Debido a los efectos de los bombardeos sobre la economía alemana y a las escaseces en general, el sistema postal alemán impuso nuevas restricciones sobre el correo: en el futuro solo se transportaría la correspondencia comercial. Eso significaba que toda la correspondencia que con tanto esfuerzo se había estado preparando durante semanas debía ser descartada y comenzar de nuevo preparando correspondencia comercial. Se empezó entonces a buscar muestras de cubiertas comerciales para proceder a falsificarlas usando como guía las direcciones que aparecían en esas cubiertas.

Debido a todos estos retrasos. los primeros bombardeos con la correspondencia de la Operación Corn Flakes no se produjeron hasta el 5 de febrero de 1945.

En un informe preparado por la oficina de la OSS titulado "The Story of Cornflakes, Pig Iron and Sheet Iron"

se señalaba que en total se realizaron doce vuelos, el último de ellos el 12 de marzo de 1945, o sea que, después de tantos meses de preparación, la operación duró apenas poco más de un mes.

Los informes que sobre el proyecto dieron sus promotores pecaban de incompletos y en general señalaban que la operación había sido todo un éxito. Las investigaciones más recientes indican, sin embargo, que toda la operación resultó en un rotundo fracaso y un enorme desperdicio de recursos con muy magros resultados.

En la época en que se ejecutó la operación, Alemania estaba en un estado tal de disolución que cualquier campaña de propaganda no iba a tener mucho efecto sobre la población. Aun en el caso de que todos los sacos de correspondencia hubieran dado en el blanco, gran parte de las cartas no hubieran podido ser entregadas pues millones de personas se habían estado mudando. En ciudades como Berlín y Dresde muchas de las direcciones no existían. Otro de los aspectos que han salido a la luz es el hecho de que de dieciséis bombardeos que se hicieron, solo ocho dieron en el blanco, dos no pudieron lanzarse debido a fallas mecánicas, cuatro regresaron a sus bases porque los pilotos no pudieron accionar el sistema de descarga y en un caso, los sacos de correspondencia se dieron como simplemente perdidos. En total se lanzaron 120 sacos de correspondencia.

Una de las razones por las que algunas de las misiones debieron ser abandonadas, fue el hecho de que el rápido avance de las fuerzas del Gral. Patton hizo que cayeran en manos de los aliados muchas de las ciudades donde se había planeado lanzar correspondencia. Una prueba adicional del fracaso de la operación la constituye el hecho de que, hasta ahora, no se conoce ninguna carta que pueda identificarse que fuera resultado de la "operación corn flakes".

Con relación a las estampillas con la parodia del sello de Hitler que imprimió el personal de la oficina de OSS en Roma en el cual su imagen fue convertida en la máscara de la muerte hubo otro caso, aunque no tan manifiesto. Es el caso de un sello emitido por la antigua Serbia en 1904 con la imagen de los monarcas Karageorgevitch y Peter I. Se ha señalado que si se invierten las estampillas aparece la máscara de la muerte.

Aunque en la historia puede haber un poco de imaginación de los coleccionistas, no por eso deja de ser interesante. De eso, sin embargo, hablaremos la semana que viene, "si Dios quiere" como decía el Prof. Juan Bosch al terminar sus charlas durante la campaña electoral de 1962.

LA MÁSCARA DE LA MUERTE

Lo que hoy es Serbia, alcanzó su apogeo en el siglo XIV. En el siglo XVI fue conquistada por el Imperio Otomano del cual siguió formando parte hasta el siglo XIX cuando recuperó su independencia.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Serbia formó, junto a otros estados balcánicos, el reino de Yugoslavia. Esta situación persistió hasta las cruentas guerras de la década de 1990 que condujeron a la desintegración del país. Lo que hoy es Serbia surgió como estado independiente en 2006.

La historia que voy a contarte ocurrió en la primera década del siglo XX, antes de que se instituyera el moderno reino de Yugoslavia en 1914.

Entre 1804 y 1904 las dinastías Obrenovich y Karageorgevich se estuvieron disputando el trono. Una cronología de los eventos en ese tormentoso siglo es la siguiente:

1804: Kara-George sublevó a los serbios contra el imperio otomano que había dominado el país desde el siglo XIV y se convirtió en príncipe de Serbia. Expulsados los turcos, los serbios empezaron a luchar entre sí.

1817: Kara-George es asesinado por Miloch Obrenovich.

1839: Miloch es obligado a dimitir a favor de su hijo Milano. Éste muere poco después y es sucedido por su hijo Miguel.

1842: Miguel debe abdicar y le sucede Alejandro, hijo de Kara-George.

1858: Alejandro debe abdicar y los serbios llaman al anciano Miloch, el mismo que en 1837 había asesinado a Kara-George.

1860: Miloch muere y le sucede su hijo Miguel (el mismo que había sido obligado a dimitir en 1842).

1868: Miguel es asesinado y le sucede su primo Milano.

1889: Milano abdica a favor de su hijo Alejandro.

1903: Alejandro y su esposa son asesinados.

1904: Pedro, nieto del gran Kara-George, es designado por la Asamblea como nuevo monarca.

Alejandro había sido un rey extremadamente impopular y su muerte fue el resultado de una conspiración de oficiales, aunque su madre, la reina Natalie fue perdonada.

En 1904 fue emitida una serie de sellos para conmemorar al mismo tiempo la ascensión al trono de Pedro y el centenario de la dinastía Karageorgevich.

Para la impresión de los sellos se recurrió al grabador francés Eugene Louis Mouchon, quien un año antes había tenido a su cargo las estampillas con la efigie del asesinado rey Alejandro, y estaba reconocido como uno de los más grandes grabadores de sellos del último cuarto del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Para los cinco primeros valores de la emisión, Mouchon produjo un diseño en gran formato en los que se muestran de perfil, el nuevo monarca Pedro I y a Kara-George, fundador de la dinastía. Los sellos fueron impresos en París en la Oficina de Impresiones del Gobierno francés.

Poco después de emitidos los sellos surgió un escándalo de proporciones mayúsculas pues los filatelistas señalaban que si se invertían los sellos, las caras de Pedro y Kara-George lucían como la máscara de la muerte. Las autoridades serbias acusaron a Natalie, la madre del rey asesinado, de estar en connivencia con el grabador para producir los sellos con dicha imagen. Aun se llegó a señalar que ésta había visitado a Mouchon en su taller en París.



Sello con las imágenes de Pedro I y Kara-George y a la derecha las efigies invertidas de los dos monarcas. En mi opinión, se requiere un poco de imaginación para ver en estas imágenes una calavera, tal como indicaban los serbios. Mouchon lo negaba.

El infeliz Mouchon protestó airadamente y negó la acusación y señaló que las molestias que le causó la acusación hizo que se resintiera su salud. El escándalo fue de tal magnitud que, por lo menos en Serbia, alcanzó las proporciones de histeria colectiva. Aunque mirado a la distancia me parece que el efecto fue puramente fortuito y accidental, la superstición y el sensacionalismo de aquellos días jugaron su papel y durante un tiempo el asunto recibió una enorme publicidad. Esto hizo que los sellos se convirtieran en curiosidades filatélicas.

Las autoridades serbias reaccionaron airadamente e incluso trataron de recoger los sellos disponibles en las oficinas de correos, pero esto no hizo más que avivar los rumores y aumentar el interés en las estampillas. En vista de eso, las autoridades optaron por dejar que las aguas tomaran su nivel.

Demás está decir que este fue el último trabajo realizado por Mouchon para el gobierno de Serbia. Cuando en 1905, una vez agotados estos sellos se decidió imprimir una nueva emisión mostrando al rey Pedro, el trabajo fue encargado a G. Daussy quien, aunque era un buen grabador, estaba muy lejos de alcanzar las depuradas técnicas y el estilo de Mouchon.

Los sellos son pequeñas obras de arte. El grabador en el espacio de apenas unos centímetros cuadrados debe plasmar una imagen. A diferencia de un lienzo, en las estampillas lo que prima es la miniaturización. De ahí que en ocasiones surja el tema de que los filatelistas encuentren similitudes como fue el caso de los sellos mostrando a Pedro I y Karageorgevich en los que se señaló que los mismos mostraban la máscara de la muerte o lo de una serie emitida en Alemania en 1964 donde los filatelistas señalaron que al observar unos trazos en el sello de 50pf se puede apreciar en el follaje de un árbol el rostro de Hitler. Aunque podrían citarse otros casos, terminaré con la historia de la esposa de Salomón.

MADAME SALOMÓN APARECE EN UN SELLO

Lysius Salomón, quien fue presidente de Haití entre 1879 y 1888, nació en 1815. Su gobierno se caracterizó por una marcada dicotomía: de un lado se preocupó por mejorar la educación, impulsar el desarrollo de la agricultura, creó el Banco Nacional, reorganizó la administración pública y reinició el pago de la deuda pública de 150 millones de francos oro que el país tenía con Francia. Esa fue la indemnización exigida en 1825 por esa nación como *conditio sine qua non* para reconocer la independencia del país. Esto con el fin de compensar a los antiguos colonos franceses por la confiscación y destrucción de sus bienes durante las revueltas de finales del siglo XVIII que condujeron a la independencia de Haití.

Por otro lado, sin embargo, se le atribuye haber hundido la economía del país al saquear sus riquezas y crear monopolios a su favor en la exportación del café y el algodón.

Otro de los aportes de Salomón al adelanto de Haití fue la adhesión del país a la Unión Postal Universal y a tales efectos se ordenaron a Francia los primeros sellos postales. Los mismos fueron impresos por M. G. Richard en París.

Salomón se había casado en primeras nupcias con Thulcide Jean-Louis Nicolas. Nunca he sabido si fue que enviudó o se divorció, pero al ascender a la presidencia lo encontramos casado con Jean Marie Leónle

quien, aunque había nacido en París, era hija del que fue luego su Jefe de Estado Mayor. Es posible que se conocieran y casaran en París pues hasta agosto de 1879 (año en el cual fue llamado a ocupar la presidencia) Salomón estuvo viviendo en esa ciudad.





A la izquierda el sello que de acuerdo a los coleccionistas es la esposa del presidente; a la derecha Mme. Salomon.
No está claro que la imagen mostrada a la izquierda corresponda a Jean Marie cuya foto aparece a la derecha.
La especie, sin embargo, se ha mantenido en los círculos filatélicos desde que los sellos fueron emitidos en 1881.

Jean Marie, era mucho más joven que Salomón pues había nacido en 1858. Se casaron siendo ésta muy joven pues Ida Salomón, hija de ambos, nació en 1882 cuando Jean Marie tenía 24 años.

Los primeros sellos de Haití se emitieron el 1 de julio de 1881. Si revisas los catálogos verás que la figura mostrada es descrita como "cabeza de la libertad". El asunto fue, sin embargo, que tan pronto aparecieron los sellos corrió el rumor de que, lo que los catálogos señalaban como la cabeza de la libertad, era en realidad la esposa de Salomón.

Es evidente que la imagen mostrada en los sellos dista mucho de la tradicional cabeza de la libertad que todos conocemos, pero no hay un patrón que dicte que la libertad debe tener tal o cual forma. En los

sellos se puede ver el marcado contraste entre el fino perfil de rasgos caucásicos y el tradicional pañuelo de madrás propio de las “marchantas” haitianas que la modelo lleva atado a la cabeza.

Los sellos con la cabeza de la libertad se mantuvieron hasta 1887. Cuando ese año se dispuso emitir nuevos sellos, Salomón decidió, quizás para evitar que continuaran las maledicencias, que los mismos mostraran su retrato. Como colofón te informo que Salomón fue derrocado el 10 de agosto de 1888. Murió en París dos meses más tarde.

El tema de las imágenes mostradas en los sellos continuará, no sabemos hasta cuando. Muchos han señalado, por ejemplo, que el rostro de Colón mostrado en la estatua del Almirante colocada en el parque Colón de Santo Domingo no se corresponde con ninguno de los muchos retratos que de él existen (y hay quienes señalan que aún aquellos pintados durante su vida no se corresponden con su verdadera imagen pues nunca posó para ningún retrato). Eso de las imágenes fue lo que dio origen a una controversia que ha permanecido encendida entre muchos de los más connotados historiadores hondureños en torno a la estatua de Morazán ubicada en la Plaza Central de Tegucigalpa. Es una historia con ribetes de ópera bufa pero dejaré su relato para la semana que viene.

UN MORAZÁN QUE NO ES MORAZÁN



Sello mostrando la estatua de Morazán

Si revisas los sellos de Honduras que tengo en mi colección te encontrarás con uno emitido en 1919 que muestra la estatua de Morazán levantada en la Plaza Central de Tegucigalpa.

Francisco de Morazán es sin duda alguna una de las figuras políticas más prominentes de América Central en todo el siglo XIX. Nació en Tegucigalpa el 3 de octubre de 1792.

En 1824, el territorio ocupado hoy en día por los países de América Central declararon su independencia formando las Provincias Unidas de Centro América. Entre 1827 y 1838, Morazán ocupó en tres ocasiones la presidencia de la confederación. Durante sus gobiernos intentó transformar a Centroamérica en una nación grande y progresista. Impuso reformas en la educación, hubo libertad de prensa y propugnó por la separación de la Iglesia y el Estado.

Habiendo perdido poder político debió marchar al exilio. Regresó en 1842 y desde Costa Rica trató de reconformar un gobierno que restableciera la Confederación pero encontró que amplios sectores de los

demás países se le oponían. Enfrentado a estas fuerzas en una batalla, fue hecho prisionero. Condenado a muerte fue fusilado el 15 de septiembre de 1842.

El 27 de agosto de 1882, durante el gobierno de Honduras presidido por Marco Aurelio Soto se votó la suma de 32,000 pesos para erigir una estatua ecuestre al más ilustre de sus hijos. A tales fines se envió una comisión a Europa para cumplir el encargo.

Los problemas comenzaron cuando la comisión enviada a Europa sucumbió a los encantos de la Ciudad Luz y poco después se encontró que había consumido una parte importante de los 32,000 pesos que le habían entregado. Cuando la comisión visitó el taller del escultor a quien se proponían asignar la obra, éste indicó que no podía hacer la estatua por la suma que ellos tenían disponible.

“Sin embargo, yo creo tener la solución” indicó el escultor. “En el patio tengo una estatua del mariscal Ney que me ordenó una ciudad francesa y luego no quiso aceptarla. Se la ofrezco por el dinero disponible”. Y cerraron el trato.

La estatua fue embarcada hacia Puerto Limón y es la escultura instalada en la Plaza Central de Tegucigalpa. “Total –dijo la comisión– cuando los paseantes vean la estatua que se eleva a más de 8 metros sobre el nivel del parque nadie va a notar que el rostro de la misma no se corresponde con el de Morazán”.

Desde que fue erigida en 1883 la leyenda negra sobre la estatua de Morazán ha sido repetida una y otra





Es evidente el parecido entre la estatua de Morazán (izquierda) y la de Ney (derecha)

vez por distinguidos historiadores localizados a ambos lados de la controversia y cada uno expone sus argumentos con similar intensidad.

Los escultores suelen a veces dar rienda suelta a su imaginación. Tal es el caso de la estatua de Colón aquí en Santo Domingo, en San Juan de Puerto Rico hay otra que tampoco creo tenga algún parecido con el Almirante y así podría citar decenas de casos.

El caso de la estatua de Morazán ha movido a controversias pues a pesar de que historiadores hondureños han desmentido la historia, la especie seguirá por muchos años. Hay otros casos, sin embargo, en que la controversia ha surgido por otras causas: es posible que nunca se sepa la que movió al Kaiser Guillermo de Alemania a dejar caer todo el peso de su influencia para lograr que el hermoso rostro de la gran actriz Anna von Strantz-Führing fuera la figura de Germania en los sellos que se emitirían a principios del siglo XX. Es una historia hermosa que vale la pena que conozcas.

LA MODELO DE GERMANIA

El kaiser Guillermo II de Alemania nació en 1859. Hijo de Federico III de Prusia y de la princesa Victoria de Inglaterra, fue proclamado emperador de Alemania en 1888.

De carácter autoritario, destituyó al canciller Bismarck e inició una serie de reformas internas que lanzaron a Alemania a la industrialización. Bajo su mandato y compitiendo con Gran Bretaña y Francia, inició la formación de un imperio colonial en África, Oceanía y el Pacífico que incluía los territorios africanos de África Oriental Alemana, África Alemana del Sudoeste, África Occidental Alemana; en Oceanía, Nueva Guinea Alemana y en el Pacífico las islas Salomón y Carolinas y Samoa. En total, sus colonias llegaron a alcanzar casi tres millones de kilómetros cuadrados.

Ardiente defensor de la teoría del derecho divino de los reyes, era un autócrata acostumbrado a imponer sus decisiones. Al estallar la Primera Guerra Mundial, conformó lo que se denominó la Triple Alianza integrada por Alemania, Austria-Hungría e Italia. Fueron los países que se enfrentaron a Inglaterra y Francia (y a partir de 1917 a los Estados Unidos) en la que entonces se denominó la Gran Guerra. Cabe señalar que Italia, a pesar de los compromisos que había hecho con la Triple Alianza, al estallar la guerra decidió permanecer neutral y finalmente se unió al bloque occidental.

En noviembre de 1918, tras la derrota de Alemania, abdicó. Como consecuencia de esa derrota, Inglaterra y Francia se repartieron las colonias como botín de guerra y en cuanto al kaiser, se refugió en Holanda donde vivió hasta su muerte en 1941.

Anna Führing fue una actriz alemana nacida en Hamburgo en 1866. El hecho de que su padre fuera dueño de un teatro marcó su vida e hizo que se orientara hacia la actuación.

Con frecuencia representó en los escenarios la figura de Germania como fue el caso del festival de Düsseldorf de 1891 al cual asistió el kaiser Guillermo II.

Cuando oímos hablar del Tío Sam, aunque tal persona no existiera, sabemos que se está aludiendo a los Estados Unidos; John Bull personifica a Inglaterra; Marianne a Francia. La figura que personifica a Alemania es Germania. Fue en estas circunstancias que, cuando el correo alemán encargó en 1900 al grabador Paul Eduard Waldraff el diseño de la nueva serie definitiva, se le indicó que los sellos debían mostrar la figura de Germania.

Aunque en estos casos por lo general las administraciones postales dan plena libertad a la imaginación de los diseñadores, como ha sido el caso de Francia donde existen más de una decena de "Mariannes", en este caso Guillermo II dictatorialmente ordenó a Waldraff que se usara el hermoso perfil de Anna.

Aunque Anna se había casado en 1899 con Ferdinand von Strantz, director de la ópera de Berlín quien era 45 años mayor que ella, siempre se ha comentado tras bastidores que la razón por la cual Guillermo II impuso su voluntad para que el retrato de Anna fuera la figura de Germania fue porque ésta era su amante. ¿Cierto? Nadie lo sabe. De ser así, es posible que Anna, quien murió en 1929, y Guillermo II fallecido en 1941, se llevaran su secreto a la tumba.



Sello de 50 pfennig emitido por Alemania en 1900 con el clásico perfil de Anna Führing

Para cualquier persona, es un gran honor que su retrato aparezca en un sello. Así debió ser para Anna Führing. En la mayoría de las monarquías es común que las efigies de los monarcas se muestren en sellos; no así los gobiernos republicanos, la mayoría de los cuales han legislado prohibiendo reproducir en sus sellos personas vivas. Nuestro país, a pesar de que la mayoría de sus gobiernos en la mayor parte de nuestra vida republicana no se han caracterizado por sus prácticas democráticas, durante casi 65 años (1865-1929) se evitó mostrar en sus sellos a sus gobernantes. A raíz de la violación por Horacio Vásquez de esa norma se produjo un incidente poco conocido, pero de eso te hablaré la próxima semana.

UN ODIO VISCERAL CONTRA HORACIO

Debes recordar que hace algunos meses te hablé del incidente diplomático que se había suscitado entre nuestro país y Haití a raíz de la puesta en circulación de la emisión del "mapita". El asunto es que, a pesar de que en 1874 se había firmado con Haití un tratado de delimitación de fronteras, el establecimiento de los mojones fronterizos había quedado como materia pendiente.



Sello de ½ centavo de la serie con la efigie de Horacio Vásquez

Para resolver ese problema, en enero de 1929 se reunieron en Santo Domingo Louis Bornó, a la sazón presidente de Haití, y Horacio Vásquez, su homónimo de nuestro país, y lograron la firma del acuerdo fronterizo.

Horacio Vásquez había nacido en 1860. En su juventud sus simpatías estuvieron ligadas al gobierno de Heureaux aunque el carácter dictatorial de éste le impulsó a alejarse. Al final de la dictadura formó parte de los planes conspirativos que condujeron al asesinato de Heureaux en Moca en 26 de julio de 1899.

Ocupó en tres ocasiones la presidencia de la República. La primera de manera provisional entre agosto y noviembre de 1899, de nuevo y también de manera

provisional entre 1902 y 1903 y finalmente, democráticamente, cuando al finalizar en 1924 la intervención norteamericana (1916-1924) se celebraron elecciones.

Aunque el período presidencial era de tan solo cuatro años, Vásquez maniobró para prolongar su permanencia en el poder por dos años adicionales, circunstancia que aprovechó Trujillo para dar un golpe de Estado el 23 de febrero de 1930, derrocándolo. Aunque a Trujillo le estaba vedado participar como candidato en las elecciones previstas para mayo, mediante maniobras fraudulentas logró colarse y en unas elecciones amañadas fue elegido presidente y permaneció en el poder hasta el 30 de mayo de 1961, cuando fue ajusticiado por un grupo de patriotas. En cuanto a Vásquez, aunque se exilió, poco después regresó al país muriendo el 26 de marzo de 1936.

Con motivo de la firma del tratado fronterizo, tanto Haití como la República Dominicana emitieron sendos sellos; Haití mostrando a Louis Bornó y nuestro país a Horacio Vásquez.

Trujillo, después de traicionar a Vásquez, se ensañó contra él. Tratando de borrar cualquier huella del pasado gobernante, el 26 de noviembre de 1930 promulgó la Ley Núm. 40, que en su Art. 2 dispone:

> *"Se prohibe estampar en sellos de correos, en las demás especies timbradas y en los documentos oficiales el retrato de alguna persona hasta tanto no hayan transcurrido diez años de su fallecimiento"*.

A partir de ese momento se prohibió el uso de los sellos con la efigie de Horacio Vásquez y en virtud de esa ley, en 1933 se ordenó la incineración de los saldos de la emisión, montantes a más de 1,600,000 sellos.

La Ley 40 no impidió que dos años más tarde, el 29 de septiembre de 1932 y sin que se conmemorara en ese momento nada relacionado con Trujillo, se ordenó que se hiciera una emisión mostrando su retrato. Esa fue la primera de una serie de emisiones realizadas a lo largo de la Era de Trujillo que, violando la ley, se hicieron mostrando una serie de sus familiares vivos de entre las que se incluyeron a Julia Molina (madre

de Trujillo), José Trujillo Valdez (el padre), Héctor Trujillo (hermano), Radhamés y Angelita (hijos), María Martínez (esposa) además de otras nueve emisiones en las que aparece la efigie del dictador.



Sello emitido por Costa Rica en honor a Miguel Ángel Rodríguez

Creo, en medio de todo, que la emisión de sellos con la efigie de personas vivas es inconveniente; solo la historia establece la grandeza de una persona. El mariscal Petain se cubrió de gloria en Verdún durante la Primera Guerra Mundial con su expresión "no pasarán". En 1941 Francia emitió un sello con su efigie. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial traicionó a su país y al final de la conflagración fue condenado a muerte; solo se libró de la condena cuando De Gaulle le perdonó. Cuando Miguel Ángel Rodríguez, un ex presidente de Costa Rica fue electo Secretario General de la OEA, los ticos no esperaron que calentara la silla y se apresuraron a emitir un sello en su honor: era el primer costarricense en ocupar tan alto honor. Desafortunadamente, a los diecisiete días de ocupar el cargo, Rodríguez debió renunciar y regresar a su país para responder a serios cargos en su contra por actos de corrupción que cometió mientras era presidente. En vista de los hechos, las autoridades postales costarricenses decidieron retirar de la circulación la emisión de la cual, hasta ese momento, apenas se habían vendido 17,000 sellos.

El privilegio de ver su imagen en un sello, mientras se está vivo está reservado en casi todos los países a reyes y dictadores. Si ves en un sello el retrato de un presidente viviente, es muy probable que éste sea un dictador. Cuando en un país democrático, donde el gobernante debe responder ante el pueblo de sus actos, se ordena la emisión de un sello mostrando su imagen, la decisión puede acarrear consecuencias desagradables. Esto, como es de suponer, excluye las monarquías de Europa aunque te hago la salvedad de que en esos países no son los reyes quienes toman la decisión de que su imagen aparezca en un sello. Fue por eso que cuando la imagen del administrador de correos de New Brunswick apareció en un sello, el escándalo que se produjo estremeció de un extremo a otro esa provincia canadiense. Es una historia interesante, pero de eso nos ocuparemos la próxima semana.

EL SELLO DE CHARLES CONNELL

Cuando Estados Unidos proclamó su independencia de Inglaterra en 1776, quedó convenido que las tierras al norte de su territorio seguirían bajo la corona inglesa conformando lo que hoy es Canadá. La frontera quedó posteriormente establecida en el paralelo 49º.

En 1851, todo lo relacionado con los servicios postales de Canadá quedó regulado por la Ley de Correos de ese año. Originalmente, Columbia Británica, Nueva Escocia, New Brunswick y las islas Vancouver y Príncipe Eduardo tenían sus propios sellos mientras que en el resto de lo que entonces era la provincia de Canadá usaba una emisión común. Los servicios postales solo vinieron a ser unificados en 1868 como resultado de la conformación el año anterior de la Confederación. Al establecerse la confederación, los servicios postales fueron transferidos de Inglaterra a Canadá.

New Brunswick que como te dije comenzó emitiendo sus sellos en forma independiente, ordenó a Londres sus primeras estampillas cuyas denominaciones estaban expresadas en peniques y chelines. Debido a que en ese momento Estados Unidos, por su proximidad a Canadá, se había convertido en su principal socio comercial se decidió que, para facilitar las operaciones comerciales, a partir de 1859/60 los sellos de todas las provincias tuvieran su denominación en el sistema decimal: centavos y dólares.



Sello de 5¢ con la efigie de Connell

Charles Connell era un prominente político de New Brunswick. Gracias a sus relaciones con el partido gobernante, en 1858 fue nombrado Administrador General de Correos de la provincia. Aunque el sueldo era de tan solo £600 por año, se interesó en el cargo por el prestigio, no por el dinero pues era un hombre acaudalado.

Al cambiar los sellos al sistema decimal, se ordenaron los mismos a la American Bank Note Co., la prestigiosa casa impresora norteamericana. En la nueva emisión, el sello de 1¢, muestra una locomotora; el de 10¢, el retrato de la reina Victoria; el de 12½¢, un buque de vapor y en el de 17¢, aparece el príncipe de Gales, quien fue luego coronado como Eduardo VII. Sin embargo, en el sello de 5¢, que era el de mayor uso pues estaba destinado al correo interno, Connell ordenó se usara su retrato.

Cuando los sellos estuvieron listos, fueron presentados al gobernador de la provincia J. Manners-Sutton y, cuál no sería su consternación al ver que el sello de 5¢, donde él esperaba ver la imagen de la reina Victoria, Connell había usado su propio retrato. El gobernador estaba furioso. Aunque Connell, que como te he señalado era rico, ofreció incinerar frente a su casa todos los sellos con su retrato y cubrir el costo de una nueva tirada, esto no fue suficiente y se vio obligado a renunciar en medio de toda clase de burlas de sus compatriotas. Entre estas se incluyeron unos versos pareados que decían:

Six hundred pounds to see his face
Posted around from place to place

en los cuales se hacía alusión a su salario de 600 libras.

Se han dado diferentes versiones sobre las razones que pudo tener Connell para aprobar el uso de su retrato. Una de estas dice que su hija más pequeña, que era su predilecta, le dijo que quería ver el retrato de su papi en un sello y Connell sucumbió a su solicitud. Otros dicen que un diseñador le convenció de que su retrato era adecuado puesto que mostrar figuras públicas era práctica común en otros países y aún hay una tercera versión que en forma indulgente atribuye la decisión a su secretario quien, en ausencia de Connell, le dio la aprobación.

La emisión fue finalmente incinerada pero Connell se quedó con una hoja y regaló ejemplares a familiares y amigos. Aunque los sellos de Connell nunca tuvieron validez postal, los ejemplares que regaló han ido poco a poco permeando hacia el mercado filatélico y los filatelistas especializados de Canadá los incluyen en sus colecciones. El catálogo Scott los cotiza en $12,000 dólares.

Este episodio te demuestra el poder del sello de correo. De no haber emitido un sello con su efigie (aunque este no llegara a circular), Connell sería una figura olvidada al igual que lo han sido los centenares de administradores de correos de ésta y otras provincias canadienses. Hoy todos le recuerdan como "el administrador de correos que ordenó poner su imagen en un sello".

Muchos coleccionistas que no pueden permitirse el gasto de comprar uno de los sellos originales, optan por colocar en sus álbumes una prueba del sello que aunque no es barata, puede conseguirse por unos mil dólares. Las normas en muchos países establecen que las casas impresoras deben entregar, junto con la emisión, las pruebas preparadas mostrando las diferentes fases del proceso de impresión de los sellos. En los Estados Unidos estas normas son muy estrictas pero cuando se tiene la oportunidad de ver las grandes colecciones en las exposiciones y estudiar los catálogos de las subastas podemos ver que con frecuencia se han producido filtraciones.

LAS PRUEBAS ROBADAS

El tema de las filtraciones de las pruebas que se producen siempre ha sido comentado en los círculos filatélicos. Aun quees ilegal que estas lleguen al público es frecuente encontrarlas en el mercado filatélicoL. Entre los filatelistas circula cierta historia según la cual un funcionario del correo norteamericano (pero te aclaro que podría ser un funcionario del correo de cualquier país), cada vez que era visitado por algún amigo interesado en ver tal o cual bosquejo de una determinada emisión, mandaba a un empleado a localizarla en las bóvedas y después de algún tiempo, aprovechando una de estas pausas que siempre se producen en las conversaciones, hacía girar su sillón hacia la ventana y exclamaba:

"¡Qué hermoso día!, ¿verdad?"

Cuando se daba la vuelta de nuevo hacia su interlocutor, el bosquejo había desaparecido y ninguno de los dos se acordaba más de él.

Aunque estoy muy lejos de aprobar esas conductas poco éticas, aquellos bosquejos y pruebas no tienen ya valor alguno para el Gobierno y en cambio lo tienen, y muy grande, para los coleccionistas. Cuando un coleccionista adquiere este tipo de material lo más probable es que en algún momento lo presente en

alguna exposición y otros coleccionistas tengan la oportunidad de verlo y puedan apreciar las diferentes etapas del proceso de producción de un sello.



Sunken die del sello de 1¢ de la emisión de 1885 de la República Dominicana. Este tipo de material se suele someter al Gobierno para fines de aprobación y se conserva en los archivos.

De todas maneras las disposiciones establecen que este tipo de material debe quedar en los archivos del correo. En los países con instituciones sólidas, estas disposiciones se suelen cumplir al pie de la letra.

Se cuenta que en Washington, en cierta oportunidad, se comprobó que habían desaparecido una serie de bosquejos. Las autoridades siguieron la pista de un funcionario a otro. Cada uno de estos poseía un recibo de su antecesor. La investigación llegó por fin a uno de los jerarcas quien no supo explicar la desaparición

de aquel material y se sospechó que era él quien lo había vendido. Aunque se le interrogó una y otra vez éste insistía en que no recordaba lo que había hecho con los dibujos, pero un día, cuando el comité a cargo de la investigación lo tenía arrinconado, se hizo una luz en su memoria:

“¡Claro!.. Ya sabía dónde estaban esos materiales. ¡Cómo íbamos a localizarlos si fueron colocados en las fundaciones del nuevo edificio de correos durante la ceremonia de colocación de la primera piedra de la construcción!”

Cuando uno se entera de este tipo de evento uno se da cuenta de que en todas partes hay tipos caradura. Aunque la historia era a todas luces inverosímil, era mejor creerla que averiguarla. Está claro que no se justificaba demoler el edificio para ver si era cierto que allí se habían colocado los dichosos dibujos.

Yo se que tú no acostumbras a estar revisando las subastas de eBay pero al chequear los sellos de casi cualquier país, lo más probable es que te encuentres más de una oferta de ensayos, pruebas de colores, sellos imperforados, etc. Algunas de esas piezas llegan al mercado filatélico como resultado del contubernio entre el vendedor y el personal de la imprenta. Algunas caen dentro de lo que suelen denominarse “desperdicios de impresor”, o sea pruebas que hacen los operadores de los equipos durante su ajuste antes de proceder a la impresión y luego lanzan al cesto de los desperdicios para al final ser destruidos.

En los tiempos actuales, la proliferación de emisiones a nivel mundial, ha hecho que sean cosa del pasado las arrebatiñas por adquirir las nuevas emisiones. Cuando los Estados Unidos emitieron en 1893 la denominada serie colombina, los especuladores se apresuraron a adquirir grandes cantidades de todos los valores pensando que a corto plazo los sellos se revalorizarían y lograrían pingües beneficios. Las compras fueron tan elevadas que a pocos años muchos tuvieron que vender sus sellos por debajo de su valor facial. En 1917, 25 años después de su puesta en circulación de la serie colombina, que tenía un valor facial de $16.34, valía menos de $30. Solo aquellos que no se precipitaron y retuvieron sus sellos algunos años adicionales vieron recompensada su paciencia pues los sellos demostraron a la larga ser una buena inversión. Hoy la serie en óptimas condiciones puede valer por encima de los $36,000.

El problema seguirá siendo siempre que pocas veces se sabe cuáles sellos van a ser una buena inversión y cuáles no. Pero aun en medio de las incertidumbres no son pocos los que han invertido fuertes sumas esperando recuperar sus inversiones a corto plazo. Las historias abundan pero el relato de lo que pasó en Hong Kong te dejará pasmado, pero de eso hablaremos la próxima semana.

NO ME QUIERO QUEDAR SIN ESE SELLO

Durante las primeras décadas del siglo XIX, las fuertes importaciones de té que Gran Bretaña hacía desde China provocaban un desbalance a favor de China en la balanza comercial entre ambos países. Para contrarrestar esa situación, los británicos propiciaron el contrabando de opio desde la India (en ese tiempo una colonia británica) hacia China, actividad a la cual, como es de suponer, el país se oponía.

La oposición China al contrabando dio origen a la que se denominó Guerra del Opio que se extendió desde 1839 hasta 1842. En esa confrontación, China llevó la peor parte. El precio a pagar fue verse obligada a tolerar el comercio del opio, compeler a los chinos a firmar un tratado que contemplaba, además de la apertura de varios de sus puertos al comercio exterior, la cesión a perpetuidad de la isla de Hong Kong con un área de 80 km2. Posteriormente, en 1860, Gran Bretaña consiguió que le cedieran la península de Kowloon (47 km^2). La colonia se expandió aún mas, en 1898, cuando China le arrendó por 99 años los denominados Nuevos Territorios con un área de 952 km^2.

A partir del inicio del siglo XX, la colonia de Hong Kong inició un vertiginoso desarrollo económico. Los gobernadores ingleses transformaron el sistema educativo, y el dinamismo de diversos empresarios estimuló el crecimiento de la pequeña industria. Debido a sus leyes de corte liberal, Hong Kong pronto se convirtió en un centro financiero de categoría mundial. La magia de las novelas de escritores occidentales

como Somerset Maugham, Vicki Baum y Pearl Buck impulsaron a muchos turistas a visitar la isla. Se hicieron famosos los sastres quienes, con sus máquinas de coser instaladas en las aceras, confeccionaban trajes a la medida. Los turistas seleccionaban las telas y se les tomaban las medidas en la mañana y el traje era entregado en la tarde.

Aunque durante la Segunda Guerra Mundial Hong Kong fue ocupada por los japoneses y más de un millón de sus residentes huyeron hacia el continente, la mayor parte de estos volvieron al finalizar la guerra. Cuando en 1949 los comunistas derrotaron a las fuerzas de Chiang Kai Set se produjo otra oleada de inmigrantes.

A partir de 1950, aprovechando la mano de obra barata, miles de empresas dedicadas a la industria ligera se establecieron en Hong Kong y la colonia se consolidó como uno de los centros comerciales e industriales más sólidos en el sudeste de Asia. Es uno de los puertos más activos del mundo. Hoy en día, el territorio tiene un PBI por encima de los US$46 mil por año aunque se ha señalado que ese aparente bienestar no ha permeado hacia los estratos más bajos de la población.

El área total de Hong Kong es de 1,108 km^2 y allí residen más de 7 millones de personas, lo que hace de este territorio una de las áreas más densamente pobladas del globo. Esa situación es más grave si se tiene en cuenta que esa enorme carga poblacional vive en apenas el 25% de la superficie pues el 75% restante está considerado como reservas naturales. De ahí que Hong Kong tenga más rascacielos que cualquier otra ciudad del mundo.

Tan pronto como Gran Bretaña tomó posesión de la isla el gobernador estableció una oficina postal y en 1842 se construyó un edificio para alojar dicha oficina.

En 1862 se emitieron los primeros sellos con la efigie de la reina Victoria. Estas estampillas estuvieron en circulación durante los doce años siguientes, pero en 1874 fueron sustituidos por una nueva emisión en mayor formato pero mostrando de nuevo el perfil de la reina Victoria.

A partir de 1876 y hasta 1903 cuando ya reinaba en Gran Bretaña Eduardo VII, se usaron en Hong Kong alternativamente los sellos de la emisión original de 1862 o los de 1874, pero siempre con algún tipo de sobrecarga.

En 1891 la colonia celebraba el Jubileo, o sea, el 500 Aniversario de la incorporación de la colonia al Commonwealth británico. A tales fines se dispuso que se sobreimprimiera la estampilla de 2¢ de los sellos con la efigie de la reina con la inscripción, en cuatro líneas, **1841 Hong Kong JUBILEE 1891**. Este sello fue de hecho, el tercer sello conmemorativo emitido a nivel mundial después de uno emitido en Perú en 1871 y otro de Nueva Gales del Sur en 1888.



Sello emitido por Hong Kong con motivo de Jubileo

Pese a que la tirada fue de 50,000 ejemplares, (una emisión reducida en ese tiempo), el número de sellos emitidos hizo surgir entre los coleccionistas de la colonia la percepción de que la estampilla alcanzaría en poco tiempo una alta cotización. Cuando se anunció el día de la puesta en circulación del sello, más de 2,000 personas aguardaban la apertura de la oficina de correos. El tumulto que se produjo fue de tal magnitud que dos portugueses murieron aplastados por la multitud y cuando se supo que un holandés había logrado adquirir un buen lote, fue muerto a palos para despojarlo del mismo.

Aunque el sello vale hoy en día $575 nuevo y $140 usado, esa elevada cotización es relativamente reciente. Durante más de ochenta años el sello fue lo que los coleccionistas llaman un "*dormant*", o sea, una estampilla que no aumenta de precio ya que en 1972 valía tan solo $2.50 tanto nueva como usada. Aquellos que en 1891 pensaron que el sello se revalorizaría hicieron una mala inversión pues solo recientemente, quizás por el auge que está teniendo el coleccionismo de sellos en China, la estampilla ha aumentado sustancialmente de precio.

La fiebre por adquirir las nuevas emisiones persistió durante largos años, especialmente cuando se trataba de sellos conmemorativos de los cuales se anunciaba que las tiradas serían reducidas, o que los sellos estarían a la venta durante un tiempo relativamente corto (a veces por tan solo un día). Tal fue el caso de una serie emitida por Egipto en 1926, pero de eso hablaremos la próxima semana.

FOUAD, REY DE EGIPTO

Desde los tiempos de los faraones en Egipto, se concibió la idea de construir un canal que uniera el mar Rojo con el Mediterráneo. La idea solo se hizo realidad cuando el francés Ferdinand de Lesseps logró entusiasmar a Muhammad Sa'id Pasha, jedive de Egipto quien le otorgó la concesión con la condición de que el país fuera, con la Compagnie Universelle du Canal Maritime de Suez, copropietario del canal. La obra fue finalmente construida.

El canal enlaza la antigua ciudad de Suez localizada en el mar Rojo con el Mediterráneo. La construcción se inició en 1859 y en 1867 el primer buque atravesó el canal aunque la inauguración no se produjo hasta dos años más tarde.

Durante la fase de construcción del canal, la empresa estableció su campamento en lo que es hoy la ciudad de Port Said donde se había previsto que el canal se uniera con el Mediterráneo.

Port Said, localizada en la margen occidental del canal fue creciendo y en la década del 20 del siglo pasado, muchos de sus habitantes iniciaron el éxodo hacia la margen oriental del canal. Aunque ambas localidades ubicadas una frente a la otra conforman una sola área metropolitana, en 1926 las autoridades egipcias denominaron la nueva comunidad Port Fouad honrando al rey Fouad quien fue el primer monarca egipcio con el título de rey.

Para conmemorar la fundación de la ciudad, en 1926 el correo de Egipto sobreimprimió los tres sellos de 5, 10 y 15 milliemes que se habían emitido con motivo del Congreso de Navegación celebrado ese año en El Cairo, y el sello de 50 milliemes, también emitido ese año con la efigie del rey Fuad, con la sobre-inscripción **PORT FOUAD**.



Sello de 50 milliemes con la efigie del rey Fouad y la sobreimpresión PORT FOUAD

De los tres primeros solo se emitieron 2,500 ejemplares de cada uno de los valores, mientras que del sello de 50 milliemes se emitieron 1,500 y se informó que los mismos solo serían válidos el día de emisión.

Cuando esa información llegó al conocimiento de los coleccionistas, una multitud se apostó a las puertas de la pequeña oficina postal que se había improvisado en Port Fouad. Durante la estampida que se produjo cuando abrieron las puertas, dos personas murieron pisoteadas y muchas otras resultaron heridas. Se denunció que muchos sellos se vendieron en forma irregular "por la puerta trasera".

Lo reducido de la emisión hizo que los sellos se revalorizaran rápidamente. Contrario al sello del Jubileo emitido por Hong Kong del que te hablé la semana pasada, apenas dos años después de su emisión, en 1930, el primer año en el que el catálogo Scott lo consigna con su precio, los tres primeros valores se cotizaban $10 cada uno y $150 el de 50 milliemes. Hoy en día, cada uno de los tres primeros sellos se cotiza en $250 y el de 50 m, $1,500. Realmente un aumento de precio significativo.

El coleccionismo de sellos es una pasión sin rival. "Usted no sabe lo que los sellos pueden hacer a un hombre; son una adicción para la cual no hay cura", señalaba alguien. En ese sentido te contaré cuatro historias que por lo insólitas te parecerán desconcertantes.

CUATRO HISTORIAS DE UNA PASIÓN

Cuando se habla de los coleccionistas más grandes del mundo, un nombre brilla como un astro en su perihelio: Philippe de la Renotiere von Ferrary. Era hijo de la Duquesa de Galliera, en su tiempo una de las mujeres más ricas de la nobleza italiana.

El joven Philippe nació en 1848 y su madre le asignó como residencia una mansión en la Rue de Varenne, la zona residencial más lujosa de París. Desde muy joven Ferrary se aficionó a los sellos, pasión que fue estimulada por su madre. En su lujosa residencia, además de las áreas sociales donde vivía, había un hall de recepción a cargo de su secretario a quien le entregaba 50,000 francos para las compras de la semana y junto a él, una segunda habitación, un *sancta sanctorum* al que no permitía la entrada de nadie y donde mantenía sus colecciones.

A lo largo de más de cincuenta años Ferrary fue un comprador compulsivo dispuesto a adquirir cualquier pieza que se le ofreciera, sin importar su precio siempre y cuando no la tuviera. Esa era una de las razones por las cuales no mostraba sus colecciones pues temía que los comerciantes, conociendo su debilidad, se aprovecharan para cobrarle un alto precio si sabían que le faltaba un sello. De esta forma logró formar la que en su tiempo, fue reconocida como la colección de sellos más grande en existencia.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Ferrary siendo ciudadano austríaco, una de las naciones en guerra con Francia, se trasladó a Suiza llevando consigo tan solo una pequeña parte de su inmensa colección. Su vida allí fue triste aunque continuó la búsqueda incesante de sellos. En su febril persecución de lo que siempre sería su sello final, buscaba en los comercios filatélicos, como un vagabundo sin un centavo las estampillas que su enorme riqueza le permitía comprar.



Philipp de la Renotiere von Ferrary

Perdido en profundos pensamientos, usando zapatos desgastados, ropas deshilachadas y un paraguas para protegerse del clima inclemente, caminaba con fatiga en su diaria misión en busca de sellos. Sin afeitar, su mirada vaga reflejaba la condición de un hombre cuyo cuerpo había cobrado su cuota. Sucumbiendo a su pasión por los sellos, al regresar en un taxi a su hotel en Lausana, de un viaje que había hecho en búsqueda de un sello raro de Suiza, sufrió un ataque cardíaco y murió el 20 de mayo de 1917.

Lefouineur, un ciudadano francés tenía dos pasiones: los buenos vinos y los sellos. Cuando supo que una casa localizada en Plessis-Bouchard, una comuna en el departamento de Val-d'Oise en el norte de Francia, y que había pertenecido a un viejo notario se había desocupado, pensó que allí podrían aparecer sellos antiguos y valiosos y procedió a alquilarla.

Poco después de haberse mudado a la casa, se encontró su cadáver metido de cabeza en un gran baúl que había en el desván de la casa. La policía investigó, pero no pudo aclarar el misterio. Poco después, con el auxilio de los familiares y conociendo sus aficiones se logró reconstruir los hechos.

La pasión de Lefouineur por los sellos hizo que, tan pronto como entrara a la casa, subiera al desván. Allí encontró un gigantesco cofre de madera de tapa combada e inmediatamente se lanzó a ver lo que contenía, se inclinó cuanto pudo para rebuscar entre el montón de papeles que había en el baúl.

Parece que estando en esa posición, le acometió un síncope cardíaco al descubrir entre los viejos papeles una valiosa carta con un bloque de cuatro sellos del famoso sello rojo claro de un franco emitido por Francia en 1849 y cuyo valor hoy en día es de unos $285,000. La sorpresa, demasiado jubilosa, fue lo que le paralizó el corazón, opinó el médico, puesto que entre sus manos se encontró la valiosa pieza. Entonces cayó dentro del baúl y la pesada tapa que había dejado apoyada en la pared con el golpe se cerró sobre él, y antes de que recobrase el sentido, le sobrevino la muerte por asfixia.



Bloque de 4 de 1 franco con par “tete beche” de la primera emisión de 1849 de Francia

Julien Delahaef, un avanzado coleccionista parisino, tenía una fabulosa colección de sellos que despertó la envidia de Aubert, un amigo coleccionista residente en la misma ciudad.

No teniendo los medios para conseguir la colección de Delahaef, su pasión por los sellos le hizo urdir una trama. Combinado con su joven amante, una joven extremadamente hermosa, se presentó en el apartamento de Delahaef diciéndole que ésta era coleccionista de sellos. Allí el infeliz fue muerto a golpes con un hacha y sus sellos robados. Afortunadamente, la mano de la justicia es larga y Aubert y su amante no tardaron en ser arrestados y convictos.

Una mujer, esposa de un rico coleccionista de Amsterdam, Holanda, estaba locamente enamorada de un vecino que visitaba regularmente su casa pues compartía con su esposo la pasión por los sellos. Un día le propuso a éste que se fugaran. El vecino no se sentía realmente atraído por la dama sino por los sellos, así

que aceptó la idea de la fuga, siempre y cuando ella conviniera en llevarse consigo la fabulosa colección de sellos de su marido. La mujer aceptó y tan pronto como el muy canalla tuvo los sellos en sus manos, la abandonó y tomó el primer tren hacia Francia.

Esa pasión es la que ha mantenido encendido un pasatiempo con millones de cultores en todo el mundo. Pocos logran sustraerse a su embrujo y ese embrujo es lo que hace que muchos se comporten irracionalmente cuando de adquirir sellos se trata. Ya te conté cómo Benjamín y Sarpy engañaban descaradamente a Ferrary. Éste lo sabía pero eso no lo disuadía de seguir visitando su establecimiento por el hecho de que estos muchas veces lograban conseguirle material no obtenible en ningún otro lugar. Cuando a Ferrary se le hacía notar las prácticas poco éticas de Benjamín y Sarpy, Ferrary solía responder: "Prefiero ser engañado diez veces por ellos a perderme de un ejemplar que no es posible conseguir en ningún otro lugar".

Como te conté, Ferrary logró formar la colección de sellos más grande y valiosa que jamás se ha conocido. Aunque había donado su colección al museo postal de Berlín, al final de la Primera Guerra Mundial, en cumplimiento de los términos del Tratado de Versalles, Alemania fue condenada a pagar cuantiosas indemnizaciones a Francia. Como una forma de arrogarse las compensaciones establecidas, el gobierno francés confiscó la colección de Ferrary como "bienes del enemigo". Fue así como salieron a la luz centenares de piezas únicas de las cuales los filatelistas no habían vuelto a saber desde el momento en que fueron adquiridas por Ferrary. Muchas de las grandes joyas de la filatelia adornaban su corona: los "misioneros de Hawai", los "Post Office" de Mauricio, el 3 skilling banco de Suecia y la más valiosa de todas, el famoso sello de 1¢ magenta de la Guayana Inglesa del cual solo se conocía un ejemplar. Al ser subastada la colección, ese sello fue adquirido por el famoso coleccionista norteamericano Arthur Hind por $32,500, suma que lo convirtió en ese momento en el sello más valioso del mundo.

¿Solo ha existido un ejemplar de este sello? La posibilidad de que en alguna ocasión haya aparecido otro ejemplar es una historia oscura que desde que fue publicada por primera vez son muchos los que la han puesto en duda, pero la historia se niega a morir y reaparece una y otra vez. Es, sin embargo, una historia muy larga y la dejaré para la semana que viene.

¿HUBO OTRO 1¢ MAGENTA DE LA GUAYANA?

En octubre de 1938, August Dietz, editor de la revista norteamericana Stamp and Cover Collector's Review publicó una carta que según aseguró, había llegado a su despacho en forma anónima. El texto de la carta era el siguiente:

Apreciado Sr. Dietz:

Estoy indeciso entre el deseo de contarle una de las experiencias más conmovedoras de mi vida o seguir manteniendo mi acuerdo con el Sr. Arthur Hind. He estado pensando acerca de esto desde que vi en las revistas que su famoso sello de la Guayana iba a ser subastado de nuevo. Soy un anciano, Sr. Dietz, y llevo una vida retirada y ocasionalmente hago viajes en automóvil por el país, mis días de excitación ya son cosas del pasado, sin embargo la excitación que me produce contar mi historia me hace pensar que no hay razón para sentirme culpable acerca de mi acuerdo puesto que el Sr. Hind ha muerto y nadie sabrá nunca quién yo soy. Quizás me esté dejando dominar por la debilidad de mi naturaleza humana al desear que alguien sepa que "yo también tenía uno".

Sí, Sr. Dietz, ¡yo también tenía uno!

Yo era suscriptor de su revista Virginia Philatelist hace alrededor de cuarenta años, pero esta carta no va a ser

matasellada en ninguna dirección que esté en su lista de direcciones de entonces, o de ahora, ya que yo voy a enviarla desde algún lugar a lo largo de las rutas que habitualmente hago en mi automóvil. Usted entenderá la razón. No deseo ser molestado por gente escribiéndome acerca de este tema, el cual está cerrado desde hace algo más de diez años.

Soy norteamericano de origen inglés y siempre he tenido afecto a lo inglés. Comencé coleccionando sellos durante mis años como camarero en un buque y me interesé en los sellos de las colonias británicas aunque no puedo decir que entonces sabía muchos sobre estos. Su revista Virginia Philatelist a la cual me suscribí después de casarme, me enseñó por primera vez lo que eran realmente los sellos.

Fue antes de eso. cuando yo no sabía demasiado acerca de los mismos, que me encontraba en Georgetown, Guayana Inglesa, y llegó a mis manos un paquete de viejas cartas locales, algunas facturas y recibos de un anciano. Su hijo y yo solíamos tomar unos tragos cuantas veces yo tocaba tierra. En ese tiempo yo estaba interesado en flores - reuniendo semillas, etc. - para una dama que sería luego mi esposa. Al padre de mi amigo le gustaba caminar conmigo en los jardines del jardín botánico el Georgetown y algunas veces me consiguió algunas semillas. Era muy mayor y murió antes del viaje en el cual yo conseguí sus cartas antiguas. El hijo estaba limpiando el viejo escritorio … sucio y carcomido por la polilla… y sabía que yo coleccionaba sellos, por lo que dijo que pensaba que a su padre la habría gustado que yo tuviera esas cartas, que a él no le servían y que las habría incinerado de no haber recordado que yo le había preguntado a su padre sobre los sellos.

En los sobres solo había unos pocos sellos, ya que el viejo, al parecer, entregaba y cobraba la mayoría de sus facturas, pero era exigente en cuanto a que estuvieran en sobres. Yo no sabía mucho de sellos y quise pagarle a mi amigo pero él se rió de mí y lo arreglamos invitándolo yo a unos tragos. Luego, cuando tuve más conocimientos sobre los sellos, él había muerto y no había nada que yo pudiera hacer. Monté los sellos en un álbum que hice y asunto concluido.

Abandoné el mar, me casé y dejé a un lado mis sellos hasta que mi esposa murió, entonces volví a ocuparme de

ellos. Esto fue hace unos años. Encontré un viejo ejemplar del Virginia Philatelist y vi que usted estaba dirigiendo otra revista desde hacía algún tiempo. Yo había hecho un buen dinero y renuncié a mis negocios, por lo que tenía tiempo para dedicarlo a mis sellos. Remonté el material de mis viejos tiempos como marinero y algo de esto es bastante bueno.

Un día leí acerca de las ventas de los sellos de Ferrary y que el Sr. Arthur Hind había pagado ese precio por un ejemplar del Un Centavo de la Guayana. Me dije, ¡"D--si no lo crees, yo tengo su gemelo!" Sr. Dietz, yo estaba seguro de tenerlo, lo había tenido por muchos años pero no tenía idea de su rareza. Me jacté en mi interior y no dije nada. Pensé, algún día podrías necesitar dinero y esa pieza sería la solución.

Luego comencé a pensar en ello. Imaginé que Mr. Hind y Su Majestad el Rey Jorge, que en paz esté (todavía estaba vivo en aquel entonces) habrían pujado uno contra el otro porque ese era el único Un Centavo de la Guayana que existía. De haber habido dos, o si ellos hubieran sabido del mío, el precio hubiera sido menor y el mío hubiera valido menos. Mr. Hind se hubiera sentido muy mal si el mío hubiera aparecido de repente. El mío me había costado apenas unos cuantos tragos de ron.

No conocía al Sr. Hind, así que no me importó su pérdida, pero sabía que tarde o temprano, mi sello en el mercado no me iba a reportar más que un tercio de su valor, si acaso, ¡y probablemente ni siquiera eso! Era una de dos cosas: yo tendría que comprarle el suyo, o él tendría que comprarme el mío y mantener fuera de la vista el segundo.

Tenía dinero pero no suficiente para comprar el sello del Sr. Hind por la suma que él había pagado, a menos que se presentara una buena oportunidad de venderlo, y yo sabía que, de existir dos, él lo habría tenido que vender por menos. Quedaba todavía Su Majestad que podría estar interesado.

Para concluir esta larga carta, decidí ir a ver al Sr. Hind y resolver el asunto. Esto fue en 1928. No le escribí. Me fui en mi carro hasta Utica y le telefoneé desde el Hotel Utica. Tuve que llamarlo unas seis veces y tuve que quedarme una noche mas. No le dije nada por teléfono, salvo que tenía un sello que podría interesarle. No se lo dije, pero quería ver su sello, era un día lluvioso, por lo que sugerí que yo iría a verle.

Fui a su casa. Lo recuerdo perfectamente. La casa estaba en una colina y me gustó el nombre inglés de la calle, York Street y algún otro. Él fue muy cortés y fuimos a un gran salón con muchas ventanas. Yo estaba entusiasmado y dispuesto a preparar el terreno con cuidado, pero, en lugar de ello, saqué de sopetón lo que tenía y supongo que mis dedos no temblaban más que los suyos cuando tomó el álbum en sus manos. Cogió una lupa y estudió el sello. Le conté mi historia como se la he contado a usted pero le di nombres. Mi sello tenía una rotura en el lado derecho. Se había producido hacía muchos años al sacarlo en forma descuidada de una página de un álbum para ponerlo en otro. Es asombroso que yo conservara el sello desde entonces, ya que yo no sabía mucho sobre el valor de los sellos..

Nunca había visto un hombre tan tranquilo dentro de su entusiasmo. Se dirigió a una especie de bóveda en la pared del salón y sacó su sello, su Un Centavo de la Guayana. Eran iguales como dos gotas de agua, excepto que con la lupa se podía apreciar una pequeña diferencia en la forma en que el administrador de correos utilizó la pluma y le dio una pequeña torsión, y el mío tenía una rasgadura peor. La de él es una pequeña rotura, usted sabe, y está reparada.

Me miró y podía escucharse mi corazón a punto de estallar... Pude escuchar el suyo, y creo que él también, ya que seguía estando entusiasmado.

"¿Bien?", dijo

"Uno de nosotros tiene que tener los dos, así es como yo lo veo" dije,

"Puedo pagar …" Le ofrecí la suma más elevada que pude. Créame, era una suma elevada.

"Si eso es lo que vale para usted, vale dos veces esa suma para mi", él dijo. "Con tal que esto nunca se sepa.

Ni siquiera mi secretaria debe saberlo. De hecho, ¿quién puede decir lo que está ocurriendo esta noche entre nosotros si solo estamos usted y yo? Ni siquiera recuerdo su nombre. Si estamos de acuerdo, lo solucionaremos en efectivo si usted vuelve a esta hora mañana. Es mejor no darle un cheque. ¿Puedo confiar en que usted regresará?

Creo que le parecí honesto, y ciertamente yo había acudido a él a tratar este asunto con sinceridad. Me quedé otra

noche en el Hotel Utica y volví al día siguiente con mi álbum. El Sr. Hind tenía el dinero...y le digo que yo me sentía algo molesto por llevar esa cantidad de dinero en efectivo y rogué porque no me asaltaran en la calle. Le dejé sacar el sello del álbum. Lo tuvo en su mano, lo volvió a comparar con el suyo y luego puso el suyo a un lado.

Lo puedo ver ahora. Aparentaba ser un hombre que sobrepasaba la mediana edad - un hombre fornido. Me ofreció un cigarro. Lo puse en mi bolsillo. No fumo pero quería conservarlo. Era un cigarro barato. Él encendió el suyo y miró de nuevo mi sello, entonces mantuvo el sello sobre la cerilla todavía encendida... Me recorrió un escalofrío y me abalancé para cogerlo pero del sello solo quedaban cenizas. No tomó más de un parpadeo que se convirtiera en humo.

"Solo hay un ejemplar del Un Centavo de la Guayana", dijo. Sonrió. No recuerdo si le di o no la mano al Sr. Hind, así de alterado me encontraba. Después de diez años todavía tiemblo al recordarlo.

Creo que eso es todo.

El sello de 1¢ magenta de la Guayana ha despertado la fantasía de millones de coleccionistas. Es posible que se haya escrito más sobre él que sobre cualquier otra estampilla. Aún se ha señalado la posibilidad de que el sello sea un trucaje hecho convirtiendo la palabra "FOUR" del sello de 4¢ que era de color magenta en "ONE". Hay que reconocer que esto es poco probable ya que el sello ha sido sometido a innumerables escrutinios; no es fácil falsificar una estampilla tan bien que desafíe a los expertos. Eso lo vino a saber, aunque tarde, el español Miguel Seguí pero vamos a dejar esa historia para la semana que viene.



Sello de Un Centavo de la Guayana Inglesa protagonista de esta historia

LA OBSESIÓN DE MIGUEL SEGUÍ

A finales del siglo XIX llegó a Barcelona un grupo de mallorquines que se dedicaron a trabajar en el área de la culinaria introduciendo en la cocina catalana muchas de las recetas isleñas. Uno de ellos, Miguel Seguí, arrendó un local en el área de Las Ramblas. Al tiempo que le cambió el nombre por el de Lyon d'Or, amplió la oferta convirtiéndolo en un restaurante que, a vuelta de poco tiempo, se convirtió en el más prestigioso de Barcelona y trajo a su propietario fama y fortuna.

El restaurante atrajo una clientela variopinta entre la que se incluía a Ramón Sendra, uno de los filatelistas de más renombre en Barcelona. Alrededor de Sendra no tardó en congregarse un grupo de coleccionistas formando la que sería la peña filatélica más concurrida en toda Barcelona.

Seguí, quien no era coleccionista de sellos, se acercaba con frecuencia a la mesa donde compartían Sendra y sus cofrades y poco a poco se fue aficionando al coleccionismo de sellos. Un día se tocó el tema de las falsificaciones y Sendra pontificó que era imposible hacer una que un experto no pudiera detectar. Seguí no veía el asunto tan complicado y lanzó el reto: una persona con recursos y capacidad para conseguir los papeles y tintas adecuados y grabadores expertos, era capaz de reproducir con toda fidelidad cualquier

sello con un nivel de calidad que ni aún el mejor experto podría detectar. Aunque su desafío fue tomado en broma por los contertulios del Lyon d'Or, Seguí no se arredró y siguió en su empeño.

Como hombre adinerado, en el sótano de su establecimiento instaló un taller, consiguió papeles y tintas similares a los usados en los sellos que se proponía reproducir, adquirió equipos y contrató un grabador experto con el encargo de grabar las planchas con las que pensaba reproducir las primeras emisiones españolas y de los sellos de Fernando Poo, Filipinas y Puerto Rico, en ese tiempo colonias españolas.



Falsificaciones de Seguí de la segunda emisión de España

Cuando su imprenta le entregó las primeras reproducciones, las llevó en forma anónima a un comerciante para recabar su opinión. Éste, al primer vistazo los señaló como falsos indicándole las diferencias entre estos y los legítimos. Aunque el grabador puso todo su empeño en corregir las fallas detectadas, los nuevos sellos fueron igualmente vapuleados.

Seguí, que como te he señalado era un hombre de amplios recursos económicos, nunca hizo sus falsificaciones por negocio. Vendía el lote entre 24 y 28 pesetas, posiblemente por debajo de su costo. Señalaba que vendía

los sellos como facsímiles y que no era culpable si, posteriormente, alguien se aprovechaba de la ignorancia de un coleccionista y se los vendía como legítimos.

A pesar de que los falsos de Seguí no resisten el escrutinio de un ojo experto, al que no tiene los medios de conocer las diferencias entre legítimos y falsos, los puede tomar como buenos. Maury, uno de los expertos de más renombre de Francia señalaba que los mismos eran "muy peligrosos por lo bien hechos que estaban".

Posteriormente, lanzando un nuevo reto para demostrar la alta calidad de sus trabajos, falsificó un sello de una de las emisiones en circulación y lo usó para franquear una carta que llegó sin problema a su destino convirtiendo la estampilla en lo que llamamos un falso postal.

Seguí al contratar al grabador le dio el encargo de reproducir sellos antiguos; su misión era clara. Ese, por lo menos en estos tiempos, no es el caso. Actualmente el grabador, mitad artista mitad artesano, tiene la encomienda de mantener un balance equilibrado entre ambas funciones. Sus sellos deben tener una alta calidad técnica, pero al mismo tiempo, especialmente a partir del primer tercio del siglo pasado, deben cumplir su misión de "enviar un mensaje".

El asunto es que tanto el que envía una carta como el que la recibe, solo le da una mirada fugaz al sello. Por esa razón, el mensaje que está supuesto a transmitir el sello debe llegarle a ambos en forma clara y directa, con la fuerza de un puñetazo en medio de la cara. Desafortunadamente, eso lo olvidan algunos grabadores como fue el caso del encargado del diseño del sello emitido por España al conmemorarse el tricentenario del nacimiento de Lope de Vega. Es una historia interesante, pero te la contaré la próxima semana.

SU PERFUME MATA

Lope de Vega nació en Madrid en 1582 y murió en esa misma ciudad en 1635. Fue uno de los más importantes dramaturgos de España del denominado Siglo de Oro de la literatura española y uno de los más prolíficos de la literatura universal. Su fecundidad era tal que se le atribuyen unos 3,000 sonetos, nueve novelas y 1,800 obras de teatro cubriendo todos los géneros: pastoriles, caballerescas, tragedias, mitológicas, etc. Aunque de sus obras dramáticas apenas se conservan unas 400, aun así sigue siendo el más prolífico de la literatura universal. La trilogía compuesta por Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca se considera el máximo exponente del teatro barroco español.

Fue un niño precoz; a los cinco años leía castellano y latín y a los doce escribió su primera comedia. Su fecundidad era tal que señalaba "en horas veinticuatro han pasado de las musas al teatro" indicando que trabajando una jornada de doce horas en un día e igual tiempo al siguiente, era capaz de escribir una obra de teatro.

Muy joven ingresó en un seminario pero poco después fue expulsado por mujeriego, fama que le acompañó hasta el final de sus días.

Tuvo una vida intensa. Se casó dos veces, muriendo ambas esposas de parto. En 1588 se casó con Isabel

de Alderete a quien había raptado. Lo habían condenado a ocho años de destierro por un caso de libelo, pero en 1595 cumplida la condena regresó a Madrid. De nuevo tuvo problemas con la justicia pues fue procesado por su amancebamiento con la actriz Antonia Trillo.

En 1598, ya viudo, se casó con Juana de Guardo, mujer vulgar pero hija de un rico comerciante. Como resultado de sus relaciones con sus dos esposas y numerosas amantes y concubinas, fue dejando a su paso un rastro de hijos: quince en total.





Tan pronto como alguien recibe una carta franqueada con el sello de la izquierda emitido por México como parte de una campaña contra el tabaco, entiende el mensaje; no así el mensaje del sello de Lope de Vega.

En 1614 decidió ser ordenado sacerdote pero quedó demostrado una vez más que el zorro pierde el pelo pero no las mañas pues en 1616, habiendo ya tomado los hábitos, se enamoró perdidamente de la actriz Marta de Nevares con la que llegó a procrear una hija.

Me es imposible hacerte un listado de las obras de Lope de Vega pues además de que solo conozco unas pocas, nos tomaría hasta mañana. Sin embargo, si tienes la oportunidad, trata de leerte Peribáñez y el Comendador de Ocaña; El Mejor Alcalde, el Rey y especialmente Fuenteovejuna, a mi entender la mejor de todas.

Lope de Vega murió en 1635. En 1935 se cumplió el tricentenario de su muerte y con ese motivo el correo español emitió una serie de cuatro sellos. El de una peseta muestra el Puente de Alcántara y el Alcázar de Toledo, dos estructuras asociadas a su drama Peribáñez; dos sellos de 30 y 50 céntimos mostrando el retrato más

conocido de Lope de Vega que es un óleo sobre tela pintado en 1627 por Eugenio Cajés donde aparece el dramaturgo vistiendo el hábito de la Orden de Malta y finalmente uno de 15 céntimos donde el diseñador, dando rienda suelta a su fantasía muestra un ramo de rosas, un escarabajo muerto boca arriba y en el centro una cinta con la inscripción en latín *Odore enecat suo* (Su perfume mata).

El significado de la viñeta de este último constituyó, tanto para el público como para los coleccionistas, un enigma. Aunque algunos supusieron que era un *ex libris* del poeta, la explicación no pareció muy convincente. No se encontraba tampoco explicación ni al escarabajo ni al rosal. A fin de lograr una aclaración se recurrió al autor del diseño quien indicó que la inscripción en latín era parte de una frase que traducida dice: "*Tan pronto como el atrevido escarabajo penetra en el jardín de Lope, muere vencido por el perfume de las rosas*". El ramo de rosas significaba las obras poéticas del autor y el escarabajo, sus adversarios: los envidiosos y los incapaces imitadores del poeta.

A pesar de que como te he señalado, Lope tenía muchas amistades y admiradores entre las más grandes figuras del Siglo de Oro español, como eran Quevedo y Alarcón, tenía enemigos; uno de ellos Góngora y mantuvo una rivalidad con Cervantes. Lope no le perdonaba ciertas alusiones que Cervantes hace de su obra en la primera parte de El Quijote. Se pensó inicialmente que los enemigos a los que se hacía referencia eran Góngora y Cervantes, pero todo parece indicar que el sello alude al poeta Pedro Torres, quien escribió una biografía de Lope en la que critica duramente su obra.

Como podrás ver, es importante que el mensaje que el diseñador proyecte en su viñeta pueda ser captado por el público a primera vista y sin necesidad de hacer ejercicios de prestidigitación.

La Biblia en Mateo 22:39 nos dice que después de Amar a Dios sobre todas las cosas, el mandamiento más importante es Amar a tu prójimo como a ti mismo. Independientemente de cuáles sean nuestras creencias religiosas y aún si no tenemos ninguna, deberíamos tener como norma de vida amar a nuestros semejantes deponiendo los odios. Las críticas de Pedro Torres a la obra de Lope de Vega fueron producto de su odio y si damos una ojeada a la mayoría de los males de este mundo veremos que son producto del odio.

Hace ya algunos meses te conté la historia de un empleado postal inglés que había falsificado un sello de un chelín y nunca fue descubierto. De hecho, la mayoría de los ladrones creen que nunca serán descubiertos. Por otro lado, la existencia de sellos en las oficinas postales, una mercancía que tiene su mercado asegurado, puede constituir una tentación para cualquier empleado desaprensivo. De ahí que las oficinas postales hagan arqueos regulares de sus existencias para detectar cualquier déficit. Fue así como se descubrió un fraude cometido en la oficina postal de Costa del Oro.

¿CREÍAS QUE NO TE IBAN A DESCUBRIR?

Los residentes en lo que es hoy la república de Ghana hicieron contacto por primera vez con los europeos en el siglo XIV cuando navegantes portugueses arribaron a sus costas. A finales del siglo XVI, los holandeses se aliaron a los portugueses en la explotación de la región.

En medio de una de estas jugadas del ajedrez político de las potencias europeas, en 1843 los ingleses estaban reclamando su parte del pastel iniciando así su hegemonía sobre toda la región. Ya para 1874 Gold Coast (Costa de Oro) como los ingleses habían denominado la región por sus ricas minas de oro, había sido incorporada al Commonwealth británico, situación que se mantuvo hasta 1975 cuando se independizó de Inglaterra; fue la primera colonia africana en lograrlo.

Costa del Oro emitió sus primeros sellos en 1875, impresos por Thomas de la Rue. El episodio que voy a relatarte está relacionado con una serie de tres sellos con altos valores: 5, 10 y 20 sh emitida en 1889. Poco después de que los sellos llegaran a la colonia, las autoridades postales descubrieron que la mayor parte de los de 20sh, equivalentes a una libra esterlina, habían desaparecido.

Al ser descubierto el robo, las autoridades postales procedieron a desmonetizar la tirada de los sellos de 20sh prohibiendo su uso tanto para fines postales como fiscales e iniciaron la correspondiente investigación. Se



Sello de 20 sh de la emisión de 1889/93 de Costa de Oro

estableció que el robo había sido cometido por un mensajero de la oficina del Secretario Colonial de Accra donde estaban depositados los sellos. Se estableció que el *modus operandi* era el siguiente: el mensajero, cuyas funciones incluían la limpieza de la oficina y de la bóveda donde se almacenaban los sellos, tomaba un paquete de 20 hojas de los sellos de 20sh de la caja donde estaban depositados y los colocaba en el zafacón junto a la basura destinada al vertedero.

El mensajero tenía cuatro cómplices que eran los encargados de vender los sellos. Los cinco fueron arrestados y llevados a juicio. El mensajero fue condenado a cinco años de prisión y los cómplices a penas menores.

Presionados por la policía informaron sobre el paradero de los sellos. En total se recuperaron 1,000 ejemplares y más tarde otros 444 aunque manchados de agua pues aparentemente al ser descubiertos trataron de desprenderse de ellos.

La tirada original desmonetizada que había sido de 5,000 sellos había sido impresa en verde y rojo. La nueva emisión de los de 20 sh fue impresa en violeta y negro. Aparentemente, debido al alto valor de estos, los de la tirada original no llegaron a circular pues aunque el catálogo los lista en $3,250 para los sellos nuevos, no da precios para los usados. No te sabría decir si los sellos se llegaron a usar. Aunque la totalidad de los sellos robados fue recuperada, las autoridades postales tuvieron que lidiar con el *fait accompli* de que ya se había decidido desmonetizar los sellos, así que no se podía dar marcha atrás.

El caso es bien curioso y se cita como la ocasión en la que un ladrón obligó al correo a desmonetizar una emisión.

La incorporación de Gold Coast a la corona inglesa es una muestra palpable del agudo sentido comercial del pueblo británico. Cuando se apoderó de este territorio lo hizo con el propósito de explotar sus enormes

riquezas mineras que aún hoy lo mantiene como el séptimo productor de oro del mundo. Su olfato por el dinero le impulsó a crear en 1694 el Banco de Inglaterra, el primer banco central del mundo que durante más de dos siglos manejaba las finanzas mundiales. Cuando en 1875 Egipto se vio en problemas financieros, el primer ministro Disralí convenció a la reina Victoria de que comprara las acciones egipcias del canal de Suez. Todo esto cae dentro de lo que en los negocios se denomina el sentido de la oportunidad. Fue ese sentido lo que llevó a Edward Stanley Gibbons a iniciar en 1856, cuando el coleccionismo de sellos estaba en pañales, un negocio de venta de sellos en la tienda de su padre. Esa tienda se convirtió a la vuelta de pocos años en la más importante del mundo y hoy, más de 165 años más tarde, aún subsiste. Aunque en la operación que le dio el arranque inicial a su negocio puso un poco su mano la suerte, creo que también lo tuvo el sentido de la oportunidad de su fundador. La historia del inicio de la Stanley Gibbons es interesante pero se hace tarde, así que de eso hablaremos la semana próxima.

UN NEGOCIO REDONDO

Edward Stanley Gibbons nació en 1840, precisamente el año en el que se emitió el primer sello del mundo. Su padre tenía una farmacia en su casa. Edward comenzó a coleccionar sellos a los catorce años. En 1855 el joven fue sacado de la escuela y entró a trabajar como dependiente en un banco mientras su padre y su hermano mayor manejaban la farmacia. Como podrás ver, en ese tiempo no se demonizaba el trabajo infantil.

Apenas tenía tres meses trabajando en el banco cuando su hermano falleció repentinamente. Su padre optó por retirarlo del banco y llevarlo a la farmacia. Como sus ocupaciones en la farmacia le dejaban mucho tiempo libre, lo ocupaba en su colección al tiempo que compraba y vendía sellos.

Su padre, al ver que el negocio de los sellos era lucrativo, le permitió manejarlo desde el lado izquierdo de la farmacia. Esto ocurría en 1856 y sería el inicio de la que pocos años después se convertiría en la tienda filatélica más grande del mundo. Tanto creció el negocio de sellos que en poco tiempo superó al de la farmacia. Al morir su padre, Gibbons decidió vender la farmacia y dedicarse exclusivamente a la venta de sellos.

En 1863 se produjo un episodio que sería determinante en el futuro de la empresa. Ocurrió que dos marineros pasaron frente a la tienda y al ver que en la vitrina se estaban exhibiendo unos sellos entraron y preguntaron: "¿Compran ustedes sellos usados?".

Al responderle que sí, se les invitó a entrar a la trastienda y en una mesa que allí había volcaron un saco de sellos que llevaban. Allí había una cantidad enorme de sellos, incluyendo decenas de miles de los hoy famosos triangulares que Cabo de Buena Esperanza había emitido entre 1853 y 1861.

Cuando Gibbons les preguntó sobre el origen de esos sellos le relataron la siguiente historia:

> *"Cuando nuestro buque llegó a Cape Town, salimos a dar una vuelta por la ciudad. En nuestra ronda mi compañero y yo nos encontramos una función y a una multitud que entraba a una feria benéfica. Unas señoras nos persuadieron de que compráramos un número para una rifa. Ganamos uno de los premios que era este saco de sellos que las damas habían recogido en un recorrido hecho casa por casa en Cape Town".*

Los marineros salieron muy contentos con un billete de £5 que Gibbons les dio y se dirigieron a la taberna más cercana. Aunque parecería que £5 era poco dinero esa suma hoy día equivaldría a más de £3,600.

Cuando años más tarde se le preguntó a Gibbons cuánto dinero le había sacado al saco de sellos indicó que más de £500 libras (unas £360,000 actualizadas).





S. Stanley Gibbons y los triangulares de Cabo de Buena Esperanza

Debido a la enorme cantidad de sellos de este tipo de que disponía, al principio Gibbons los vendía a precios tan bajos como a 10 peniques la docena aunque con los años les fue aumentado el precio.

Aunque algunos de los triangulares de Cabo de Buena Esperanza, nuevos, pueden llegar a valer $40,000 y todos los sellos comprados por Gibbons eran usados, hoy día el ejemplar usado más barato de estas estampillas se cotiza en $60 y algunos llegan a valer $3,000. Debemos asumir que en ese lote había de todo, así que es de suponer el valor actual de ese saco de sellos.

Y en cuanto a la figura de Edward S. Gibbons te diré que en 1890 le vendió el negocio a Charles J. Phillips por £25,000, equivalentes hoy día a £18,000,000. Esa enorme suma le permitió a Gibbons comprarse una lujosa mansión, vivir sin trabajar durante el resto de su vida y dedicarse a *la dolce vita* mientras viajaba por el mundo. Murió en 1913. En cuanto a su vida privada, Gibbons, se casó cinco veces y, cual moderno Barba Azul, enviudó otras tantas. En su tiempo se comentó que en su condición de ex-boticario, él había contribuido al darles un "empujoncito" a sus esposas. Cabe señalar que en ninguno de los casos se presentaron cargos.

Lo que te acabo de relatar puede entrar entre lo que podría considerarse el descubrimiento de un tesoro filatélico. Aunque todo filatelista sueña con encontrar en algún momento de su vida alguna pieza valiosa, pocos son los afortunados, pero los casos ocurren. Alvin Harlow en su interesante obra *Entretelones de la Filatelia* nos relata decenas de casos de hallazgos afortunados. Más recientemente, la prensa filatélica relató un caso relacionado con una emisión de las islas Falkland de 1954. En el sello de 2½ d se muestra el acorazado Glasgow y en el de 6d, el *Kent*. En 1965 un coleccionista canadiense encontró un sello de 6d en el cual aparece el *Glasgow* en vez del *Kent*, evidentemente un error que hoy se cotiza en $27,500. Cabe señalar, sin embargo, que junto a estos hallazgos afortunados hubo otros que no tuvieron un final tan feliz, pero de estos te hablaré la próxima semana.

DOS CASOS DE MAURICIOS PERDIDOS

Mauricio es uno de los territorios más aislados del mundo. Una isla perdida en el océano Índico, dista unos 1,800 kilómetros de África y 3,800 kilómetros del continente asiático.

La primera nación europea en poner su planta en esta isla fue Portugal en 1505, pero debido a su aislamiento fue abandonada durante más de un siglo hasta que fue ocupada y colonizada por los holandeses en 1638. Posteriormente, los franceses se la arrebataron a los holandeses y los ingleses a su vez hicieron lo propio con los franceses en 1810 convirtiendo la isla en una joya más de su corona. Esa situación se mantuvo hasta 1968 cuando la isla alcanzó su independencia.

Mauricio fue la primera colonia inglesa en emitir sellos; de hecho fue el quinto país del mundo en hacerlo. El 17 de diciembre de 1846 el Consejo Administrativo de la isla dictó una ordenanza reorganizando el sistema postal al tiempo que disponía la emisión de sellos para el franqueo de la correspondencia.

Se decidió que los sellos fueran similares a los usados en Gran Bretaña. El primer tropiezo que se debió superar fue la localización en la isla de una persona con la capacidad de hacerlos. Finalmente la tarea fue encargada a J. Bernard, un relojero medio ciego de Port Louis, la capital de la isla y la única persona con capacidad, aunque precaria, de acometer la tarea.

Se le pidió a Bernard someter un presupuesto para grabar la plancha, imprimir los sellos y preparar un matasellos. El presupuesto sometido alcanzaba £10 por la preparación de la plancha y 10 sh por la impresión de 1,000 sellos.

Como te he dicho, Bernard era un grabador improvisado. Grabó ambos sellos en una pequeña plancha de cobre de 3¼ x 2½". Trató de reproducir en ella el perfil de la reina Victoria que aparecía en los sellos ingleses en circulación en esa época. En total imprimió 500 sellos de 1d de color naranja y otros tantos de 2d azules.

Con frecuencia ha circulado la especie de que a Bernard se le indicó que le pusiera arriba la palabra POSTAGE, debajo el valor, a la izquierda POST PAID y a la derecha MAURITIUS y que al momento de acometer la tarea olvidó las instrucciones recibidas y se dirigió a la oficina de correos a preguntar. Al ver en el frente la inscripción POST OFFICE creyó recordar que eso era lo que debía grabar y esa fue la inscripción que decidió poner. Esto no pasa de ser una historia para consumo de los coleccionistas; los primeros sellos de los Estados Unidos, por ejemplo, dicen igualmente POST OFFICE y nadie ha indicado que el grabador mal interpretó las instrucciones recibidas.



El sello de 2d en azul de la primera emisión de Mauricio

Lady Gomm, la esposa del gobernador de la colonia tenía en programa celebrar un baile el 30 de septiembre de 1847 y exigió que los sellos estuvieran listos para esa fecha pues estaba interesada en enviar por correo las invitaciones franqueadas con las nuevas estampillas. En efecto, los sellos pudieron ser puestos a la venta el 20 de septiembre y de inmediato se hicieron populares hasta un punto tal que la emisión se agotó en pocos días. Cabe señalar, sin embargo, que en medio de todo los sellos fueron un negocio flaco para el correo: su impresión costó £10 10sh y la venta de las 1,000 piezas solo produjo £6 5sh.

Los primeros ejemplares no se conocieron hasta 1864 cuando Mme. Bochard,

esposa de un comerciante de Burdeos y además coleccionista, encontró dos sellos, uno de 1d y otro de 2d en la correspondencia de su esposo. De ahí en adelante han seguido apareciendo, el último de ellos en 1946, hasta alcanzar un total de catorce sellos de 1d y doce de 2d para un total de 26.

¿Qué posibilidad existe de que alguien pueda encontrar otro ejemplar? Dadas las casi de siete décadas transcurridas desde la aparición del último ejemplar, parecería que las probabilidades son muy remotas, pero como el tema que estoy planteando es el de la posibilidad, debo reconocer que ésta siempre existe. Así que voy a relatarte dos episodios, que aunque desafortunados, demuestran la eventualidad existente de que un ejemplar aparezca donde menos se espera.

En Mauricio, un hombre llamado Noriel compró en 1868 en una subasta un lote de periódicos antiguos. Allí encontró dos ejemplares del sello de 1d y se los ofreció a un coleccionista de nombre T. Lionnet. A éste solo le interesaba un ejemplar, así que Noriel guardó el otro en el bolsillo de su chaqueta la cual colocó en un armario.

Días más tarde, otro coleccionista que supo a través de Lionnet que Noriel tenía otro ejemplar del sello de 1d, se le acercó proponiendo comprárselo. Cuando Noriel fue a buscar el sello en su chaqueta, cuál no sería su consternación cuando su esposa le informó que la había enviado a la lavandería. Como es natural, del sello no habían quedado ni trazas.

Otro caso.

En la India, un plantador de té de nombre Walter recibió la visita de un amigo norteamericano de apellido Brad quien era coleccionista de sellos y le manifestó su interés en localizar sellos antiguos. Walter le llevó a todos los lugares en Madrás donde podrían encontrar sellos pero no pudo dar con algo realmente interesante. Agotadas las posibilidades, llegaron a una pequeña aldea portuaria en el sudeste. Preguntaron a los nativos si en la aldea era posible conseguir sellos antiguos. De inmediato aparecieron decenas de sellos pero nada de valor. Un aldeano, sin embargo, se apareció con sendos ejemplares de 1 y 2 d de los sellos de Mauricio que Brad se apresuró a comprar. Por seguridad, Bratt colocó los sellos en la parte posterior de su reloj de bolsillo y Walter le llevó a su hotel.

Durante la noche, un ladrón penetró en la habitación y le robó el reloj. Bratt y Walter fueron a la policía a poner la denuncia y ofrecieron una fuerte suma por la recuperación del reloj. Ante la jugosa suma ofrecida, la policía puso todo su empeño y en poco tiempo el ladrón fue apresado mientras trataba de vender el reloj. La alegría de Brett duró poco pues cuando le preguntaron que había hecho con los sellos en el respaldo del reloj éste confesó: "¿Esos pedacitos sucios de papel? Yo los boté".

Desde que se descubrió el primero de estos sellos, su magia ha cautivado a millares de coleccionistas, muy pocos de los cuales han tenido los recursos para hacerse con uno de ellos. De ahí que algunos hayan recurrido a artimañas como la usada por un coleccionista que publicó en 1891 en la revista *Vanity Fair* el siguiente anuncio:

> *"Coleccionista de sellos, con una colección de 12,564 sellos, desea casarse con una dama que sea una coleccionista entusiasta y posea un ejemplar del sello de 2d azul emitido por Mauricio en 1847".*

Hay que reconocer que el que publicó el anuncio era un coleccionista realmente avanzado pues aquel que en 1891 poseyera una colección de 12,564 sellos debía tener más del 95% de todos los sellos emitidos a nivel mundial hasta ese año.

Los sellos diseñados por Bernard para Mauricio caen dentro de lo que William Finley en su maravilloso libro *An Illustrated History of Stamp Design* llama "Los Primitivos", o sea, estampillas con diseños crudos pero llenos de encanto. Desde entonces, el diseño de los sellos ha evolucionado y se ha convertido en una forma de arte con estatura propia. Maestros como E. Mouchon y A. Hulot de Francia, Charles Heath de Inglaterra, Schirnböck de Austria y Sánchez Toda de España por solo citar unos pocos, han alcanzado reconocimiento universal por sus diseños. Precisamente este último, Sánchez Toda, produjo uno de los sellos más hermosos de España mostrando una pintura de Goya. Aunque ya es una historia olvidada, en su momento dio origen a un escándalo a nivel internacional. Es una historia interesante, pero si no tienes algo más interesante que hacer, te invito a tomar un helado y del sello de Goya hablamos la semana que viene.

UNA MAJA ESCANDALIZA AL MUNDO

Francisco de Goya fue, posiblemente, el pintor de más renombre de España entre el último cuarto del siglo XVIII y el primer cuarto del siglo XIX, y el más destacado del romanticismo español. Nació el 30 de marzo de 1746.

Inició sus estudios en su tierra natal pero en 1770 se trasladó a Italia, aunque cinco años más tarde lo tenemos de regreso en España. A pesar de que fue un pintor polifacético que nos legó centenares de obras, las que le han dado un mayor renombre universal son Los Fusilamientos del 3 de Mayo y los retratos de La Maja Desnuda y la Maja Vestida.

En las "majas" nos muestra un retrato de cuerpo entero de una hermosa mujer recostada plácidamente en un lecho mirando directamente al pintor/observador. Aunque originalmente los cuadros fueron conocidos como La Gitana, hoy día todos las conocen como las "majas", calificativo dado en España a una mujer hermosa. Goya pintó dos cuadros de la misma modelo; en uno de estos, ésta aparece vestida y en el otro completamente desnuda. Cabe señalar que el más conocido es el segundo.

Mucho se ha especulado sobre la identidad de la modelo. Algunos han señalado que la retratada es la

Duquesa de Alba, pero otros han indicado que se trata de Pepita Tudó, originalmente amante y luego esposa de Manuel Godoy en cuya residencia estaban los cuadros.

Desde que el público tuvo conocimiento de los cuadros, se escandalizó ante el desparpajo de la modelo. Eso motivó que en 1815 Goya fuera sometido a un proceso inquisitorial pues se consideró el cuadro erótico. Solo pudo librarse de ser procesado gracias a las gestiones de un amigo poderoso.

Entre mayo de 1929 y junio de 1930 se celebró en Sevilla la Exposición Iberoamericana. Era una muestra del hermanamiento entre España, Hispanoamérica, los Estados Unidos y Portugal. En 1928 se había cumplido el centenario de la muerte de Goya que había ocurrido el 16 de abril de 1828. Tratando de sacar provecho a la ocasión, Manuel Gálvez, en ese momento el comerciante más poderoso de España, logró mover sus palancas y hacer que el correo español aprobara una emisión de 33 sellos entre ordinarios, aéreos y uno urgente para conmemorar el evento, no obstante el hecho de que el centenario había ocurrido hacía más de un año. Los sellos ordinarios mostrarían el retrato de Goya y los aéreos algunos de los "caprichos" del genial pintor. Todos estos se pondrían en circulación en La Quinta de Goya, uno de los pabellones de España dentro de la exposición donde se mostraban algunos de sus cuadros.



Sello de 10 pesetas emitido en España mostrando la famosa pintura de Goya

Dentro de ese esquema se le dio a José Luis Sánchez-Toda, el grabador estrella de la Casa de la Moneda, el encargo de viajar a Londres y, junto al equipo de la casa Waterlow & Sons, preparar la emisión. Sánchez-Toda llevó en su equipaje los cuños de la emisión. Previo al viaje, Manuel Gálvez le había sugerido a Sánchez-Toda que incorporara a la serie tres sellos de 1, 4 y 10 pesetas mostrando el cuadro de La Maja Desnuda. Con esto en mente, el grabador llevó imágenes del cuadro.

Como el cierre de la exposición estaba previsto para fines de junio y

la decisión de la emisión se tomó a última hora, la Waterlow & Sons le dio a Sánchez-Toda apenas quince días para preparar los cuños de los sellos mostrando a la Maja. Trabajando contra el tiempo, el grabador logró terminar el encargo y a su regreso a España pudo llevarse consigo una parte de estos últimos sellos.

Los sellos de la emisión de Goya solo tuvieron validez postal durante los días 15 al 17 de junio, al cabo de los cuales fueron desmonetizados. Aunque las ventas de los mismos durante estos tres días fueron relativamente reducidas, Gálvez y otros comerciantes adquirieron grandes cantidades de estos sellos para su venta a los coleccionistas y los mismos comenzaron a inundar el mercado.

Tan pronto aparecieron los sellos mostrando el cuadro de La Maja Desnuda, en la España católica y conservadora de los años 30, estalló el escándalo. Los republicanos españoles que estaban haciendo presión para derrocar la monarquía, aprovechando la ignorancia de un amplio sector de la población, propalaron la especie de que la mujer mostrada era la amante del rey Alfonso XIII. La prestigiosa revista Time comentando sobre la emisión señalaba:

> *"Un cuadro indecente ya es suficientemente malo, pero un sello cuyo reverso debe ser lamido!... Millones de niños inocentes coleccionan sellos".*

No había forma de acallar las protestas y ha circulado la especie de que el servicio postal de los Estados Unidos prohibió oficialmente todas aquellas cartas franqueadas con aquellos sellos que llegaran al país, aunque esto no ha podido ser comprobado. Tan tarde como en 1952, la policía de la ciudad de Ostende en Bélgica confiscó los sellos de la Maja Desnuda que se exhibían en un escaparate de una tienda filatélica al considerarlos inmorales.

Hoy en día una gran cantidad de países en todo el mundo emiten sellos mostrando muchas de las centenares de obras de arte con desnudos que cuelgan en muchos museos del mundo. Solo tenemos que hojear las colecciones de países como Fujeira, Cuba, Paraguay, Hungría, Rusia, Liberia, Samoa, etc. La diferencia del cuadro de la Maja Desnuda con relación a todos los demás es que, mientras prácticamente la totalidad de los desnudos de los pintores clásicos muestran figuras mitológicas, el cuadro de Goya muestra a una mujer real.

Los sellos de la Maja Desnuda fueron en su tiempo una novedad y millares de coleccionistas, que no tenían una idea de la cantidad emitida, los adquirieron pensando que serían a largo plazo una buena inversión. Sin embargo las emisiones fueron tan elevadas que a vuelta de pocos años la serie se estaba vendiendo por debajo del valor facial. Solo en fecha reciente la serie se ha revalorizado un poco pero no lo que se anticipaba.

Hace algunas semanas te hablaba del mensaje en los sellos, y sobre la importancia que tiene que el mismo resulte claro para el público. En este sentido, es importante que el mensaje mantenga su vigencia a lo largo del tiempo. Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943, Cuba emitió una serie de sellos con mensajes que en su momento todo el público captó. Hoy en día, esos mensajes podrían no estar tan claros. De estos sellos te hablaré la próxima semana.

¡CUIDADO CON LOS QUINTACOLUMNISTAS!

En España había existido la monarquía por lo menos desde el siglo VII cuando los visigodos unificaron el reino de España. El 11 de febrero de 1873 llegó a su fin y se proclamó la denominada Primera República. Su duración, sin embargo, fue efímera pues menos de dos años más tarde, los borbones fueron restablecidos en el trono.

Durante los 57 años siguientes, la monarquía se mantuvo precariamente al surgir grupos republicanos y, tras abandonar el rey Alfonso XIII el país, se instituyó el 14 de abril de 1931 la II República. El problema era que el país continuaba profundamente dividido entre grupos de izquierda y de derecha. Esto condujo a que a mediados de julio de 1936 se sublevaran contra la república las guarniciones españolas del África Española dando un golpe de Estado que dejó al país dividido en dos zonas: una bajo un gobierno republicano y la otra por los monárquicos.

La situación desembocó pronto en una guerra civil en la cual los sublevados estuvieron bajo el Gral. Francisco Franco. Las grandes potencias europeas mantuvieron el fuego encendido: Hitler y Mussolini con su apoyo a Franco y Rusia apoyando a los republicanos.

La guerra se prolongó por 840 días, al cabo de los cuales los franquistas resultaron vencedores. Franco instauró una dictadura que se prolongó hasta su muerte, ocurrida a finales de noviembre de 1975.

Los términos "quinta columna" y "quintacolumnista" se deben al Gral. Antonio Mola del ejército franquista. Mola, como jefe de los ejércitos del norte, tenía la misión de ocupar Madrid, último bastión aún en manos de los republicanos.

Mola avanzaba sobre Madrid con cuatro columnas. Cuando un periodista le preguntó con cuáles recursos contaba para su propósito, éste contestó que con las cuatro columnas en ese momento bajo su mando y "una quinta columna que tengo dentro de la ciudad".

La expresión de Mola no era una frase vacía. En los últimos días de la guerra, el Cor. Segismundo Casado, comandante de la unidad a cargo de la defensa de Madrid, se sublevó contra los republicanos e inició negociaciones para rendir la plaza, lo cual ocurrió el 28 de marzo de 1939. Esto le permitió a los franquistas entrar en Madrid, último bastión republicano, sin disparar un tiro.

La expresión quintacolumnista ha quedado desde entonces incorporada al idioma español para designar a un agente del enemigo infiltrado en el país.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Cuba fue un aliado vital de los Estados Unidos en su guerra contra Alemania. Hablando del papel de Cuba durante la guerra, el historiador naval norteamericano Samuel Morrison señalaba que "Cuba fue nuestro más útil aliado, exceptuando Canadá".

Los servicios prestados por Cuba, situada en el centro del Caribe, eran vitales para el libre mantenimiento de la estratégica ruta del canal de Panamá. Por allí se movía el azúcar de Cuba, la República Dominicana y Puerto Rico, el cacao dominicano, el petróleo venezolano y gran parte del comercio sudamericano. La armada cubana se integró al patrullaje naval alrededor de sus costas con unidades antisubmarinas. El gran escritor norteamericano Ernest Hemingway se incorporó a ese patrullaje con su yate Pilar. Fue dentro de ese esquema que en mayo de 1943 el cazasubmarinos cubano CS-13 logró hundir el submarino alemán U-176 comandado por el capitán Reiner Diener. Ese fue el único caso en que un navío de guerra de un país latinoamericano hundió un submarino alemán.

El temor de que Alemania tuviera agentes infiltrados en el país o los reclutara dentro de los germanófilos cubanos era real. La localización de Cuba era vital para los intereses del Eje; de ahí que Alemania tratara de recabar información que sería transmitida a sus agentes en Sudamérica, y que el gobierno cubano por su lado, iniciara una campaña para alertar a la población. Como parte de esa campaña, en 1943 Cuba emitió una serie de cinco sellos invitando a la población a informar sobre la presencia en el país de quintacolumnistas.



Sello emitido por Cuba durante la Segunda Guerra Mundial pidiendo a la población mantenerse alerta ante la presencia de quintacolumnistas en el país. A setenta y cinco años de su emisión, es posible que el mensaje del sello no tenga sentido para el público.

Dentro del programa de contraespionaje en Cuba fue localizado el alemán Heinz Luning. Sometido a juicio, fue hallado culpable y ejecutado en noviembre de 1942. Fue el único espía alemán ejecutado en América Latina, pero, ¿era Luning el único espía alemán en Cuba? ¿Quién sabe?

¡VAYA FORMA DE HACER NEGOCIO!

La calle Nassau está localizada en el Bajo Manhattan de la ciudad de Nueva York. Fue nombrada así en honor de la familia real holandesa, la casa Orange-Nassau. No sé si sabías que en toda el área alrededor de Manhattan en el siglo XVII había un asentamiento holandés y que el nombre original de la ciudad era New Amsterdam.

La calle Nassau tiene apenas unos 800 metros. Durante el siglo XIX allí estaban algunos de los principales periódicos de la ciudad, pero a partir de los años 90 de ese siglo y durante los cincuenta años siguientes la calle Nassau fue el centro filatélico de Nueva York y en cierta medida del mundo.

En un tramo de cinco cuadras de esa calle estaban los comercios filatélicos más importantes de la ciudad. Tan ligada a la filatelia está, que Alvin F. Harlow le dedicó un capítulo de su maravilloso libro *Entretelones de la Filatelia*; Herman Herst tituló *Nassau Street* la obra en la que describe sus experiencias como comerciante de sellos y allí se desarrolla la trama de la novela policíaca *Cancelled in Red* de Hugh Pentecost sobre un crimen relacionado con algunas estampillas valiosas.

Hoy día el negocio de sellos ha cambiado y con él la importancia de la calle dentro del comercio filatélico. Los cambios han sido resultado de los hábitos de los coleccionistas. También ha influido el alto costo del

correo. En la actualidad, pocas casas filatélicas envían por correo sus catálogos y listas de precios a sus clientes pues prefieren hacerlo en forma electrónica.

Cabe señalar, sin embargo, que el mayor cambio en el comercio filatélico ha sido provocado por la incursión de eBay en el mercado del sello, especialmente de las estampillas de bajo costo. La facilidad de vender estampillas a través de eBay ha convertido en comerciantes a cientos de miles de coleccionistas (y aun a personas que no lo son pero que tienen algún material que pudiera ser de interés para filatelistas). eBay ofrece al público la facilidad de desprenderse de todo aquello que no les interesa y ponerlo en subasta en un mercado integrado por millones de coleccionistas en todo el mundo.

Un ejemplo de lo que te digo son las cubiertas censuradas. Hasta hace relativamente unos pocos años, pocos coleccionistas estaban interesados en ellas. Es un material que en pocos casos alcanza precios muy elevados; por tanto, las casas filatélicas que incluían cubiertas en sus subastas, pocas veces las ofrecían. El hecho era, sin embargo, que miles de coleccionistas (y aun no coleccionistas) tenían este tipo de cubiertas y no estaban interesados en ellas. Aunque es posible que desearan desprenderse de las mismas no encontraban el modo ya que en su medio nadie las coleccionara. Te lo digo por mi. Yo colecciono cubiertas censuradas pero no conozco a nadie en el país que lo haga aunque muchas personas a nivel mundial las coleccionan. La prueba de esto es que he podido formar mi colección comprando cubiertas por eBay y si quisiera desprenderme de mi colección creo que la vía más expedita sería recurrir a ese mismo medio.

Pero volviendo a la calle Nassau, en esa vía se conoció a un personaje que solo pudo prosperar ahí; se trataba del “satcheleer”. Para operar como tal solo requería un maletín (el satchel), una reputación impecable y una buena memoria.

Sin “overhead”, ni oficina, sin anuncios y poco o ningún capital, el *satcheleer* se movía a lo largo de las cinco cuadras donde estaban la mayoría de los negocios de sellos. La mayor parte de las estampillas en su maletín eran recibidas a consignación.

Como un elevado número de los negocios de sellos era operado únicamente por su propietario sin ningún empleado, éste, confinado en su oficina, rara vez tenía tiempo de visitar sus colegas en busca de cualquier pieza que requiriese para algún cliente. Ahí era donde entraba en función el satcheleer: el comerciante le indicaba qué necesitaba y hasta cuánto estaba dispuesto a pagar. Con esa información el satcheleer recorría los comercios hasta localizar la pieza y en la operación ganaba una comisión, grande o pequeña, dependiendo del precio al que la conseguía. Como esta operación se podía reproducir decenas de veces a lo largo de una jornada de trabajo, al final del día el satcheleer podía haber ganado un buen jornal.

Hoy el satcheleer es cosa del pasado, lo mismo que las tiendas filatélicas de la calle Nassau. Sin embargo, hay personas que juran haber visto en las noches a un misterioso individuo con un maletín penetrar a través de las puertas cerradas de los edificios de la calle. Sospechan que es el fantasma del satcheleer en su eterna búsqueda de aquella elusiva estampilla demandada por un cliente.

A lo largo del tiempo el coleccionismo de sellos ha cambiado pero las metas de los coleccionistas siguen siendo las mismas: adquirir aquellas piezas anheladas y para lograr estos fines, muchos llegan a extremos insospechados: Héctor Giroux mató a Gastón Leroux, Lefouineur perdió la vida mientras buscaba sellos antiguos en un viejo baúl y un coleccionista holandés incitó a su amante a robarle la colección a su marido y fugarse con él. Estas historias ya te las he contado pero hay muchas más, pero de esas hablaremos la semana que viene.

PUEDO GASTARLO EN LO QUE YO QUIERA

Los antropólogos cuentan que los primeros humanos llegaron a lo que es hoy en día Australia hace 60,000 años, pero la isla continente solo vino a ser conocida por los europeos en 1606 cuando el navegante holandés Willem Janszoon arribó a sus costas.

Durante el resto del siglo XVII el territorio fue ignorado y solo hacia el año 1688 William Dampier, un explorador inglés desembarcó en la parte noroeste de Australia. Casi un siglo más tarde, en 1770, James Cook, bordeó la costa de lo que es hoy Nueva Gales del Sur y reclamó el territorio para Gran Bretaña, confirmándose así el inicio de la presencia europea en Australia.

Cuando en 1783 las trece colonias inglesas en la costa este de América del Norte se independizaron de Gran Bretaña, esa nación trató de compensar la pérdida iniciando una expansión en firme hacia el Lejano Oriente y envió una flota cargada de delincuentes a Australia y estableció en Nueva Gales del Sur una colonia penal.

Gran Bretaña se fue adueñando paulatinamente del territorio y ya para 1880 el gobierno del país estaba integrado por las colonias de Nueva Gales del Sur, Queensland, Australia del Sur, Tasmania, Victoria,

Australia Occidental y el Territorio del Norte. Estas colonias conformaron a partir del 1 de enero de 1901 lo que se conoció como la Commonwealth of Australia.

Los estados australianos son entes con un elevado índice de autonomía política y administrativa, un poco al estilo de los estados norteamericanos.

El estado de Australia Occidental ocupa toda la parte oeste del país. Con sus más de 2.5 millones de kilómetros cuadrados, es el estado más grande de Australia. A pesar de que la mayor parte del territorio es desértico, es rico en minerales y en las pocas áreas que la pluviometría lo permite ha logrado situar al estado en el primer lugar en producción agrícola y ganadera. El 46% de las exportaciones australianas proceden de ese estado.

Brain Burke es un político australiano nacido en 1947. Con su gran empuje, en 1973 a los veintiséis años, inició una vertiginosa carrera política que lo llevó diez años más tarde a la posición de premier del estado de Australia Occidental.


Brian Burke

En febrero de 1997 la familia filatélica internacional fue conmovida por la noticia de que Burke había sido sentenciado a tres años de cárcel por haberse apropiado de $122,585 dólares de unos fondos que habían sido donados al Partido Laborista Australiano. Burke, quien es un apasionado coleccionista, había utilizado los fondos para la compra de sellos para su colección, incluyendo algunos de las primeras emisiones australianas. En esa tarea fue ayudado por su chófer quien es también coleccionista de sellos.

Burke compraba los sellos a través de algunos de los más prestigiosos

comerciantes de Australia quienes, aunque se beneficiaron de las compras, no tuvieron ningún reparo en atestiguar en su contra. Al final del juicio fue sentenciado a tres años de cárcel.

La figura de Burke dentro de la política australiana era tan prominente que sonaba como Primer Ministro. Al ser condenado a prisión, le cupo el dudoso honor de haber sido el primer premier de Australia en haber sido enviado a la cárcel. Como parte de la sentencia fue forzado a renunciar a su nombramiento como embajador ante el gobierno de Irlanda.

Mientras fue premier de Australia Occidental se preocupó por impulsar la filatelia en su estado. Por ejemplo, los coleccionistas del estado le reconocen que, gracias a sus gestiones, consiguió donativos por valor de $135,000 que le permitieron al museo filatélico del estado adquirir del sello conocido como Cisne Invertido que estaba considerado como el ejemplar en mejores condiciones conocido, una de las grandes joyas de la filatelia y que Scott cotiza en $105,000.

Se cuenta de un rey al que un día le informaron que un ladrón había estado robando mármol de las canteras reales. El rey, enojado, le mandó a comparecer ante su presencia y le preguntó que uso le estaba dando a las piedras robadas. El ladrón le contestó que era escultor y no tenía dinero para comprar los materiales. El rey pidió ver sus trabajos y maravillado al ver las hermosas esculturas salidas de sus manos le dijo a sus guardianes: "Dejadle en libertad. Mientras sea para esculpir obras tan hermosas como estas, puede seguir tomando todo el mármol que necesite".

Siguiendo este proceder, uno se siente tentado a decir que siempre que sea para adquirir sellos, está justificado que se haya apropiado de la suma sustraída.

La historia de Burke, sin embargo, tuvo un final feliz. Éste apeló a la sentencia y en el nuevo juicio el juez dictaminó que, aunque el dinero había sido donado al Partido Laborista para la campaña, Burke tenía el derecho a darle el uso que mejor le pareciera, incluyendo la compra de sellos para su colección. En vista de eso, Burke fue excarcelado con el calificativo de "not guilty": solo cumplió cuatro meses de los tres años de pena que le habían sido impuestos. Como puedes ver, el desenlace fue a toda vista, inesperado.

Y en el tema de la filatelia, como en las novelas de misterio, nunca sabemos hasta el final cuál va a ser el desenlace. Hubo, por ejemplo, un caso en los Estados Unidos en 1948 relacionado con la puesta en circulación de un sello. Cualquiera hubiera pensado que el hecho no tendría trascendencia alguna y sin embargo, por los incidentes que lo rodearon y su desenlace, aún se comenta.

— Pero, a propósito de desenlaces, ¿has visto la película Casablanca? preguntó Manuel.

— No.

Pues, bien, en esa película había dos finales y ni los protagonistas sabían cuál de los dos escogería el director. Es un clásico y da la casualidad de que en el cine Fine Arts están pasando un festival de clásicos y esta noche dan Casablanca. Yo ya la he visto cuatro veces pero no me canso de verla. Te invito a que vayamos a verla. Te asombrarás de su desenlace y la semana que viene te cuento el que tuvo la puesta en circulación del sello que te comentaba.

DONDE PONE LA GALLINA

El coleccionismo de Sobres de Primer Día o First Day Covers (FDC), su nombre en inglés con el que muchos suelen llamarlos, se inició el 1 de septiembre de 1923 cuando George Linn, quien luego fue el propietario y editor de la publicación **Linn's Stamp News**, preparó unos sobres con inscripciones relacionadas con los sellos que Estados Unidos se proponía emitir ese día como homenaje a Warren G. Harding, su vigésimo noveno presidente recién fallecido. Linn les adhirió sendos ejemplares de las estampillas recién emitidas y las hizo cancelar el día de la puesta en circulación de la emisión.

La idea prendió rápidamente entre los coleccionistas y a vuelta de pocos años, en la gran mayoría de los países, tanto las autoridades postales como particulares, estaban ofreciendo este tipo de material.

El problema para los que se embarcan en este tipo de colecciones es conseguir sobres de primer día de aquellos sellos emitidos con anterioridad a la emisión de Harding. Este tipo de FDC se dividen en dos grupos:

a) Aquellas emisiones cuya fecha de puesta en circulación se conoce.

b) Aquellas de las cuales no existe registro de su fecha de emisión.

Para el primer caso, especialmente en los países donde abundan las cubiertas antiguas como son Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Francia y Alemania, se trataba de conseguir cubiertas con cancelaciones de ese día.

El segundo caso es ya un poco más difícil. La solución que se le ha dado es tratar de localizar lo que en inglés denominan EKD, siglas de "early known date", o sea la fecha más temprana conocida deducida del matasellos aplicado a la cubierta.

Esto de los sobres de primer día es especialmente importante en el caso de los sellos conmemorativos. Originalmente los sellos conmemorativos se emitían para recordar eventos de particular importancia: Centenario de la Independencia, Jubileo de un Monarca, Descubrimiento de América, etc. Sin embargo, con el paso del tiempo, ese principio se ha ido "cualquierizando" y cada día se emiten sellos conmemorando eventos más baladíes.

Uno de esos casos, al cual quiero llamarte la atención fue el sello emitido por Estados Unidos para celebrar en 1948 el centenario de la industria avícola en el país. Lo primero que los coleccionistas se preguntaron fue: quién decidió que la industria del pollo surgió en 1848 ya que era de todos conocido que, desde que los primeros inmigrantes llegaron a su territorio se han estado criando gallinas en el país. No está claro que en 1848 se iniciara la crianza de pollos en granjas.

En los Estados Unidos, cuando se va a emitir un sello se trata de que la ceremonia de puesta en circulación se realice en un lugar que tenga alguna relación con el tema del sello. Si la emisión está relacionada, por ejemplo, con la industria automovilística, lo natural es que se realice en Detroit; si del cine se trata, en Hollywood; si se conmemora el centenario del nacimiento de una persona, en la ciudad donde nació.

La industria avícola en los Estados Unidos está esparcida por todo el país; no existe la que pudiéramos llamar la "capital del pollo". De ahí que cuando llegó la hora de seleccionar el lugar donde sería puesto a circular el sello, las autoridades postales se encontraron desorientadas. Lo que parecía la idea salvadora apareció cuando revisando la lista de oficinas postales se encontraron que en Alaska existía una de nombre

Chicken y hacia allí fue enviado un inspector postal para preparar todo lo relacionado con la puesta en circulación del sello.

Al llegar a Chicken el inspector se encontró que era un villorio donde vivían apenas 34 personas; era todo lo que quedaba de lo que en el siglo XIX había sido un campamento minero. Había recibido ese nombre por la abundancia en la zona de un ave llamada lagópodo la cual, aunque no es una gallinácea, los mineros la asociaron a esas aves.

En cuanto a la oficina de correos, ésta estaba en la parte posterior de la única tienda del pueblo. El administrador de correos (y único empleado) era el dueño de la tienda. Éste fungía además como notario público.

El inspector postal le explicó al administrador de correos todo lo relacionado con la puesta en circulación del sello: en los próximos días llegarían a la oficina de correos miles y miles de cubiertas con sus direcciones. Estas cubiertas vendrían acompañadas de una gran cantidad de dinero para cubrir el costo del franqueo. De ahí que tuviera que introducir un nuevo sistema de contabilidad y hacer los arreglos con un banco para salvaguardar los fondos.

Le informó además que era de extrema importancia que cada uno de los nuevos sellos fuera adherido al sobre de manera uniforme y se les aplicara el matasellos de primer día completo y claro. Por otro lado, puesto que se esperaba que llegaran muchas cubiertas, era conveniente planificar desde ya, un pequeño grupo de empleados temporales que debían ser entrenados en la tarea de separar y pegar los sellos en las cubiertas y cancelarlos.

Todos estos procedimientos, por supuesto, conllevarían algunos inconvenientes para la administración de correos, admitió el inspector, pero la fama que este oscuro lugar ganaría dentro de la comunidad filatélica justificaría los inconvenientes: El sello pondría a Chicken, Alaska, en el mapa.

El administrador de correos había escuchado con creciente preocupación las explicaciones del inspector. Cuando éste finalizó, se fue a la trastienda de donde regresó con un saco de papas vacío. Sin decir una palabra vació primero en el saco la caja de cartón donde usualmente mantenía los sellos y de la cual cualquiera

podía tomar los que necesitara depositando en ella su valor; vació además, la caja con las cartas que habían llegado, los formularios para los "money orders" y los matasellos de la oficina y, entregándole el saco al sorprendido inspector le dijo:

"Le entrego su maldita oficina. Yo renuncio".

Esa fue la razón por la cual la puesta en circulación de la emisión conmemorativa del centenario de la industria avícola en los Estados Unidos fue trasladada de Chicken a New Haven, CT, a más de 5,000 kilómetros, a una ciudad donde las actividades económicas están orientadas a la educación, la salud y los servicios; ¡nada relacionado con la cría de pollos!



FDC del sello emitido por los Estados Unidos en el centenario de la industria avícola

Hace algunos meses te conté la historia del juicio al que fue sometido el comerciante Bartels por una señora que alegaba que éste se había aprovechado de su ignorancia para pagarle un precio vil por una pieza valiosa. En este caso, la señora pudo ganar el caso pues tenía una testigo: su hija. Creo que la señora tenía razón, pero en buen derecho y aunque no soy abogado, es mi opinión que el testimonio de la hija a favor de su madre no se debió admitir en la corte. Hubo otro caso, sin embargo, que, aunque no llegó a los tribunales nunca se ha podido saber quién realmente estaba diciendo la verdad. Fue un caso interesante, pero lo dejaremos para la semana que viene.

¿QUIÉN DIJO LA VERDAD?

Hace algo más de 30 años el Dr. Stanley M. Bierman publicó *The World's Greatest Stamp Collectors*. En esa obra el Dr. Bierman ofrece las biografías de los veinte coleccionistas que, a su entender, eran los más grandes del mundo (posteriormente, publicó un segundo tomo en el cual añadió dieciséis figuras adicionales). En la introducción de su primer libro, Bierman comienza ofreciendo un homenaje a Charles J. Phillips.

Phillips no era un coleccionista de sellos. Nacido en Londres el 15 de mayo de 1863, a partir de 1885 se convirtió en comerciante de sellos y en 1890 saltó a la fama al adquirir por £25,000 la firma Stanley Gibbons, en ese momento la casa filatélica más importante de Gran Bretaña y posiblemente del mundo. Si mal no recuerdo ya te había hablado de la venta de la Stanley Gibbons a Phillips.

Fue muy respetado en todos los círculos filatélicos por sus conocimientos. Era una de las pocas personas a las que Ferrary permitía entrar a la habitación donde conservaba sus sellos. Sus conocimientos le permitieron contribuir con algunos de los estudios más enjundiosos redactados, hasta la fecha de su publicación, sobre los sellos de Fiji, México y Paraguay. El estudio que publicó en la revista Stanley Gibbons Monthly Journal, órgano de la casa, entre julio y noviembre de 1906, sobre los sellos de la República Dominicana es todavía, más de un siglo después, referencia obligada para cualquier estudioso de nuestras estampillas.

Por su prestancia dentro de la filatelia inglesa, cuando en 1921 fue establecido en Gran Bretaña el Roll of Distinguished Philatelist, fue de los firmantes originales. Aunque en 1922, sorpresivamente, vendió sus intereses en la Stanley Gibbons, lió sus bártulos y se marchó hacia los Estados Unidos país del cual terminó haciéndose ciudadano, siguió siendo una de las grandes figuras de la filatelia a nivel mundial. Phillips murió en junio de 1940.

El episodio que quiero comentarte hoy tiene que ver con las relaciones de Phillips con Samuel Singer. Fue éste un artista, no creo que se le pueda calificar de otra manera, con una habilidad extraordinaria para producir los que en inglés se denominan “fakes” y en español trucajes.

En la manipulación de los sellos debemos distinguir las “forgeries” que son falsificaciones de sellos donde el artesano empieza haciendo un cliché con el cual imprime el sello falso y los “fakes” denominados trucajes en español. En estos últimos, a diferencia de los forgeries, se parte de un sello legítimo, con defectos, que es manipulado para mejorar su apariencia. Esto puede incluir agregar perforaciones o dientes faltantes, ampliar márgenes, eliminar adelgazamientos, etc.

Pues bien, Singer está considerado como el más hábil de los artistas del trucaje. Se ha señalado que era capaz de formar un sello uniendo fragmentos de otros dos. Esa fue la razón por la cual sus servicios eran requeridos por comerciantes y coleccionistas de muchos países a quienes reparó miles de sellos. Singer operaba desde su taller en París siendo los años de su apogeo entre 1890 y 1905.

Los problemas de Singer se iniciaron en 1905 cuando comenzó a perder facultades por sus problemas en su visión. Como un medio de lograr ingresos, se dedicó a escribir cartas a las personas a las cuales les había reparado sellos chantajeándolos con la amenaza de denunciarlos en un libro que pensaba escribir a menos que aceptaran pagarle una suma que especificaba.

Uno de los que recibió una carta de Singer fue Phillips. Éste reaccionó airadamente en un artículo que

publicó en la revista Stanley Gibbons Monthly Journal, órgano de la casa. Señalaba que en varias ocasiones diversos clientes le habían solicitado que les reparara sellos y él se los había enviado a Singer. Una vez recibidos, los había marcado en la parte posterior indicando que habían sido reparados, y que Singer no era más que un vulgar chantajista. Señalaba que la cantidad de sellos reparados apenas llegaban a unos veinte.

Phillips nunca reveló el contenido de la carta de Singer, pero éste indicó que en ningún momento él había tratado de chantajear a Phillips, y que en la carta que le envió únicamente había solicitado permiso para usar la correspondencia de la Stanley Gibbons como referencia de un folleto de propaganda que tenía pensado escribir.


Charles J. Phillips

Dado el prestigio de Phillips, Singer fue ultrajado y éste, en lo inmediato, no tomó ninguna acción. Por un tiempo las aguas parecían haberse calmado pero cuando Eustace B. Power, gerente de la filial de la Stanley Gibbons en Nueva York reprodujo en la revista Mekeel (una importante revista filatélica de Estados Unidos), el artículo que había aparecido en el Stanley Gibbons Monthly Journal, se alborotaron de nuevo las avispas y Singer, quien en ese tiempo se había mudado a Estados Unidos, demandó tanto a Power como a Mekeel por libelo.

Y en cuanto a su proyecto de escribir su pequeño libro al que le dio el extraño título *The People with the Calumny*, Singer siguió adelante y él mismo apareció en 1908. En la obra Singer reproduce en facsímiles, veintidós de las cartas que recibió de la Stanley Gibbons al tiempo que indica que, contrario a lo indicado por Phillips, Gibbons había solicitado sus servicios para la reparación de más de 150 sellos.

En conclusión, todo parece indicar que, a pesar de la bravata de Phillips, quien estaba diciendo la verdad era Singer. Varro E. Tyler, un autor que escribió extensamente sobre la vida y milagros de los falsificadores más famosos, al

hablar de Singer dice que la Stanley Gibbons al final llegó a un arreglo con éste y como parte del mismo había tenido que pagar los gastos legales, el costo de la publicación de The People with the Calumny y hacer una retractación pública estableciendo que Singer era "un gentil caballero y un experto en su trabajo", o sea: parece que fue Singer quien dijo la verdad.

Los sellos que aparecen en el mercado no siempre son ejemplares en óptimas condiciones. Por otro lado, el valor de una pieza, especialmente los clásicos, depende en gran medida de la condición en que se encuentre. Hay que tener en cuenta que éstas pueden tener todo tipo de imperfecciones. Cuando un artista de la talla de Singer garantizaba que podía convertir un sello con un adelgazamiento, dientes rotos, descentrado, etc. en un ejemplar perfecto, no es de extrañar que sus servicios hubieran tenido una gran demanda.

Hasta donde yo sé, hoy en día no hay mucha gente dedicada a "doctorar" sellos pero sigue habiendo muchos coleccionistas dispuestos a pagar precios, a veces muy por encima del valor de catálogo, por ejemplares perfectos. Ese interés en un ejemplar perfecto fue lo que dio origen a un episodio del cual fui testigo. De eso, sin embargo, hablaremos la próxima semana.

LA DISPUTA POR UN SELLO PERFECTO

Si por curiosidad hojeas las primeras páginas de una de las últimas ediciones del catálogo Scott te encontrarás con una sección que titulan **Información sobre los Valores en el Catálogo, la Calidad y Condición**. Allí aparecen ilustraciones de sellos de diferentes países distribuidas en tres categorías: "fine-very fine", "very fine" y "extremely fine" que los coleccionistas pueden usar como guía para establecer la condición de cualquier pieza.

Cabe señalar, sin embargo, que esa es una simplificación. No es cierto que los sellos solo caigan en esos tres niveles, pues podemos encontrar sellos mejores que los calificados como "extremely fine" e inferiores a los "fine-very fine".

El tema de la condición de los sellos se ha vuelto tan importante que con la tecnología actualmente a nuestra disposición, la firma EZ de Canadá desarrolló un programa que, sometiendo el sello a mediciones micrométricas de las distancia entre el marco de la imagen y el borde nos permite clasificar la estampilla en diez categorías que van desde "perfecto" al cual dan valores de entre 99.50 y 100 hasta los "space filler" con puntuaciones entre 0 y 4.99.

Quiero aclararte de nuevo que esa clasificación sigue siendo simplista pues la condición de un sello va más allá del centrado. Para comenzar está la condición de la parte posterior del sellos: ¿está la goma en su condición original o tiene resquebrajaduras?; ¿nunca ha tenido bisagras, tiene marcas de bisagras o pedazos de estas?; ¿tiene algún adelgazamiento? Y en cuanto a la parte frontal debemos tener en cuenta, además del centrado, si el color responde al original, si es brillante y la condición de los dientes. Solo después de evaluar todos estos factores, el experto podrá darle al sello una clasificación final.

El interés de coleccionistas con amplios recursos en ejemplares en óptimas condiciones ha hecho que muchos se muestren dispuestos a pagar sumas que en ocasiones han alcanzado veinte veces el valor de catálogo por piezas con clasificaciones por encima de 95.

El episodio que voy a relatarte tuvo lugar durante una subasta celebrada en el local de la Sociedad. En esa subasta se puso a la venta un ejemplar casi perfecto del Scott 236B de este país. Es un sello moderno (emitido en 1926) pero sumamente escaso. Y lo más notorio es que los pocos ejemplares que aparecen están por lo general descentrados.

La historia de cómo el sello llegó a manos de su propietario, según éste me la contó, es bastante peregrina. El Ing. Alfau, quien sabía que a éste le faltaba ese sello, le informó un sábado que había recibido un bloque de cuatro del mismo y estaba dispuesto a partirlo si encontraba cuatro compradores. Los cuatro eran ejemplares perfectos. El siguiente sábado le informó que ya tenía un comprador para uno de los sellos. Temiendo que alguien se pudiera interponer, mi amigo le dijo que compraría los otros tres pues un colega le había dicho que le consiguiera uno de los sellos y sabía que fácilmente le encontraría salida al otro sello. Así, colocó uno de los sellos en su colección y en la próxima subasta de la SFD puso el otro ejemplar a subastar.



El sello de la disputa

La subasta se celebró el 29 de mayo de 1981 y el episodio que te relataré fue la disputa entre Don Federico de Marchena (Don Bebé), un acaudalado filatelista siempre tratando de montar en su colección sellos en óptimas condiciones y un coleccionista juvenil de familia acomodada de apellido Baquero.

En ese tiempo, el sello que había sido descrito como "nuevo, centrado perfecto" tenía un valor de catálogo de $35 y la primera puja se abrió con $25. Don Bebé aunque tenía el sello, estaba interesado en el ejemplar por sus condiciones excepcionales mientras que Baquero pujaba simplemente porque faltaba en su colección.

Aunque dos o tres se lanzaron a la lisa, al llegar a los $30 solo quedaban Don Bebé y Baquero. Al llegar a los $40 Baquero debió abandonar. Conseguida la pieza, Don Bebé se acercó al joven Baquero y le dijo:

"Joven, pase mañana por mi oficina y le regalaré uno de estos sellos".

Éste fue el único sello comprado por Don Bebé en esa subasta. Visto desde una óptica más amplia, ese fue uno de esos casos en el que ambos protagonizaron lo que en los negocios denominan "Ganar-Ganar".

El sello de 50¢ que se disputaron Don Bebé y Baquero es un ejemplo de una estampilla moderna que sin que tengamos claramente la razón, se ha vuelto excepcionalmente escasa; hay, sin embargo, otras piezas que llaman la atención de los coleccionistas, y no por ser precisamente escasas sino por alguna irregularidad en su diseño. Tal fue el caso de una serie emitida por St. Kitts y Nevis, una ex-colonia inglesa ubicada en las Antillas Menores. Es una historia que con frecuencia se comenta en los libros de filatelia y de la que hablaremos la semana que viene.

EL CATALEJO DE COLÓN

Hace algo más de veinte años, el gran cineasta francés François Truffant sostuvo a lo largo de cincuenta horas de conversaciones, una entrevista con el célebre director de cine inglés Alfred Hitchcock. Mediante un cuestionario de 500 preguntas Truffant trataba de llegar al trasfondo de las circunstancias que habían rodeado la filmación de cada una de las 54 películas hechas por Hitchcock entre 1922 y 1976.

Al llegar a la película Treinta y Nueve Escalones, Truffant tocó el tema de la verosimilitud de la trama. Acusaba a Hitchcock de no tener en cuenta la verosimilitud de la intriga en beneficio de la emoción. Criticaba que, al analizar el guión, éste no resistía el análisis lógico.

La respuesta de Hitchcock fue contundente: si se quiere analizarlo todo y construirlo en términos de plausibilidad y verosimilitud ningún guión de ficción resistirá este análisis: eso solo es posible en los documentales.

Los puntos de vista de Hitchcock pueden extrapolarse a casi cualquier manifestación artística. La rigidez en el diseño solo es exigible en los elementos utilitarios. De ahí que un artista a cargo del diseño de un sello pueda permitirse ciertas libertades y fue usando esa libertad que el diseñador a cargo de los primeros



Sello de St. Kitts Nevis mostrando a Colón con un catalejo

sellos emitidos por St. Kitts y Nevis, una ex-colonia inglesa (hoy nación independiente), entre 1903 y 1938 se permitió mostrar a Colón a bordo de su nave con un catalejo.

St. Kitts fue avistada por Colón cuando regresaba a España en su segundo viaje. Decidió nombrarla San Martín. Colón no llegó a desembarcar en la isla; solo la avistó a la distancia. No es extraño por tanto que el diseñador a cargo del proyecto, partiendo de ese hecho, mostrara a Colón con un catalejo. El único punto débil es el hecho de que Colón no pudo avistar la isla mediante un catalejo, dispositivo que no fue inventado hasta 1608, o sea más de un siglo después por el holandés Lippershey.

Es asombrosa la persistencia de Colón con su catalejo en los sellos de St. Kitts Nevis. Tan pronto como se emitieron en 1903 esos primeros sellos que te mencioné, la reacción de los coleccionistas no se hizo esperar denunciando la incongruencia. Las críticas, sin embargo, dejaron impertérrito al diseñador pues en las sucesivas emisiones de 1930 y 1938 siguió mostrando la misma imagen de Colón.

Son muchos los escritores de novelas que enmarcan sus obras dentro de un contexto histórico. Cuando lo hacen, muchos de sus lectores no siempre están dispuestos a pasarles por alto que en sus obras se aparten de los hechos no reconociendo que se trata de novelas, no de textos de historia.

Marcio Veloz Maggiolo sucumbió al igual que el diseñador del sello de St. Kitts a la magia del catalejo de Colón en su novela La Navidad, Memorias de un Náufrago: Nathaniel junto a Luis de Torres y Casilda, una barragana que se había colado como polizonte en la nave Santa María fueron incluidos entre los cuarenta hombres que Colón dejó en el fuerte de la Navidad construido con los restos de la nave Santa María cuando esta encalló en la costa norte de la isla. Logran sobrevivir a la matanza cuando Caonabo atacó el fuerte

matando a los treinta y siete restantes. Viviendo entre los indios Nathaniel los asombra permitiéndoles mirar a través de un catalejo que había rescatado de la nave.

El diseño de los sellos ha alcanzado la categoría de un arte menor. Diversos autores han escrito libros sobre el tema que nos orientan en la apreciación, en algunos casos, de la belleza de los diseños y en otros del ingenio del diseñador al manejar el tema, como fue el caso del sello del cual conversamos cuando te contaba sobre el sello emitido por México como parte de su campaña contra el tabaco. Ese fue igualmente el caso de un sello emitido en 1945 como parte de una serie alusiva a la participación de soldados brasileños en la Segunda Guerra Mundial. Hoy día, a más de sesenta años de la emisión, aún se comenta sobre el impacto de ese diseño, pero de eso hablaremos la próxima semana.

¿QUIÉN DIJO QUE UNA BOA NO PODÍA FUMAR?

A mediados de 1940, vientos de guerra soplaban sobre Europa. Alemania había invadido Polonia el 1 de septiembre de 1939, y Gran Bretaña y Francia, honrando el tratado de defensa mutua que habían firmado con Polonia le declararon la guerra a Alemania.

Durante más de dos años a partir del inicio de la guerra, durante los cuales se libró la denominada "guerra boba" por lo reducido de las acciones militares, Estados Unidos se mantuvo neutral. Sin embargo el belicista Roosevelt, quien ocupaba la presidencia del país, sabía que tarde o temprano la nación se vería arrastrada a la guerra. Fue dentro de ese contexto que a mediados de 1940 Estados Unidos convocó a los cancilleres de los países latinoamericanos a una conferencia a celebrarse en La Habana. Al final de la misma fue firmada la Declaración XV de Asistencia Recíproca y Cooperación para la Defensa de las Naciones Americanas. Esa declaración constituía un pacto de defensa mutua: conllevaba un compromiso de las naciones americanas de ir en auxilio de cualquier otra del continente en caso de que alguna de ellas fuera atacada por una potencia extracontinental. Esto fue ratificado posteriormente en sendas reuniones realizadas en 1942 en Río de Janeiro y Washington.

Cuando Japón atacó a los Estados Unidos el 7 de diciembre de 1941, ese país inició una intensa presión

sobre los países latinoamericanos a fin de que, honrando el compromiso, declarasen la guerra a las potencias del Eje. En este sentido cabe señalar que la reacción de las diferentes naciones fue muy dispar; mientras Costa Rica, Cuba y la República Dominicana, por ejemplo, cumpliendo con el compromiso se apresuraron a declarar la guerra al Eje al siguiente día, países con una población con un fuerte componente de inmigrantes o descendientes de italianos y alemanes como fue el caso de Uruguay, Argentina y Chile, no declararon la guerra hasta principios de 1945 (Uruguay, el 14 de febrero; Argentina, el 27 de marzo y Chile el 13 de abril), unas declaraciones de guerra más bien simbólicas pues se produjeron pocas semanas antes de la rendición de Alemania.

A pesar de que a principios de la guerra Brasil había proclamado su neutralidad, el 22 de agosto de 1942 le declaró la guerra a las potencias del Eje; fue la primera nación sudamericana en hacerlo. Esto provocó que los submarinos alemanes comenzaran a hundir buques brasileños. El saldo al final de la guerra: 36 buques de matrícula brasileña habían sido hundidos y 607 de sus tripulantes habían perdido la vida.

El 28 de enero de 1943 Roosevelt viajó a Natal en Brasil donde se reunió con Getulio Vargas, en ese momento presidente de Brasil. Le ofreció créditos para la instalación de la Compañía Siderúrgica Nacional, 1,100 aviones y la renovación del obsoleto parque militar a cambio de permitir la instalación en el país de tres bases militares y el compromiso de enviar al frente de batalla un componente militar: quid pro quo.

A diferencia de la actitud de la población brasileña que durante la Primera Guerra Mundial se había opuesto a que el país participara en la contienda, las pérdidas de buques y vidas hizo que surgiera en el país un fuerte movimiento a favor de la guerra.

Como resultado del compromiso de Vargas con Roosevelt, en noviembre de 1943 se creó la denominada Fuerza Expedicionaria Brasileña la cual inició sus entrenamientos. A pesar de la creación de este contingente, el público continuaba escéptico y en forma guasona comenzaron a decir que era más fácil que una boa fumara, que el país entrara en guerra.

Mientras los soldados se entrenaban, un artista usó el tema de la boa y diseñó una broma una boa fumando. El dibujo pegó entre el público y el mando militar decidió utilizarlo como la insignia que usarían los soldados en el brazalete en sus uniformes.

Sin embargo, pese a las burlas y al escepticismo de la población, la Fuerza Expedicionaria Brasileña finalmente desembarcó en Nápoles el 16 de julio de 1944. A lo largo de más de nueve meses de actividad bélica, 25,300 soldados brasileños lucharon heroicamente junto a un abigarrado contingente internacional en algunas de las más cruentas batallas libradas a lo largo de la denominada Línea Sigfrido y luego marchando hacia el norte a todo lo largo de la península itálica hasta reunirse finalmente con las tropas francesas en las inmediaciones de Turín. Al final de la guerra, 948 soldados brasileños habían muerto demostrando así, que una boa sí podía fumar.

Los sellos emitidos por Brasil mostrando una boa fumando constituyen una muestra de la imaginación de la que puede hacer gala un diseñador. En filatelia podemos encontrar otras curiosidades que al relatarse dan sazón a las peñas filatélicas. Tales son los casos, poco conocidos, de un rey y dos reinas vanidosos. De esos, sin embargo, te hablaré la semana que viene.



Sello de 40 centavos emitido en 1945 como parte de una serie en honor a la Fuerza Expedicionaria Brasileña que participó en la Segunda Guerra Mundial

UN REY Y DOS REINAS VANIDOSOS

Con anterioridad a 1861, cuando como resultado de un movimiento encabezado por Garibaldi y el conde Cavour se produjo la unificación de Italia, el país estaba dividido en una serie de reinos y ducados. Uno de esos reinos, el más grande de todos, era el denominado Dos Sicilias integrado por los reinos de Sicilia en la isla del mismo nombre y Nápoles.

Desde 1830, reinó en Dos Sicilias Fernando II. Al ascender al trono publicó un edicto prometiendo que sus metas primordiales eran la administración de la justicia de manera imparcial, reformar las finanzas y sanar las heridas que habían afligido al reino por muchos años.

Los primeros años de su reinado fueron pacíficos: se rebajaron los impuestos, se construyó el primer ferrocarril de Italia, se estableció una conexión telegráfica entre Nápoles y Palermo y la flota estatal tuvo el primer buque de vapor de la península. Sin embargo, cuando en 1837 el pueblo demandó una Constitución, sus demandas fueron reprimidas en forma violenta.

En septiembre de 1847 hubo huelgas violentas que se extendieron a partir de 1848 por todo el reino. En medio de ese estado de turbulencia, Sicilia, en un movimiento encabezado por Ruggero Settima depuso a Fernando. En respuesta, el rey formó un ejército de 20,000 soldados que envió a Sicilia en una flotilla para

someter a los insurrectos y restaurar su autoridad. La ciudad de Messina fue bombardeada con saña salvaje durante ocho horas aun después que sus defensores se habían rendido. En la acción murieron centenares de civiles. Esto hizo que a Fernando se le pusiera el apodo de "Bomba". Aunque en los años siguientes su reinado fue turbulento, permaneció en el trono hasta su muerte, ocurrida en 1859.



Sello de Dos Sicilias con un matasellos que enmarca la imagen de Fernando II



Matasellos de "araña" sobre un sello de la primera emisión de España. Aunque en la imagen mostrada el matasellos parcialmente la oblitera, la idea era que esta quedara enmarcada.

Dos Sicilias emitió sus primeros sellos en 1858. Poco antes de su muerte, Fernando II ordenó una nueva serie mostrando su imagen. En ellos se presenta al rey en un retrato de perfil. El vanidoso rey exigió que el matasellos a ser usado no mutilara su imagen. Fue para cumplir con ese requerimiento que las autoridades postales debieron ingeniárselas para diseñar un cancelador que al tiempo que anulaba el sello dejara la imagen en el centro inmaculada.

Isabel II de España, quien había nacido en 1830, ascendió al trono antes de cumplir los tres años de edad al morir su padre. Por esa razón su madre actuó como regente hasta 1840, y de ahí en adelante hasta 1843, el Gral. Baldomero Espartero. No fue hasta el 8 de noviembre de 1843, teniendo apenas trece años, que Isabel fue declarada mayor de edad y proclamada reina.

Isabel II reinó en España en una época en que la monarquía había comenzado a perder poder político que iba siendo transferido al Parlamento. Su comportamiento, por otro lado, la hizo impopular y tras la Revolución de 1868 debió abandonar España. En 1870 abdicó en favor de su hijo el futuro rey Alfonso XII. Vivió el resto de su vida en Francia donde murió en 1904.

Durante el reinado de Isabel II, en 1850 se emitieron en España los primeros sellos, siendo uno de los primeros países de Europa en hacerlo. Los sellos muestran el hermoso rostro de perfil de la reina, quien en ese momento tenía apenas diecinueve años, grabado por Bartolomé Coromina. Tan impresionada quedó la reina al ver las pruebas de los sellos que preguntó: "¿Así soy yo?". El sello remeda otro emitido por Gran Bretaña diez años antes, hasta en el hecho de no indicar el país pues se consideraba que al mostrar el retrato de la reina, era suficiente.

En los sellos con la efigie de Isabel II, al igual que en aquellos de Fernando II, se usó un matasellos que enmarca el retrato de la reina evitando obliterar su imagen. Los filatelistas denominan este matasellos "de araña". En este caso, no sabría decir si el matasellos fue preparado a solicitud de la reina o si fue una decisión de un funcionario del servicio postal deseoso de congraciarse con la soberana.

La reina Victoria de Inglaterra nació en 1819 y ascendió al trono en 1837 a la edad de 18 años tras el fallecimiento de su tío paterno Guillermo IV.

Durante el reinado de la reina Victoria, Gran Bretaña era ya una monarquía constitucional en la cual el soberano tenía relativamente poco poder pero de todos modos su influencia se dejaba sentir en todos los aspectos de la vida inglesa. Así se habla de costumbres victorianas (modales sobrios), arquitectura victoriana, etc.

Durante su reinado se consolidó el imperio británico especialmente cuando en 1857 se disolvió la Compañía Británica de las Indias Orientales que había gobernado parte de la India y sus territorios fueron incorporados al imperio. Durante su reinado, Disraelí, su Primer Ministro convenció a la reina de gestionar frente a los Rothschild los fondos para que Inglaterra adquiriera las acciones del Canal de Suez en poder del Gobierno de Egipto.





Sello de la reina Victoria de 1840 y el emitido por Canadá en 1897

En 1840, como resultado de las reformas postales propuestas por Rowland Hill, Gran Bretaña emitió sus primeros sellos. Para la viñeta de los mismos fue seleccionado el retrato de la reina Victoria. El sello fue grabado por Charles Heath, quien usó como modelo un medallón que había sido confeccionado por William Wyon para conmemorar la visita hecha por la reina a la ciudad de Londres en 1837.

A partir de 1840 y en todas las emisiones subsiguientes, se estuvo usando el mismo retrato de la reina que se había utilizado en la emisión inicial. Cuando en 1887 se propuso una serie de doce sellos en el Jubileo del reinado, se le presentó a la reina un bosquejo de los nuevos sellos con un retrato reciente de la reina, entonces una dama mofletuda, lejos de la espléndida belleza mostrada en los sellos de 1840. La vanidosa reina exclamó: "¿Por qué cambiar el diseño?" El diseñador la complació. Durante todo su reinado de más de 63 años que se extendió hasta su muerte ocurrida en 1901 se siguió usando el mismo retrato.

Canadá, en cambio, algo lejos de su influencia, cuando en 1897 emitió una serie conmemorando los sesenta años de su reinado, mostró uno al lado del otro, dos retratos de la reina; a la izquierda tal como lucía en

1840 y a la derecha su figura en ese momento. El contraste es bien marcado. Ya lo dijo Sófocles en Edipo Rey: "*Solo los dioses en el cielo no conocen la vejez ni la muerte; todo lo demás se agota en el torbellino de nuestro amo el Tiempo*".

Cabe señalar, sin embargo, que a la reina aparentemente no parecía importarle mucho que su retrato fuera mutilado por un matasellos.

Cuando llegan a nuestro conocimiento historias como la de un rey que no quiere que el matasellos mutile su efigie, o la de una reina que se niega a reconocer que después de sesenta años el tiempo le ha pasado su factura, diríamos que las mismas encajan dentro de los episodios que uno podría calificar como "extraño pero cierto". Sin embargo, la avidez del público por ese tipo de hechos fue la razón de ser de un antropólogo aficionado quien pasó su vida persiguiendo estos casos. Dentro del coleccionismo de sellos se han dado casos que caen dentro de esa categoría pero vamos a dejar ese relato para la semana que viene.

AUNQUE USTED NO LO CREA

Robert Ripley nació en 1890. Durante un viaje de luna de miel que realizara al Lejano Oriente llegaron a su conocimiento algunos casos insólitos y al regresar a Estados Unidos, su país natal, dio detalles sobre los mismos en un periódico local. El interés que despertó el tema hizo que se involucrara con mayor pasión en el asunto y diera origen a una columna titulada Believe it or Not! que se publicó durante más de cincuenta años. En español se titulaba Aunque Usted no lo Crea.

La columna se comenzó a publicar en 1923 y cuando William Hearst, el magnate de los medios de comunicación se interesó en ella, llegó a alcanzar ochenta millones de lectores en todo el mundo. Aunque Ripley murió en 1949, su columna se siguió publicando durante otros veintiséis años.

En la columna se presentaban mediante dibujos muy elaborados las hazañas, curiosidades, hechos, cosas anormales o insólitas que llegaban a su conocimiento mediante miles de cartas que recibía continuamente. Ripley, antes de publicar cualquier información se aseguraba de comprobar su veracidad. Para tales fines se agenció los servicios de Norbert Pearlroth, un inmigrante polaco como su asistente.

Ripley, un viajero infatigable, en su peregrinaje por todo el mundo visitó 201 países. En estos viajes se hacía acompañar de Pearlroth, su fiel asistente, quien le era imprescindible pues dominaba catorce idiomas. El

objetivo de esos viajes era comprobar cualquier información antes de publicarla e indagar sobre curiosidades que justificaran aparecer en su columna. Cuando en 1932 visitó nuestro país, y se reunió con Eduardo Comarazamy quien, al igual que Ripley era un apasionado coleccionista de ese tipo de rarezas, éste le informó sobre un sujeto en La Romana que tenía las pupilas cuadradas y sobre un campesino que había encontrado en Miches una pepita de oro de más de diez libras. Ambas rarezas aparecieron luego en la columna de Ripley. Comarazamy publicó en 1978 sus hallazgos en un libro que tituló *Raro pero Cierto*.


Robert Ripley

Te hago todo este prolegómeno a propósito de un hecho acontecido en California en 1979 y que merecería ser publicado en la columna de Ripley. El hecho fue el siguiente:

En junio de ese año, un coleccionista estaba haciendo fila en un aeropuerto para chequear su equipaje. Puso a un lado su maletín en el que tenía algunos efectos personales y su valiosa colección de sellos de Estados Unidos. Se descuidó un momento cuando el agente de la línea aérea le hizo una pregunta y cuando volvió la cara el maletín había desaparecido. Aunque hizo numerosas gestiones frente a los empleados de la aerolínea, el maletín no pudo ser localizado.

Unos cinco meses más tarde, recibió una llamada de una joven quien le dijo que ella había conseguido un maletín con su nombre y dirección en el cual había algunos efectos de aparente valor, incluyendo sellos.

Esa misma tarde, tomó un avión en un viaje de 800 kilómetros para reunirse con la joven en una ciudad distante apenas ochenta kilómetros del sitio donde había perdido el maletín. De lo que le contó la joven y luego le confirmaron oficiales de la línea aérea, salió a la luz la siguiente historia.

Algún tiempo después de la fecha en la que ocurrió el robo, el maletín fue llevado al departamento de

objetos perdidos y hallados de la línea aérea. Por razones que no fueron explicadas, y contrario a las normas establecidas por la línea aérea, ni el maletín ni su contenido fueron inventariados. En vez de eso fue incluido en una lista de equipajes no reclamados y fue vendido en una subasta. La joven, una empleada de otro aeropuerto, hizo una oferta de $31 dólares pensando que estaba vacío y la ganó.

Cuando recibió el maletín varias semanas después, descubrió que el mismo estaba cerrado aunque según el propietario no lo estaba cuando lo perdió. Cuando el maletín fue finalmente abierto, su contenido estaba intacto. El suegro de la joven, cuyo padre había sido coleccionista de sellos, informó después de verlos, que los sellos eran valiosos. La joven entonces inició las gestiones para localizar al propietario cuya libreta de cheques y tarjetas de identificación estaban en el maletín. El resto ya es historia sabida, aunque cabe señalar que el feliz dueño le hizo a la joven un generoso regalo y, aunque ésta no era coleccionista, igualmente le regaló un sello como recuerdo.

El coleccionismo de sellos siempre ha sido una cantera inagotable de episodios. Aunque desde la aparición de la primera estampilla hubo personas que se dedicaron a coleccionarlas, el encanto que producen no siempre es entendido por aquellos ajenos al pasatiempo. "¿Cómo es posible que gastes tu tiempo y dinero dedicado a juntar papelitos?", quizás digan algunos. Sin embargo, la realidad es que millones de personas en todo el mundo se sienten cautivadas por su hechizo, algo que no es percibido, aun por quienes uno pensaría que deberían tener una mejor percepción de la idiosincrasia de los demás. Fue dentro de ese contexto que se produjeron dos eventos que me parecen más propios de una ópera bufa que hechos de la vida real; de eso, sin embargo, te hablaré la próxima semana.

LA GRAN CONSPIRACIÓN

Durante muchos años en numerosos periódicos de todo el mundo aparecía regularmente una columna sindicada titulada "Querida Abby". En la columna una Abby Van Buren ficticia respondía preguntas de los lectores, mayormente de carácter social. Se comenzó a publicar en el Chicago Tribune mudándose luego al Chicago Sun-Times. Seguida por miles de lectores, la columna que aún se publica, llegó a alcanzar 1,200 periódicos de los Estados Unidos y otros países.

En una de sus entregas, una señora le escribió:

> "Querida Abby: Nuestra hija ha estado saliendo con un muchacho desde hace un año y nos ha pedido la mano. Anoche le dijo a nuestra hija que era filatelista. ¿Crees que deberíamos permitir ese matrimonio? Firmado: Los Padres de Linda".

La respuesta de Abby:

> "¿Por qué no? Tiene tanto derecho a coleccionar estampillas como ustedes a coleccionar chistes viejos".

Eso demuestra que Abby tomó la carta, al igual que yo, como una broma, pero no deja de ser una realidad que para muchos, el coleccionismo de sellos es signo de inmadurez.

Como ya te dicho, se puede decir que el coleccionismo de sellos nació con la primera estampilla. Compitiendo con otros pasatiempos, ya en el último cuarto del siglo XIX la filatelia tenía sólidas raíces con figuras de la talla de Thomas Tapling, Philippe von Ferrary y el Conde de Crawford, quienes poseían valiosas colecciones aunque debo reconocer que a diferencia de la numismática, el coleccionismo de sellos seguía siendo menospreciado por muchos.

Dada esa percepción, no es de extrañar que en 1894, el prestigioso periódico The New York Times y nada menos que en su columna editorial señalara:

> *"Los hombres que creen en el poder de la Francmasonería, de los Jesuitas y de las sociedades secretas, fallan al no percibir que la principal fuerza desintegrante del mundo moderno civilizado es la pasión por coleccionar sellos postales; y que el sello postal es infinitamente más digno de temer que cualquier otra variedad de fanatismo político o religioso.*
>
> *Si el Papa solo viera las cosas como son, dejaría de apostatar contra los masones y volcaría su atención en las peligrosas intrigas de los coleccionistas de sellos. Si los protestantes fanáticos que piensan ahora que todas las huelgas, los terremotos y pestilencias son como consecuencia de ellos, demostrarían con sus acciones que son personas con una visión comparativamente clara. El gran mal de la época es indudablemente la Gran Conspiración del Sello, y es imperativo que todos los patriotas honestos usen todos los medios legales para su completa supresión".*

Como es de suponer, las predicciones apocalípticas de The New York Times no se cumplieron y durante los 125 años transcurridos desde entonces se ha visto cómo el coleccionismo de sellos se ha convertido en el pasatiempo de mayor difusión a nivel mundial. Y en cuanto al The New York Times, años más tarde sus editores cambiaron de mentalidad y comenzó a publicar cada domingo una columna filatélica que estuvo a cargo de filatelistas del prestigio de Kent B. Stiles y David Lidman.

A esto contribuyó que personajes de la talla del rey Jorge V de Gran Bretaña y Franklin D. Roosevelt, trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, demostraran con sus acciones que eran apasionados coleccionistas de sellos.



Sello Mónaco mostrando a Roosevelt como coleccionista de sellos

Muchos historiadores consideran la Guerra Civil Española como el preludio de la Segunda Guerra Mundial. Aunque se inició en junio de 1936, o sea, más de tres años antes del estallido de la gran conflagración mundial, dos de las potencias del Eje, Alemania e Italia, le dieron su apoyo al bando realista. Creo que ya te había hablado de esto. Fue durante ese conflicto que tuvo lugar un episodio que ilustra cómo la filatelia puede dirimir diferencias entre dos bandos que por circunstancias del momento pueden estar en orillas opuestas.

EL BLOQUE MÁS VALIOSO DEL MUNDO

El 18 de junio de 1936 se produjo en España un golpe de Estado contra el Gobierno de la II República que había ganado recientemente las elecciones. El movimiento golpista estaba encabezado por Francisco Franco. Aunque en la fase inicial del golpe, el bando republicano tenía el dominio de la mayor parte del territorio español, a lo largo del conflicto que se extendió por casi tres años, las fuerzas franquistas, con el apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista, fueron ganando terreno hasta acorralar a los republicanos en Madrid dónde se rindieron el 1 de abril de 1939 poniendo fin a una guerra civil en la que se habla de un millón de muertos de ambos bandos, muchos de ellos civiles.

En la zona de Cataluña, las tropas del bando republicano, numérica y en armamentos más débiles, en lento pero constante repliegue, fueron cediendo terreno hasta que sus maltrechas unidades, acosadas junto a los Pirineos, se vieron obligadas a cruzar la frontera hispano-francesa. Allí eran detenidos y desarmados por las fuerzas policiales francesas, y encerrados en campos de concentración preparados apresuradamente por el gobierno francés.

La vida en estos campos era precaria, aunque cabe señalar que estos, a diferencia de aquellos establecidos en Alemania, no eran campos de exterminio. Se ha señalado que en ellos la vida era dura por la situación

de confinamiento en que se encontraban los internados pues las instalaciones no estaban preparadas para recibir la cantidad de refugiados.

El campo donde se desarrolla esta historia albergaba unos 85,000 refugiados incluyendo miles de civiles de todos los sexos y edades. Se llamaba Saint Cyprien y consistía en un segmento de playa de unos dos kilómetros de largo y un kilómetro de ancho cercado por alambradas y casamatas por tres de sus lados. El cuarto, que daba al Mediterráneo, estaba patrullado por lanchas.

Dadas las condiciones del campo, eran muchos los que trataban de evadirse; unos con el propósito de encontrar un medio de viajar hacia América y otros, especialmente los que habían sido combatientes en el bando republicano, con el propósito de unirse a la resistencia francesa, y, una vez se produjo la invasión de Normandía, a las tropas aliadas. Cabe señalar, sin embargo, que dada la solidez de las instalaciones las posibilidades de evasión eran reducidas.

Con el propósito de vencer uno de los problemas más acuciantes de los internados que era la claustrofobia, se fueron formando en el campo diferentes grupos unidos por afinidades. Así se formaron grupos de ajedrez, fútbol, idiomas, literatura, teatro y lo que no podía faltar, especialmente en aquellos tiempos: filatelia.

El grupo de filatelistas organizó un club de canjes en el que se intercambiaban sellos que los refugiados habían traído consigo o material que amigos o familiares de España les enviaban. Tres amigos, Pedro, Jorge y Ricardo, el apellido no importa, dirigían el club filatélico.

El jefe de las fuerzas de vigilancia era el capitán Marceau, un entusiasta coleccionista de sellos de España y Francia. Gracias a su afición a los sellos, Marceau condescendió a confraternizar con el trío de coleccionistas y estos lograron romper las barreras que los separaban. La camaradería llegó a un nivel tal que éstos se arriesgaron a confesarle sus planes de fuga. Los escuchó detenida y silenciosamente, y finalmente accedió

a facilitar sus planes. Los detalles de cómo, con la complicidad del capitán Marceau, los amigos lograron fugarse poco importan, pero lo que es indudable es que la filatelia les dio la libertad.

Una vez libres, cada uno de los amigos aportó las piezas más valiosas de sus respectivas colecciones, las vendieron y con el producto obtenido compraron en Burdeos un block de seis sellos del 10 reales verde de 1851 de España, un sello que en 1939 valía, suelto, 100 dólares (hoy vale $2,400) y se lo enviaron a Marceau a St. Cyprien sin indicar el remitente.



Sello de 10 reales verde de 1851; protagonista de esta historia

Años más tarde, los tres amigos se unieron a los maquis y allí se encontraron con Marceau que formaba parte de la resistencia francesa. Éste les informó que el bloque llegó a sus manos y le había causado la alegría que los amigos esperaban, aunque éste nunca llegó a revelarles de qué medios se había valido para facilitar su evasión.

Lo que no cabe duda es que este bloque fue en su momento, el más valioso que ha existido pues con él se pagó lo más valioso que existe para el hombre: la libertad.

Los sellos no siempre están ligados a episodios tan dramáticos y de tanto impacto humano como el que te acabo de relatar. Escarbando en mi memoria me viene a la mente algo ocurrido hace algunos años en España. Fue un episodio por demás divertido pero lo dejaremos para la próxima semana.

UN RETO SINGULAR

— Abuelo, la pasada semana me dijiste que me hablarías sobre un episodio ocurrido en España. Me señalabas que había sido algo muy divertido.

— Bien que me lo recordaras. Te contaré.

En nuestro país, no muchos coleccionistas se preocupan demasiado por la condición de los sellos que colocan en sus álbumes. Si coleccionan sellos nuevos, les basta con que tengan su goma y pocos exigen que sean NH, o sea que nunca hayan tenido bisagra; si coleccionan sellos usados, les importa poco que la cancelación sea demasiado fuerte.

En cuanto al centrado, pocos exigen un centrado perfecto o cerca de estarlo. En Estados Unidos y Europa, especialmente entre los coleccionistas avanzados, la situación es totalmente diferente. Si el sello es nuevo, la diferencia en precio entre un sello con su goma pero con pedazos o marcas de bisagra y descentrado con otro NH y perfectamente centrado puede llegar a ser de un 500% (y aún más), o sea el segundo puede valer cinco veces más que el primero y los perfeccionistas deben estar estar dispuestos a pagar esa prima. Esto ha hecho que en el mercado filatélico se hayan establecido hasta diez categorías definiendo la condición de los sellos. Creo que de esto ya te he hablado.

El tema de establecer en qué categoría cae un sello es harto complejo. En cuanto a la goma se valora si está NH, si ha tenido bisagras, si tiene parte de ella, si la goma está amarillenta o si está resquebrajada.

En cuanto a la parte frontal, se evalúa el centrado, si el color es brillante o desvaído; en el caso de los sellos dentados, si los dientes son regulares (si no hay algunos más cortos que otros), la nitidez de la impresión, etc. Es por esa razón que cuando las grandes casas de subastas están preparando sus catálogos, contratan especialistas quienes después de evaluar todos los factores que te he mencionado, clasifican los sellos en diez categorías que empiezan en "Perfecto" y terminan con SF (space filler) que se podría traducir como un sello que se coloca en el álbum de manera provisional para llenar el espacio en el álbum hasta que aparezca un ejemplar en mejores condiciones. Esa decisión, la mayor parte de las veces se toma, en función de la disponibilidad económica del coleccionista.

Para aquellos interesados en evaluar la condición de sus sellos, ya sea para satisfacción personal o como un instrumento de negociación, una firma canadiense llamada EZ Grader ha diseñado un programa que permite, escaneando los sellos establecer la puntuación de la estampilla en una escala que va desde 1 hasta 100. Esa puntuación se establece exclusivamente con base al centrado y no evalúa otros factores como son la nitidez de la impresión ni, como es de suponer, la condición de la parte posterior del sello. Creo que de esto ya te he hablado.



Aunque a primera vista este sello luce perfecto, EZ Grader le dio apenas 72 puntos cayendo en la categoría F-VF

El episodio que te voy a relatar ocurrió en una de estas peñas filatélicas que se celebran cada domingo alrededor de la Plaza Mayor en Madrid. En ella se tocó el tema de un sello de una de las primeras emisiones de España señalándose que era extremadamente difícil conseguirlo en excelentes condiciones. Ante ese planteamiento, uno de los contertulios allí reunidos afirmó que él tenía el ejemplar en mejor condición existente y en un desplante llegó a afirmar que si alguien le demostraba que tenía un sello en mejores condiciones que el suyo, se lo comería.

Uno de los contertulios aceptó el reto y quedaron en reencontrarse el siguiente domingo. Convinieron en que ambos llevarían sus respectivos sellos; los demás servirían como jurados.

En efecto, el siguiente domingo ambos llevaron sus respectivos sellos y el primero, al que llamaremos Juan mostró orgullosamente su ejemplar. Todos reconocieron que en efecto era el sello más perfecto que habían visto en su vida. Se le pidió entonces a su rival, al que llamaremos Pedro, que enseñara el suyo. Cuando lo mostró, todos se quedaron pasmados; nadie pensó que pudiese existir un sello mejor que el ejemplar de Juan, pero en verdad el de Pedro lo era y hasta Juan lo reconoció.

Todos los amigos habían considerado que el reto de Juan era al estilo de la clásica expresión de quien al hacer una apuesta dice que si la pierde "se come su sombrero", pero ante la consternación de todos, Juan, herido en su orgullo, ¡se comió su valioso sello!

Solo un español llega a tales extremos.

La pasada semana te conté la historia de un trío de amigos coleccionistas. La pasión de éstos por los sellos y la del carcelero que les abrió las puertas de la prisión. La próxima semana te contaré otra historia con ribetes similares, esta vez dentro del marco de la Segunda Guerra Mundial.

El 23 de agosto de 1939, Alemania y la URSS firmaron un pacto de no agresión. Con ese pacto, Alemania se aseguraba que Rusia no reaccionaría ante la invasión que tenía planeada desatar sobre Polonia ocurrida apenas una semana más tarde, el 1 de septiembre. Este hecho fue el detonante que desató la Segunda Guerra Mundial.

Pese al pacto de no agresión que había firmado con Rusia, el 22 de junio de 1941 los alemanes invadieron ese país. La guerra relámpago o "blitzkrieg" que con tanto éxito les había permitido doblegar a Polonia y a todos los países de la Europa occidental que se le opusieron, llevó las tropas alemanas a los suburbios de Moscú en poco más de cinco meses. En la práctica se demostró, sin embargo, que Alemania se había echado en la boca un bocado más grande del que podía tragar. A ese respecto, una anécdota cuenta que los jefes militares le advirtieron a Hitler del crudo invierno soviético y de la falta de abrigos y protección contra el frío que presentaban los soldados alemanes y que ese era un factor muy importante a tener en cuenta para el éxito o fracaso de la misión. Hitler, airado y deseoso de continuar con sus planes les respondió: "del frío me encargo yo, avancen".

En 1941 las temperaturas gélidas invernales se adelantaron sin que las tropas alemanas estuvieran preparadas para resistirlo. Esto, unido a una línea de suministros que se extendía más de 1,500 kilómetros trastornaron



Desolación de una familia en medio de los horrores de la Segunda Guerra Mundial

los planes alemanes. Después de librar las que fueron las más cruentas batallas de la guerra, los rusos se repusieron, contraatacaron, y a finales de enero de 1945 sus tropas estaban a apenas 60 kilómetros de Berlín.

Como parte de la estrategia de la guerra, los aviones norteamericanos e ingleses sometieron a las ciudades alemanas a un despiadado bombardeo que las dejaron en ruinas. Entretanto las tropas rusas avanzaban desde el este en un amplio frente que se extendía desde el Báltico hasta la frontera con Checoslovaquia y las tropas del Gral. Patton avanzaron por el sur ocupando conjuntamente con los rusos el estado de Sajonia.

Ya al final de la guerra, cuando la ciudad de Berlín estaba devastada, el alto mando alemán dispuso que los tesoros de sus museos fueran trasladados a una mina de sal subterránea en Sajonia. Entre los tesoros trasladados estuvieron los fondos del Museo Postal de Berlín, uno de los más importantes del mundo.

Conforme al protocolo de Londres de septiembre de 1944, los norteamericanos debieron ceder a los rusos la zona de Sajonia que habían ocupado, lo cual en efecto hicieron y se llevaron consigo todo lo que estaba en la mina de sal.

Los rusos en su marcha hacia occidente, cual nuevos mongoles, iban dejando a su paso una estela de latrocinios, violaciones y vejámenes. En consecuencia, cuando en Sajonia se supo que los norteamericanos cederían a los rusos los territorios que habían ocupado, fueron muchos los que trataron de acompañar a los norteamericanos en su viaje hacia el este.

Fue en estas circunstancias que, cuando estaban cargando los camiones con todos los tesoros de la mina, una pareja de ancianos (¿ex-empleados acaso del museo?) se presentaron ante el capitán a cargo de las operaciones con un pequeño marco de plomo protegido por un grueso cristal. Allí estaban colocadas ocho piezas postales; seis sellos sueltos y dos cubiertas, y se las ofrecieron a cambio de que les permitieran subir a la parte posterior de un camión.

Fue así como el capitán Dennis E. Swenney entró en posesión del cuadro que contenía un "POST PAID" de Mauricio suelto y otro en cubierta, un "cotton reel" y un "barquito" de la Guayana Inglesa y cuatro "misioneros de "Hawai" uno de ellos en cubierta, y la pareja logró escapar de la zona soviética.

Mientras se celebraba en 1976 en Filadelfia INTERPHIL 76, se presentó allí Swenney con los sellos y se los ofreció a Robson Lowe, el destacado comerciante londinense. Lowe, reconoció el valor de los sellos. Sospechando que los mismos eran robados no hizo una oferta pero se mantuvo en contacto con Swenney. Al regresar a Gran Bretaña dio parte a la Scotland Yard y ésta a la vez a la Interpol que estableció que los sellos pertenecían al museo postal de Berlín.

Swenney por su parte dijo que durante más de treinta años había mantenido los sellos en el ático de su casa y que no tenía idea de su valor.

Entretanto, las autoridades aduanales de Estados Unidos confiscaron los sellos aguardando la decisión sobre el destino final la cual debía ser tomada por el Departamento de Estado. El problema era que en 1976 Alemania estaba aún dividida en dos y el Reichpostmuseum estaba en la parte de Berlín ocupada por los rusos. En medio de las tensiones de la Guerra Fría que en estos tiempos estaban en su punto más alto, los norteamericanos no estaban dispuestos a entregar los sellos a las autoridades de Alemania Oriental.

Durante algunas semanas, el tema del destino de los sellos fue aireado en los medios de comunicación. Fue en medio de esos debates que un fulano de nombre A. Sattelberger de New Jersey escribió una carta

a una revista filatélica donde decía: “Si hoy hay países que no han devuelto territorios ocupados a sus propietarios, por qué reñir por $1.0 millón en sellos. El botín pertenece a los vencedores”.

Cabe señalar, sin embargo, que la unificación de Alemania en 2001 rompió el nudo gordiano y tres semanas después de la reunificación, el Departamento de Estado restituyó a Alemania a través de su embajador en los Estados Unidos los valiosos sellos que si se pusieran a la venta tendrían un valor de mercado de más de $4 millones de dólares.

En contraste con los valiosos sellos del museo postal alemán recuperados después de haber estado desaparecidos durante más de cuarenta y cinco años, existen sellos anodinos pero que traen tras de sí historias igualmente apasionantes. Tal es el caso de unas estampillas emitidas por Bélgica y Bulgaria en unos tiempos en los cuales, para una parte importante de la población, el cumplimiento de los preceptos religiosos era parte vital de su comportamiento cotidiano. Son historias sencillas pero que de seguro te interesarán.

EL TERCER MANDAMIENTO

Cuando Jehová entregó a Moisés en el Monte Sinaí las Tablas de la Ley, en su tercer mandamiento, Éxodo 20, 8-11 le indicaba: "Acuérdate del día del reposo y santifícalo; seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo será de reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna, tú ni tu hijo, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que esté dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ella hay, y reposó el séptimo día; por tanto Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó". Los católicos han resumido este precepto señalando el mandato simplemente como: "Santificar las fiestas".

Si se asume que la semana se inicia el domingo, el séptimo día que Jehová nos ordena reposar es el sábado que viene del hebreo "shabat", descanso. Así lo observan los judíos mientras que los musulmanes observan el viernes. Los judíos, especialmente los ortodoxos, para quienes el día se inicia con la puesta del sol, cesan toda actividad el viernes a esa hora y no la reanudan hasta el sábado a la misma hora. Si vas a Nueva York te encontrarás que las tiendas propiedad de judíos permanecen cerradas los sábados.

Durante los primeros siglos del cristianismo muchos pueblos siguieron la costumbre judía del "sabath" y descansaron el sábado, pero a partir del 321, Constantino decretó que el domingo sería observado como día de descanso obligatorio.

En las civilizaciones de Occidente, la observancia del domingo como día de descanso tiene su origen en lo señalado en la Biblia. En cuanto los pueblos orientales cuyas creencias religiosas no guardan ninguna relación con la Biblia y que incluyen a China, India, Pakistán, Bangladesh y Japón que constituyen cerca de la mitad de la población mundial aunque tienen a la semana igualmente un día de descanso, debo reconocer, que no tengo idea de la razón por la que decidieron establecerlo.

A partir del edicto de Constantino y durante más de catorce siglos, en occidente la norma ha sido que el domingo es el día de descanso. A partir de las reformas impulsadas por Lutero, muchas iglesias protestantes volvieron a adoptar el sábado como día de descanso, asumiendo que la semana se inicia el domingo y por tanto que es ese día que corresponde descansar.

Durante mucho tiempo el tema del día de guardar le creaba un problema a aquellos sectores de la población para quienes el día de guardar era el sábado, en una época en que la mayoría de las empresas laboraban de lunes a sábado y descansaban el domingo. Si sus principios religiosos eran firmes, su única salida era evitar ese tipo de empresas. Hoy, con la institución de la semana de cuarenta horas en gran parte de las naciones de occidente, ese problema no existe: se puede dedicar al Señor el día que mejor nos parezca.

Cabe señalar que una gran parte de la población, excepto los judíos ortodoxos, toma el precepto de dedicar un día al Señor en forma muy ligera, limitándose los menos a la asistencia a un servicio religioso; los demás dedican el día a simplemente como dicen los italianos al “*dolce far niente*”.



El sello belga de 2¢ lleva debajo un apéndice que ordena “no entregar en domingo”. El remitente podía desprenderlo o dejarlo según deseara o no que su carta fuera entregada el domingo.

Bélgica tiene un porcentaje muy elevado de población cristiana. Tenía, por otro lado, un servicio postal muy eficiente con la obligación de entregar la correspondencia durante los siete días de la semana. Por esa razón aquellos que consideraban que, aunque ellos no trabajaran el domingo, estaban violando el tercer mandamiento si ponían una carta en el correo, y el cartero se veía obligado a entregarla un domingo. Como la institución postal tenía dispuesto que el cartero entregara las cartas aun el domingo, ellos consideraban que eran ellos y no el Correo (que en realidad era quien ordenaba a los carteros entregar las cartas) el culpable de violar el mandamiento. Exigieron, por tanto, que el Correo emitiera unos sellos en los cuales era el remitente quien disponía si su carta era o no entregada el domingo. Esa decisión se tomaba manteniendo o eliminando un apéndice que tenía cada sello separado mediante una perforación del cuerpo de la estampilla, donde aparece una inscripción en francés y flamenco que dice "No entregar en domingo".

En Bulgaria el tema de la entrega de las cartas el domingo tomó otro matiz. Desde finales del siglo XIX estaban operando en las costas del Mar Negro y en una serie de fuentes termales, una serie de sanatorios dedicados a personas con ciertos problemas de salud. Entre 1925 y 1941 el servicio postal búlgaro emitió una serie de sellos benéficos mostrando algunos de ellos.



Sello de 1 leva emitido en 1930 mostrando el sanatorio de St. Constantine

En Bulgaria las cartas no eran entregadas los domingos. De ahí que aquellos que enviaban una carta y querían que la misma fuera entregada ya fuera en domingo o un día de fiesta, debían aplicar a la misma, como una sobretasa obligatoria, estos sellos.

Los sanatorios estaban originalmente destinados a dar servicio a los empleados de correos, telégrafos y teléfonos. Hoy día tienen fama en toda Europa y son instituciones de lujo destinadas a personas adineradas.

La Primera Guerra Mundial, que se estuvo denominando hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial como la Gran Guerra, creó serios trastornos en toda Europa, pero en especial en Alemania. La próxima semana te contaré sobre una situación que se produjo en el sistema postal de ese país a causa de la devaluación de la moneda.

SOLO LOS MILLONARIOS PODÍAN ESCRIBIR

Cuando en el año 390 AC los galos vencieron a Roma, le impusieron un rescate de mil libras de oro. Cuando los romanos se dieron cuenta de que los galos habían amañado la balanza donde se pesaba el oro, protestaron ante Breno, el jefe de los galos. Éste se limitó a arrojar su espada para añadirla al peso de la balanza mientras exclamaba: "¡Ay de los vencidos!".

Tal ha sido el caso a través de la historia: son los vencedores quienes imponen las condiciones de paz y, por lo general, el vencido tiene que avenirse a las mismas.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial vencedores y vencidos se reunieron en el Palacio de Versalles para negociar el tratado de paz. Las potencias vencedoras hicieron recaer sobre Alemania la responsabilidad de los daños causados por la guerra y le impusieron fuertes sanciones económicas que incluían entre otras, la entrega de todos sus buques mercantes de más de 1,400 toneladas, 44,000 toneladas de carbón durante cinco años y la parte más pesada: una indemnización de 132,000 millones de marcos oro alemanes. De esto ya te he hablado.

Durante la guerra, el marco alemán había sufrido graves pérdidas en su valor adquisitivo pues para hacer frente a las necesidades del conflicto Alemania emitió papel moneda sin respaldo, "dinero inorgánico"

como suelen llamarle actualmente nuestros economistas. Como ese marco no tenía respaldo de oro, no era convertible en oro que era un requerimiento en ese tiempo. Mientras fue únicamente una condición interna que se reflejaba en una inflación que se mantenía elevada pero dentro de límites manejables, la situación no era demasiado grave.

Cuando al término de la guerra Alemania se vio en la necesidad de hacer frente a las imposiciones del Tratado de Versalles, empezaron los problemas: Alemania no disponía de los recursos para honrar las fuertes indemnizaciones ya que sus reservas en oro estaban agotadas y en mayo de 1921 su moneda se había devaluado a alrededor de 60 marcos por dólar en lugar del 4 por 1 tradicional.

En mayo de 1921, Gran Bretaña demandó reparaciones de guerra por un monto de 2,000 millones de marcos oro anuales que en ese momento equivalía a más del 126% del valor de las exportaciones alemanas. Ese pago causó la fuga de marcos oro y un severo daño a la economía alemana. Ese primer pago, hecho en agosto de 1921, marcó el inicio de la hiperinflación y ya para noviembre la tasa de cambio se había elevado a 330 marcos por dólar.



Sellos de 20,000 y 50,000 millones de marcos emitidos en 1923

En su primera etapa, los pagos a los acreedores en marcos devaluados no constituyeron un problema muy grave, pero cuando los mercados financieros se percataron de que estaban recibiendo pagos en una moneda devaluada, los ingleses, franceses y belgas exigieron que los compromisos se saldaran en especies (madera, carbón, trigo, etc.). Aunque Estados Unidos se opuso al cobro de las indemnizaciones, no pudieron obligar a Francia e Inglaterra a desistir de sus reclamaciones. En esa situación, el país debió recurrir apresuradamente a la impresión

de papel moneda para cubrir las necesidades del desenvolvimiento interno de la economía iniciando una impresión de dinero cada vez más acelerada.

Como resultado, la inflación se disparó y en diciembre de 1922 alcanzó los 8,000 marcos por dólar mientras que en Alemania el costo de la vida se multiplicaba, al principio cada mes, luego cada semana y finalmente en forma diaria. Había empresas que, con el propósito de solucionar el problema a sus empleados, investigaban en el mercado el costo de una canasta básica y pagaban diariamente ese monto a sus empleados.

A finales de 1923, para hacer frente a las operaciones mercantiles cotidianas se llegaron a emitir billetes de 10,000 billones de marcos. Para que tengas una idea de la situación económica por la que atravesaba Alemania te daré algunos datos sobre el costo de algunos insumos:

Artículo	**Julio 1923**	**Octubre 1923**
Lb. carne de cerdo	50,000 marcos	60,000 millones de marcos
Lb. carne de vaca	48,000 marcos	45,000 millones de marcos
Lb. mantequilla	50,000 marcos	58,000 millones de marcos
Lb. de papa	3,000 marcos	4,000 millones de marcos
Lb. de azúcar	3,200 marcos	3,000 millones de marcos
Un huevo	5,000 marcos	500 millones de marcos

En medio de esa situación se vio que la solución no era seguir emitiendo dinero inorgánico. Para salir de ese hoyo negro, el economista alemán Hjalmar Schacht, presidente del Banco Central Alemán, propuso como solución imponer una hipoteca sobre las tierras y bienes industriales del país que servirían de respaldo a una nueva moneda, el "rentemark" equivalente a un billón de marcos y a $0.25 dólar. La nueva moneda entró en circulación en diciembre de 1923.

La inflación afectó a todas las actividades, incluyendo los servicios postales. Para hacer frente a los costos crecientes de envío de cartas y otros documentos postales, el correo se veía precisado a emitir constantemente sellos, cada uno con un valor facial más elevado que el anterior.

En enero de 1923 enviar una carta al extranjero con un peso de menos de 20 gramos costaba 150 marcos; en diciembre de ese año su costo se había elevado a 300,000 marcos.

En la actualidad, en todos los países, los sellos nuevos tienen un costo más elevado que los usados. En el caso de las estampillas correspondientes al período de la hiperinflación de Alemania, es lo contrario; los sellos usados tienen un valor mayor. Las cubiertas circuladas por el correo son piezas de alto valor. En medio de la crisis en la que vivía el país, pocas personas gastaban sus escasos recursos en escribir cartas; de ahí que no es común encontrar sellos legítimamente usados y menos común aún cubiertas circuladas por el correo. Aprovechando esa situación muchos caballeros de industria se han dedicado a producir sellos y cubiertas con matasellos falsos. Para evitar ser timado lo que cabe advertirle a cualquier coleccionista interesado en este tipo de material es: *caveat emptor*.

La hiperinflación en Alemania debería ser una lección para todas las naciones. Los alemanes de esa generación, especialmente las personas mayores que durante toda su vida habían ahorrado para su vejez, se vieron defraudados por su Gobierno al ver como se esfumaban esos marcos duramente ganados. Solo se libraron aquellos que habían invertido en bienes tangibles.

Como has podido ver las cancelaciones, que han estado indisolublemente ligadas a los sellos desde su aparición en 1840, pueden en algunos casos aumentar el valor de una estampilla para los coleccionistas, pero para el correo es solo un medio para impedir que alguien vuelva a reusar un sello. En torno a los matasellos hay una historia muy peregrina, pero la dejaremos para la semana que viene.

EL MATASELLOS DE LA PINCELADA

En 1840 Gran Bretaña emitió el “penique negro”, el primer sello del mundo. El color de la tinta con la que fue impreso, fue lo que le dio el nombre con el que se le conoce.

Como para matasellarlo se usaba una tinta negra, en algunas estampillas el matasellos quedaba enmascarado en la tinta negra del diseño y hacía que apenas fuera percibido. Esto era aprovechado por personas desaprensivas para reutilizar el sello en perjuicio del fisco. Fue para solucionar ese problema que el siguiente año, los nuevos sellos de un penique se imprimieron en rojo en los cuales el matasellos negro se destacaba sobre el color de la estampilla.

Aunque la reforma postal implantada en Gran Bretaña en 1840 y que a vuelta de pocos años se había extendido a todo el mundo, había rebajado considerablemente el costo de enviar una carta, aún en los países que en el siglo XIX tenían un elevado nivel de desarrollo, amplios sectores de la población trataban de evadir el pago de las tarifas impuestas por el correo, ya sea lavando los matasellos o falsificando los sellos.

Algunos de los países más adelantados como Gran Bretaña y los Estados Unidos, evitaban la falsificación usando avanzados métodos de impresión que la hacían extremadamente difícil. Los demás debían sufrir la plaga de las falsificaciones como fue el caso de España. De acuerdo a H. G. Leslie Fletcher en su libro *Postal*

Forgeries of the World, tan solo en el siglo XIX, en España se falsificaron 97 sellos diferentes; más que en cualquier otro país del mundo y no sé si la lista de Leslie está completa.

El problema en España era tan grave que tan pronto se ponía en circulación un sello, el mismo era falsificado. Tratando de evitar el problema en 1874 el correo transfirió durante cuatro años a la Sociedad del Timbre los derechos de hacer y vender los sellos, entregando al Correo un porcentaje de las ventas. En 1876 la Sociedad del Timbre como parte de un programa para evitar el fraude, encargó a la firma Bradbury, Wilkinson & Co. de Londres una emisión con la efigie de Alfonso XII. Durante los dieciocho meses que la emisión se mantuvo en circulación, no pudo ser falsificada.

Aunque los sellos de la serie de Alfonso XII no pudieron ser falsificados, los granujas no se dieron por vencidos y encontraron un hueco por donde colarse. Debido a una de estas disposiciones que no me resultan del todo claras, el correo era quien suministraba la tinta usada para matasellar los sellos y la Sociedad del Timbre debía pagar por la misma (35 reales por un kilogramo). El problema surgió, de acuerdo a una circular enviada por el Administrador General de Correos, debido a que los empleados de la Sociedad, a fin de hacer rendir la tinta, la diluían y como resultado el matasellos resultante resultaba más tenue y era fácil borrarlo con cloro u otro producto químico.



Sello con la efigie de Alfonso XII cancelado con el matasellos de la pincelada

Fue para contrarrestar esa práctica que se puso en uso uno de los medios más inusitados de cancelar los sellos: el matasellos de la pincelada. Se instruyó a los empleados postales sobre el sistema a ser utilizado: "*Basta echar en un pequeño vaso de cristal una corta cantidad de tinta, la necesaria para el consumo del día, moviendo antes el frasco en que se contiene. Se humedece la brochita o pincel en el líquido y se corre sobre el sello que ha de inutilizarse, manchándolo muy*

ligeramente y teniendo en cuenta que con la tinta que recoge la brocha cada vez que se humedece pueden inutilizarse un considerable número de sellos".

El sistema empezó a utilizarse a principios de septiembre de 1876 y menos de dos meses más tarde fue suspendido debido a la protesta de los destinatarios de las cartas: algunos empleados no seguían al pie de la letra las instrucciones de "mancharlo muy ligeramente" y la tinta se infiltraba hasta la correspondencia. Los coleccionistas también protestaron por la forma en que quedaban mutilados los sellos.

COLOFÓN

Entre 1958 y 1963, en tiempos anteriores a la televisión por cable, uno de las pocas series de que disponía la teleaudiencia dominicana era una policíaca titulada **La Ciudad Desnuda**. En cada episodio dos detectives se veían envueltos en la investigación de un crimen ocurrido en la ciudad de Nueva York, que, como es de suponer, resolvían. La transmisión del capítulo terminaba con la icónica frase: "Hay ocho millones de historias como esta en la ciudad desnuda, ésta es solo una de ellas".

Durante este último año nos hemos venido reuniendo y cada domingo te he estado relatando algunas historias enfocadas al lado cultural de la filatelia. Podríamos seguir hablando durante mucho tiempo sobre estos temas. No tengo ocho millones de historias; has conocido tan solo unas cuantas pero sí te aseguro que hay muchas más como estas dentro del campo de la filatelia y las que te he relatado son tan solo unas cuantas de las tantas que hay por ahí.